

LA NACION

REVISTA SEMANAL

AÑO I

BUENOS AIRES 2 DE MARZO DE 1930

NÚMERO 35



ESPECIAL PARA LA NACION

Por RODOLFO CLARO

MOTIVOS DE CARNAVAL

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Atención Srs. Avisadores

Direc. Electr. ELECTROLUX Buenos Aires



SUCURSALES EN SUD AMERICA

Sirvase a toda correspondencia
FLORIDA 471

ROSARIO
CORDOBA
LA PLATA
SANTA FE

SOCIEDAD ANÓNIMA

ELECTROLUX

APARATOS ELECTRICOS

EDIFICIO BANCO DE BOSTON
BUENOS AIRES

Buenos Aires, febrero 20 de 1930

Teléfonos 33 AVENIDA 2991 al 2995 - 97



PROVEEDORES DE CASAS REALES
Y DEL VATICANO

Fábricas:
ESTOCOLMO - BERLIN
LONDRES - PARIS
EVANSVILLE

Señor Jefe General de Avisos
de "LA NACION"
D. Dermot Fitz Gibbon
Florida 337
CAPITAL

De nuestra consideración:

Nos es muy grato dirigirnos a Vd. cumpliendo con el deber de manifestarle nuestra satisfacción por los excelentes resultados obtenidos con la publicidad que de los Refrigeradores "ELECTROLUX" hicieramos en "LA NACION" que es sin duda como prueba una vez más nuestro caso, el más poderoso vehículo de propaganda.

El último de nuestros anuncios que fue insertado en ese diario el domingo 16 del corriente, al mismo tiempo que en otros tres de los de mayor circulación, nos ha demostrado que el mayor éxito es el que se obtiene con "LA NACION" cuyo poder vendedor justifica su vasta y calificada difusión en todo el país.

Saludamos a Vd. con nuestra consideración más distinguida,

Ss. Ss. Ss.

Sec. Anon. ELECTROLUX
Aparatos Eléctricos

Gerente Dep. Refrigeradores y Filtras

H. Mortstedt (hijo)

HM/MB.

EL PROFESOR O'BRIEN.—¡Adelante! CEFERINO (entreabriendo la puerta).—Señor, está el doctor Ayala. O'BRIEN.—Ah, que pase. Hágalo pasar acá.

CEFERINO.—Bien, señor. (Sale, dejando la puerta entreabierta).

O'BRIEN (para sí).—¡Qué horror, cómo está todo esto! (Levantando la voz). ¡Adelante! ¡Adelante! (Se incorpora y va hacia la puerta). ¡Hola, hola! ¿Cómo vamos? Ha tenido usted una magnífica idea. (Estrecha la mano del doctor Ayala, quien trasponse ya la puerta de la biblioteca).

EL DOCTOR AYALA.—¿Ah, sí? (Risueño). ¿De veras, no soy inoportuno? ¿No esperaba usted visitas?

O'BRIEN.—Ninguna, y la suya es una sorpresa muy agradable. ¿Quién quiere usted que me visite, con la fama de ogro que tengo!

AYALA.—Pues, sí, como sé que los domingos se los pasa usted metido en su rincón...

O'BRIEN.—Diga usted, para ser exacto, en mi agujero, en mi cueva.

AYALA.—Bueno, en su cueva. En su deliciosa y envidiable cueva, rodeado de libros, de papeles...

O'BRIEN.—Está bueno... Siéntese, siéntese usted. (Recoge un desordenado montón de periódicos, de carpetas y de papeles sueltos que hay sobre un sofá y lo traslada a otro sofá no menos agobiado bajo una carga análoga). Siéntese aquí (Acerca la butaca a la que él ocupaba). ¿Estará cómodo?

AYALA.—Sí, sí, en cualquier parte, no se incomode por mí. Gracias. (Se sienta).

O'BRIEN.—Tomará usted una taza de té, ¿no? ¿Café? ¿Qué prefiere?

AYALA.—Por favor, no se incomode, no soy visita de cumplido.

O'BRIEN.—Bah, valiente cosa... ¿Té, entonces?

AYALA.—Bueno, tomaré un té.

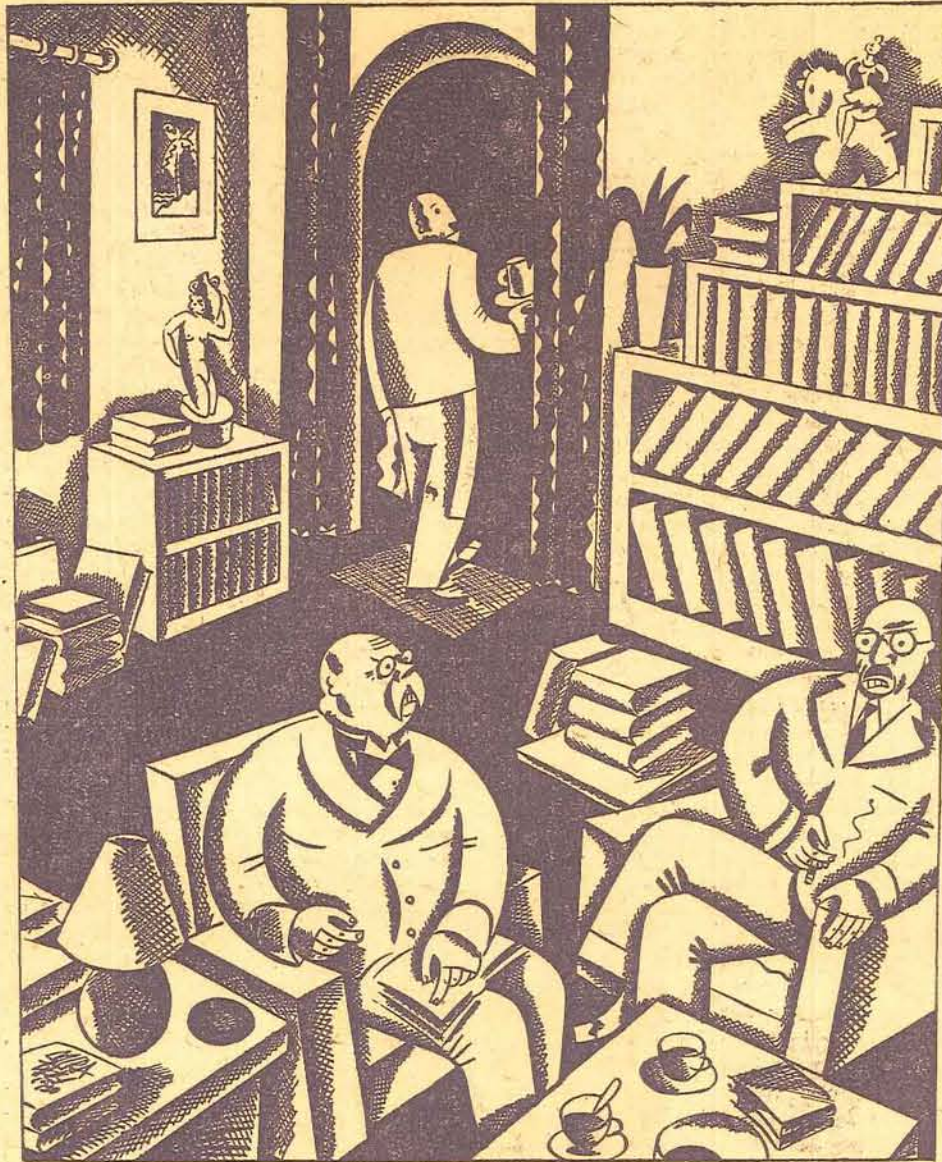
O'BRIEN.—Bravo. (A la puerta). ¡Ceferino! ¡Ceferino!... Ah, oiga, Ceferino, el doctor Ayala va a tomar una taza de té. (Cierra la puerta). De modo, querido Ayala, que para usted soy una especie de topo, de ratón de biblioteca...

AYALA.—Hombre, no, yo no he dicho tal cosa. Es usted, por el contrario, quien acaba de calificar de cueva este rincón apacible, delicioso, este tranquilo "ermitage" suburbano donde usted lee, medita y escribe rodeado de las cosas que le son queridas o simplemente agradables. Es usted un hombre feliz.

O'BRIEN.—Bah, feliz, feliz... ¡Qué sabe uno de eso! Por de pronto, recuerde aquello de Vigny: "los papeles no dan la felicidad".

AYALA.—Y usted, si me permite contestar a una cita literaria con otra cita literaria, recuerde aquello otro de Pascal: la mayor parte de las desdichas que le ocurren al hombre le ocurren por no quedarse en su cuarto. Pero hoy, con esta vida de vértigo, de fiebre, ¿quién es el que se queda en su cuarto? Todos estamos hoy un poco locos. Tenemos la locura del movimiento, de la acción. La casa más hermosa y más cómoda nos resulta una cárcel. Todos andamos por ahí sobreexcitados, haciendo y diciéndolo cosas sin sentido, apresurados como si nos anduvieran persiguiendo. Todos menos usted, naturalmente. Usted parece un hombre de otra época, un hombre del tiempo de la Enciclopedia.

O'BRIEN (jovial, halagado).—Vamos, doctor, no exagere usted. Un hombre de la época del pequeño Larousse ilustrado, y gracias. En realidad, lo que yo soy es un hombre que se aburre. Usted me envidia a mí porque tengo nervios para pasarme las horas metido entre estos libracos, y yo, en cambio—se lo aseguro—, le envidio a usted y a todos los que, como usted, viven según el ritmo de la época, van y vienen, viajan, emprenden una cantidad de cosas importantes, manejan au-



EL MANICOMIO DE MONSIEUR MAILLARD

Por ENRIQUE MENDEZ CALZADA

ILUSTRACION DE BARTOLOME MIRABELLI

—“And how long, then, did the madmen reign?”—“O, a very long time, indeed...”
EDGAR A. POE.—“The system of doctor Tarr and professor Fether”

PERSONAJES: EL PROFESOR O'BRIEN.—EL DOCTOR AYALA.—CEFERINO.—“DOSTOYUSQUI”

SON las últimas horas de la tarde de uno de los últimos domingos del otoño. La escena representa la biblioteca y cuarto de trabajo del profesor O'Brien. La exigua fronda de un parque cercano, visible a través de los cristales de una ventana, tiene ese aspecto de primavera deteriorada que las cosas de la Naturaleza adquieren en otoño. En la habitación, libros, libros, libros: libros en los estantes, en banquetas, en atriles; librós por el suelo, apilados sin orden. El profesor O'Brien, arrellanado en una cómoda poltrona, deja a un lado el volumen que tenía entre manos, no sin señalar la última página leída introduciendo entre las hojas el estuche de cuero de los anteojos: tal una niña soñadora que colocase una flor en el libro de versos del poeta predilecto. Bosteza con esa bella tranquilidad de quien sabe que no le ven ni le oyen. Se despereza. Se quita los anteojos, de armadura de carey, y limpia cuidadosamente los cristales con un trozo de gamuza que saca de un bolsillo de su “fumoir” de pelo de camello. Una vez que, mirándolos al trasluz, se persuade de que los vidrios han recobrado su natural claridad, vuelve a ponerse las gafas, restituye la gamuza al bolsillo respectivo y toma un sorbo del té que humea en una taza, sobre una mesilla colocada al alcance de su diestra. Vuelve entonces a abrir el libro y se dispone a enfrascarse en su lectura. Alguien, en ese instante, golpea con los nudillos en la puerta

tomóviles, suben en aeroplano, juegan al golf, bailan el charleston, etc., etc., etc. No hay duda, soy un fósil, un troglodita. No bailo el charleston—ni estoy en edad, desde luego—, no entiendo una palabra de “cocktails”, no voy a los teatros de revistas ni al cinematógrafo, leo a Voltaire, me aburre Paul Morand...

AYALA.—Y ahora, ¿a quién leía usted? ¿A Paul Morand o a monsieur de Voltaire?

O'BRIEN.—Ni al uno ni al otro. En realidad, no estaba leyendo, sino releendo. A mi edad, querido Ayala, es el mayor de los placeres. Pienso en este punto como M. Royer Collard. ¿Recuerda usted la anécdota que cuenta

Taine? Cuando Vigny fué a casa del eminente y mediocre filósofo en solicitud de su voto para ingresar en la Academia, el viejo cascarrabias declaró no haber leído un solo verso del poeta. “Yo no leo, amiguito: releo, releo”. Lo mismo digo yo. (Entra Ceferino, trayendo una bandeja con servicio de té, que pone al alcance del doctor Ayala, sobre la mesilla).

CEFERINO.—¿Dos piedras?

AYALA.—Tres. Gracias. (Al profesor O'Brien). Y esta tarde, ¿quién estaba de turno? ¿Qué releía? (Sale Ceferino, cerrando tras sí la puerta).

O'BRIEN.—Releía a Edgar Poe. Ya sabe usted que es uno de mis amores intelectuales. ¿Qué genio enorme de

poeta! Hay, sobre todo, un relato de Poe que me seduce. Lo he leído por lo menos media docena de veces.

AYALA.—¿“Ligeia”, acaso? ¿“El pózo y el péndulo”? ¿“La barrica de amontillado”? (Toma su té lentamente).

O'BRIEN.—No, ninguno de esos. Todos ellos son magníficos, desde luego; magníficos de fantasía, de poesía o de humor. Sin embargo, el que yo suelo releer y el que releía ahora mismo es “El sistema del doctor Brea y del profesor Pluma”. ¿Lo recuerda usted?

AYALA.—Vagamente, vagamente. ¿No es algo de locos, algo de un manicomio?

O'BRIEN.—En efecto, de eso se trata. Cuenta Poe cómo, durante un viaje por Francia, va a dar al manicomio de monsieur Maillard, un famoso alienista cuyos métodos de dulzura, aplicados a la reeducación de los dementes, gozaban fama de ser sobremanera eficaces. El cuentista, o el imaginario viajero que en la ficción hace sus veces, debe permanecer en el manicomio unas cuantas horas, y ocurre que le toque llegar a él algún tiempo después de haberse insurreccionado los orates y encerrado a médicos y enfermeros.

AYALA.—Sí, sí, ahora recuerdo: monsieur Maillard...

O'BRIEN.—Monsieur Maillard, el alienista célebre, se ha enloquecido, un buen día y ha sido menester recluirle. Andando el tiempo, poco antes de llegar el viajero del cuento, es él, precisamente, quien encabeza la sublevación de los locos y quien, triunfante el “movimiento”, se pone al frente de la administración y gobierno de la casa. Son de imaginarse los resultados, el cúmulo de desafueros y despropósitos que al viajero le toca ver y oír; es de imaginarse el asombro que le producen, al tomar por personas cuerdas a quienes no son sino simples mentecatos erigidos en jefes y en guardianes del manicomio.

AYALA.—Sí, no hay duda de que es una ingeniosa fábula...

O'BRIEN.—¡Ah, no, querido amigo! Es algo más, mucho más que eso: es una de las cosas más profundas que jamás se hayan escrito. Si yo no hubiera leído otras páginas de Poe—y creo haberlas leído todas—, no por eso dejaría de considerarle un hombre de genio. Relea usted el cuento, y me dará la razón. Le encontrará usted nuevo sabor, descubrirá nuevas facetas de aquel enorme talento de poeta y de filósofo, olvidará tantos engendros insulsos como pasan hoy por obras magistrales.

AYALA.—¿Nada menos? Me temo que exagere usted un poco.

O'BRIEN.—Pues no rebajo nada. Es magnífico ese cuento y, entre todos los de su autor, sin duda alguna, el de más permanente, rigurosa actualidad. Es, en rigor, una pieza literaria de actualidad perdurable. En este sentido acepto yo la afirmación de Unamuno según la cual toda buena literatura es periodismo: en el sentido de que, cuando quiera la leamos, la encontraremos siempre fresca, palpitante, como escrita ayer. Porque el mundo, amigo mío, es siempre el mismo. Cambian las circunstancias exteriores de las cosas, pero no cambia la esencia de las cosas, y las obras de aquellos que han sabido aprehender esa esencia, esa especie eterna, son eternas también como las cosas mismas. ¿Una perogrullada, verdad? En fin, ¿cómo evitar la perogrullada cuando se habla de buena fe! Todas las verdades fundamentales son simples “constataciones de hecho”, simples truísmos... Bueno, pero esto es una verdadera lata. Usted ha venido a hacerme una amable visita dominical, y yo le estoy aburriendo con mis tonterías de razonador chiflado.

AYALA.—Hombre, hombre... ¿Cómo cree usted?... Continúe, se lo ruego.

Estoy encantado de oírle. Ya sabe cuánto me interesan sus puntos de vista, aun aquellos que están lejos de los míos.

O'BRIEN.—Bien, continúo. Digo yo que, por haber sabido sus autores aprehender esa eterna esencia de las cosas es por lo que son perdurables y perdurablemente actuales las obras de Juvenal, de Luciano, de Aristófanes, de Cervantes, de Shakespeare, de Voltaire, de Dickens. Cuando les leemos, no nos despojamos de nuestro yo actual, no necesitamos efectuar el esfuerzo de acomodación en el tiempo que exigen los autores de segundo orden. Pues bien, eso mismo me sucede con el cuento de Poe que estaba releendo esta tarde. En mi opinión, "El método del doctor Brea y del profesor Pluma" perderá su actualidad cuando la baja política sea una cosa desconocida entre los hombres.

AYALA.—Es un modo de decir que no la perderá nunca.

O'BRIEN.—Exactamente: eso quería decir.

AYALA.—De modo que el cuento de Poe, para usted, ¿es, ante todo, una sátira?

O'BRIEN.—No me cabe la menor duda: es una magnífica sátira política. Ignoro si algún crítico lo ha pensado así, ignoro si alguien lo ha dicho antes que yo. En todo caso, es lo de menos. "The system of doctor Tarr and professor Fether" me recuerda las sátiras políticas de Jonathan Swift, con las que, a mi ver, se vincula estrechamente; pero es más despiadada, más sangrienta, más rezumante de hiel que los relatos del clérigo irlandés que mojaba su pluma en solimán. (Entra Ceferino, enciende la luz y vuelve a salir, retirando el servicio de té).

AYALA.—No deja de ser el suyo un curioso punto de vista. Entretanto, nunca he sabido que Edgar Poe tuviese veleidades políticas, que le interesara siquiera la política. Debió pensar, con su compatriota Emerson, que "la política es una cosa venenosa, como ciertos deletéreos oficios". ¿No son de Emerson esas palabras?

O'BRIEN.—En efecto, figuran en uno de sus ensayos. También dice por ahí el buen don Rodolfo Ubaldo que "los sacerdotes, las personas educadas y cultas no son las más indicadas para actuar en los parlamentos".

AYALA.—Bueno, y ¿qué se habría propuesto Poe, según usted, al escribir ese cuento?

O'BRIEN.—¿Qué iba a proponerse? Decir en unas cuantas páginas todo el asco que sentía por la política, por los políticos de su tiempo, que eran seguramente tan despreciables como los políticos y la política de todas las épocas; exceptuadas, naturalmente, unas cuantas extraordinarias individualidades, que en nuestra edad democrática hay que buscar ya con candil.

AYALA.—¿Qué quiere usted que le diga! Repito que su punto de vista al analizar ese cuento de Poe es curioso e interesante; pero no lo encuentro demasiado convincente...

O'BRIEN (abriendo el libro y buscando una página determinada).—Oiga usted, oiga usted. Puede ser que las palabras del narrador le resulten más persuasivas. Oiga usted. (Leyendo). "...Una buena mañana los guardianes se encontraron amarrados de pies y manos, como si ellos fueran los lunáticos, por los lunáticos mismos". (Cerrando el libro, no sin señalar la página con el dedo índice). ¿En cuántos países, en cuántas épocas no sucedió lo mismo? Lo normal, ciertamente, así tratándose de manicomios como tratándose de naciones, es que los cuerdos gobiernen a los locos; pero, ¿ocurre siempre? No, por desgracia. Por lo que se refiere a la política, basta repasar la historia para comprobarlo. En efecto: cuando por acaso sucede que los insensatos sean muchos y que un azar del Destino ponga la fuerza en sus manos, puede ser normal, desde un punto de vista relativo, lo absolutamente anormal. Puede acontecer, por consiguiente, lo que en el manicomio de monsieur Maillard: que unos cuantos locos go-

biernen a un cierto número de cuerdos, tal vez a un número mucho mayor. Bien es cierto que, en la ficción de Poe, de los cuerdos fué la culpa, y de nadie más. Harto merecido tuvieron ese desastrado destino por haberse andado con excesivos miramientos para con los vesánicos. El "método de la dulzura" sólo a eso podía conducirles: a encontrarse una buena mañana en el fondo de una espelunca, después de bien amarrados y emplumados; que, en resumidas cuentas, en eso venía a consistir el maravilloso sistema del doctor Brea y el profesor Pluma. ¿Qué opina usted?

AYALA.—Opino que del pasaje leído por usted no resulta patentizada la intención de sátira política que atribuye a Poe.

O'BRIEN.—¿No? Pues oiga usted esto otro: "...Y todo ocurrió por culpa de uno de los lunáticos, a quien se le metió en la cabeza que había descubierto un sistema de gobierno superior a todos los conocidos". ¿Qué me dice usted? Ahí tiene, ahí tiene a un personaje a quien en coyunturas semejantes jamás habrá que echar de menos. Si los hay que andan sueltos y hasta son respetados, ¿cómo no ha de haberlos en las casas de orates?... Apenas pasa día sin que nos tropecemos con alguno de esos sujetos que creen haber venido a la tierra con la misma misión que el Cristo, esto es, con la de redimirnos de nuestros pecados. Generalmente, cada uno de ellos tiene su particular sistema de gobierno, urdido en la nebulosa de su magín, y todos disputan original y único el propio sistema, aun cuando los espíritus imparciales los encontremos idénticos, como hijos gemelos que son de

una madre común: la estupidez que todo lo ignora y comienza por ignorarse a sí propia. Al loco de que habla Poe se le metió en la mollera la manía del mejor sistema de gobierno jamás conocido, como podía haber contraído, con bastante mayor fundamento, la manía de creerse asno, y rebuznar; o bien — como ocurre en efecto con personajes aludidos en el cuento — la de creerse perinola y dar vertiginosas vueltas sobre el calcaño; la de creerse Demóstenes y disparatar en alta voz con lujo de ademanes, tomando para ello como tribuna una mesa de comedor, no sin grave detrimento de la vajilla. Se creía estadista como podía creerse tetera o pulgarada de rapé: en fin, como podía haberse creído facultado para vestirse metiéndose fuera de sus ropas...

De manías tales adolecían los mentecatos que pusieron en ejecución sus planes, sometidos a él, sin duda, por considerarle más loco que todos ellos juntos. ¡Qué! ¿Se va usted convenciendo de que mi interpretación no es demasiado caprichosa?

AYALA.—El hecho de que una interpretación sea caprichosa no hace que esa interpretación pierda interés, sobre todo si se la expone de una manera personal. Sigo pensando que la suya no es de esas que debe uno aceptar de plano, pero eso no quiere decir que no me interese mucho. Lo que me ocurre es que, como no recuerdo con precisión ciertos episodios del relato, no me resulta evidente la lógica de sus deducciones.

O'BRIEN.—Recordará usted, al menos, que el tal mentecato, deseoso de someter a la prueba de la práctica su portentoso sistema de gobierno, persuade al resto de los enajenados a unirse a él en una conspiración para derrocar los poderes constituidos. Lo consiguieron sin esfuerzo. Nada tan lógico como que los dementes, creyéndose víctimas de persecución por parte de los facultativos que tratan de volverlos al recto uso del sentido, erijan en su cabecilla a aquel loco que les gana en

locura — y en astucia también —, ante la esperanza de que su triunfo acarreará amplia libertad para todo desafuero. Recordará usted también que el lunático se sale con la suya: revoluciona el manicomio, cuyo personal es secuestrado y reemplazado por los locos mismos, constituidos en alienistas. En adelante, tendrán a su cargo la misión de curar a los cuerdos de su cordura, enfermedad que, ciertamente, suele producir grandes estragos. Lo doloroso es pensar que casos análogos pueden producirse, y se han producido más de una vez, en la vida política de las naciones. No es preciso remontarse a la lejana antigüedad para comprobarlo.

AYALA.—Permítame usted una pregunta al margen: ¿no cree usted que un loco atacado de esa manía es menos peligroso que un píllo atacado de la manía de quedarse con lo ajeno?

O'BRIEN.—La verdad: no sé qué decirle. Sobre todo, amigo mío, no hay incompatibilidad entre la pillería y la insania, y hasta suele darse el caso de que coexistan en un mismo sujeto la una y la otra. Es, por de pronto, lo que sucede con los orates del cuento de Poe. Oiga usted esto: "Había en las bodegas excelente provisión de vinos, y los endemoniados locos eran catadores de primer orden. Se daban buena vida, os lo puedo asegurar..." Ya lo ve usted: locos, sí, pero también astutos, también codiciosos. Despojan los guardarrropas del manicomio, se adueñan de cuanto objeto de valor hallan al alcance de la mano y, finalmente, entran a saco en la despensa. Nada de extraño hay en ello, porque, así como lo propio del hombre sabio es hacer de la sobriedad un culto, lo propio del mentecato es entregarse al desenfreno y, siendo posible, convertir la vida en una orgía sin término. Esto se explica, digo yo, si se piensa que el juego ordinario del goce humano es una alternación armoniosa entre los placeres del espíritu y los de la materia: en tal rotación se desenvuelve la existencia cotidiana del hombre sano y normal.

En cuanto al loco, las cosas cambian: como quiera que los placeres del intelecto le están vedados, debe forzosamente encauzar su capacidad y su apatencia de goce en el álveo de la concupiscencia animal.

AYALA.—En el caso de los locos del cuento, tal vez no hubiese otra cosa que hambre atrasada. ¿no le parece a usted? En los manicomios, generalmente no se come bien...

O'BRIEN.—Sí, es posible, es posible. Tal vez los locos que habiéndose adueñado del asilo se entregan al pillaje y a las cosas como pantagruélicas, estén en el caso de esos aldeanos que cada año, en la fecha del santo patrono, se organizan unas bodas de Camacho. No habiendo podido durante ese lapso alimentarse de una manera suficiente, no es extraño que el día de la fiesta procuren matar, de una sola y feroz sentada, una bulimia de doce meses. De todos modos, conviene no olvidar nunca lo que dice el poeta: "Un loco no es necesariamente un tonto".

AYALA.—Así es.

O'BRIEN (encontrando en una página un pasaje señalado con lápiz).—¡Ah, ah, esto es muy bueno! "No obstante haber recorrido todas las librerías de Europa en busca de las obras del doctor Brea y del profesor Pluma, hasta ahora he fracasado por completo en mi tentativa..." A mí esto me parece magnífico como observación. Porque, en efecto: en vano tratará usted de encontrar los escritos en que un poseído de la manía del perfecto gobierno haya dejado documentadas su necedad y su ignorancia. Esos chiflados se esfuerzan por que su estupidez pase de incógnito por el mundo, rehuyen toda ocasión de exteriorizar su

ausencia de pensamiento. De esa manera, cabe en lo posible que los demás locos crean existente lo que no existe y, adjudicando pensamiento al loco máximo, se imaginen ese pensamiento a su modo, asignándole las formas absurdas de su irracional e irrealizable esperanza. Por otra parte, bien sabe él que no necesita pensar para llevar adelante sus planes. Muy al contrario, eso le sería pernicioso. Si los demás alienados descubriesen en él un asomo de raciocinio, pronto le volverían la espalda, diputándolo enfermo. Para los que viven habitualmente en la zona de la sinrazón, el razonar constituye una dolencia grave, la peor de todas. En un país de locos, recluirla a los cuerdos como a sujetos peligrosos.

AYALA.—Supongo, mi querido profesor, que está usted hablando en serio, que no ha tomado una humorada de Edgar Poe como pretexto para una divagación humorística...

O'BRIEN.—Amigo mío, cuanto más avanza en la vida, más difícil me resulta deslindar lo serio de lo humorístico. Si se las examina a fondo, no hay nada tan grotesco como las cosas serias, ni nada tan serio como las cosas grotescas. La vida no es probablemente otra cosa que una ridícula fantasmagoría sin sentido real, "un cuento, referido por un idiota, que nada significa..." De todos modos, tenga la seguridad de que he estado hablándole muy en serio. Lo que le he dicho acerca del cuento de Poe, constituye el tema de un ensayo que me propongo escribir uno de estos días para una revista de La Plata.

AYALA.—Decididamente, es usted incansable. Se ve que ha hecho una norma del "nulla dies sine linea"...

O'BRIEN.—Bah, manías de chiflado, nada más. Cada uno tiene la suya, y a mí me da por ahí.

AYALA.—Por suerte para cuantos le admiramos. Usted es lo que yo llamo un incansable obrero de la cultura nacional.

O'BRIEN.—Está usted hiperbólico esta tarde, amigo Ayala. Incansable obrero... No: soy simplemente un hombre que tiene fe en el espíritu, que cree que, a la larga, el espíritu prevalece siempre sobre la vil materia, y que esta patria nuestra está destinada a dar a la Humanidad los más hermosos frutos espirituales en la ciencia, en las artes, en todas las actividades puras y desinteresadas... (Un aparato radiotelefónico de la vecindad capta en ese instante un tango y lo expelle inmediatamente. Llegan hasta el recogimiento de la biblioteca las palabras de la letra: "Plata, plata y plata..." "Lo que hace falta es empacar mucha menega..."). Caramba, ya vuelven a embromar con el ruido ese. ¡Qué gran invento la radiotelefonía!

AYALA.—Sí, muy hermoso, pero un tanto prematuro, según Chesterton. ¿Recuerda usted lo que escribió acerca de eso? Es una lástima que los hombres, además de haber inventado la radio, no hayan inventado algo que comunicarse por medio de ella... Le propongo que salgamos a dar una vuelta antes de comer.

O'BRIEN.—Me parece una feliz idea. Salgamos. (Se despoja del "fumoír" y lo reemplaza por el saco de calle, que pendía de una percha). Cuando usted quiera.

AYALA.—Sí, vamos. (El profesor O'Brien apaga la luz y sale, junto con su amigo, dejando la puerta entreabierta. El libro de Poe ha caído sobre la alfombra. Entra en escena "Dostoyevski". Es un gato negro, fino, de pelo largo y lustroso. Avanza cautelosa, recelosamente. Pasea por la habitación, sin curiosidad, la mirada de sus ojos que traspasan la sombra. Se aproxima, despacio, al sitio en que yace el libro caído, lo olfatea, hace un gesto que parece querer decir: "¡Bah! ¡Literatura!", y traspone la distancia que lo separa de la anaquelera. Husmea los lomos de los volúmenes que se aprietan en el estante inferior — diez y ocho tomos de la "Revue des Littératures comparées" —, hace otro gesto como queriendo decir: "¡Bah! ¡Erudición!", bosteza y se marcha, aburrido de vegetar en una casa con tantos libros y tan pocos ratones).



BUNDA la confusión entre arte popular y arte vulgar. Para los más, existen sólo dos especies de arte: la especie popular y la especie vulgar. Pero de la una a la otra va una escala, y a mitad de la ascensión encontramos la especie vulgar. Mientras la música popular canta en formas claras, de dibujo conciso, de ritmos espontáneos, la música vulgar — capaz de aciertos indiscutibles — fácilmente cae en la redundancia. El oyente poco ejercitado puede usar como piedra de toque los versos que acompañan a unos y otros aires: los del pueblo llevan letras sencillas, con palabras elementales, en metros cortos; los del vulgo recogen los desechos de la poesía culta (los "rayos de plata de la luna", los "labios rojos de coral", la "ardiente pasión, la "mente loca") o imitan torpemente las ingenuidades del pueblo. Mirando a España, encontraríamos arquetipos de vulgaridad en canciones como "El relicario" o "El serranillo", con sus falsos cultismos al comenzar:

Con palabras zalameras y en-
me decías que me amabas cie-
y sus falsas ingenuidades:
¡Qué mala entraña tienes pa-
[mi!]

En cambio, el cantar popular dirá:

Ni contigó ni sin ti
tienen mis penas remedio:
contigo porque me matas
y sin ti porque me muero.

Y a ratos los versos sencillos estarán cargados de extrañas sugerencias, como en el cantar de Asturias:

Arbolito verde,
seco la rama:
debaño del puente
retumba el agua.

Tres hojitas tiene,
madre, el arbolé:
la una en la rama
y dos en el pie.

Está en crisis el arte popular genuino: en muchos países — los de nuestra América española entre ellos — va camino de desaparecer. Es una forma de cultura que expresa "el sentido de la tierra". Hay quienes la consideran cultura arcaica, que guarda, empobrecidos, los restos de formas superiores, nacidas en la alta cultura: así, las reliquias de la música litúrgica de la Edad Media en la canción popular de diversos pueblos de Europa. Pero el arte popular no es sólo conservación: transforma cuanto adopta, lo acerca a la tierra; además, crea. Como actividad espiritual genuina, es creación.

El arte popular se refugia ahora en los campos, y hasta allí lo persigue y lo acosa el arte vulgar, industria de las ciudades, especialmente de las capitales. Nunca es obra del hombre sencillo sino del que ha entrado a medias en la cultura, que olfatea la moda y mez-

DANZA Y CANCIÓN DE AMÉRICA

cla, en dosis variables, según los casos, heces de civilización y espumas de pueblo. El arte vulgar se extiende desde los cuadros de pintores en boga, los Bouguereau de ayer o los Chabas de hoy, hasta los cromos de almanaque; desde las novelas académicas de Henry Bordeaux y de Ricardo León hasta el sainete de humildes teatros de barrio; desde las óperas triviales que en los grandes escenarios alternan con "Don Juan", con "Tristán e Isolda", con "Boris Godunov", con "Peleas y Melisanda", hasta los "cuplés" de revista.

No es que el arte vulgar mezcle siempre desdén: tiene sus aciertos, y tantos más cuanto más se acerca a las formas populares. En música los aciertos son más frecuentes que en otras artes: las melodías y los ritmos del pueblo se insinúan fácilmente en los gustos del hombre de ciudad y el músico los lleva incorporados a su sensibilidad desde la infancia, mientras que las formas ingenuas de las artes plásticas y de la poesía tropiezan con graves resistencias en el ambiente urbano. El gran pecado del arte vulgar no es que pueda errar: yerra también el arte culto; yerra el popular, aunque no lo crean los idolatras del estado de naturaleza. El gran pecado lo lleva en su fuerza de destrucción, que lo arrastra a segar las fuentes mismas en que bebe mejor: terrible paradoja. La música de jazz, que se nutre de invenciones del campesino negro, extraídas del Sur de los Estados Unidos, al refluir sobre la región creadora va matando en los antiguos esclavos el don de inventar; el tango, irradiando desde Buenos Aires, arrinconando y desalojando a las danzas criollas del interior de la Argentina. Lamentable visión, la del futuro en que las artes populares hayan perecido bajo la opresión de la imprenta, el cinematógrafo, el fonógrafo y la radiotelefonía, invenciones de genio esclavizadas para servir de instrumentos a la mediocridad presuntuosa. Mientras tanto, el arte culto se refugiará en atmósferas enrarecidas, perdiendo calor y sangre...

La música popular de la América española tiene caracteres propios que la distinguen entre todas las semejantes en el mundo. Ha adquirido rasgos de creación autóctona. Pero tiene, como todas, antecedentes: en la población indígena, en España, en África, en influencias europeas. Elementos que se combinan en proporciones diversas según países y regiones. La música española está, como base sustantiva, en todas partes. Las melodías indígenas sobreviven en la América del Sur, con la excepción probable del Uruguay y de gran parte de la Argentina; sobreviven en la América Central y en Méjico; pero son difíciles de identificar en las Antillas. Los ritmos africanos viven en Cuba con vida pacífica, se ex-

tienden a las tierras bajas de la costa del Golfo en Méjico, y tal vez hayan dejado rastros en Santo Domingo y en Puerto Rico, en las costas de Venezuela y Colombia, en el Ecuador y el Perú, hasta — según hipótesis — en el Uruguay y en la Argentina. Y desde el siglo XVIII hay influencias francesas e italianas, directas o a través de España; en el XIX nos alcanzan influencias germánicas o eslavas, con bailes que se popularizan — el vals, el schottisch, la polka, la mazurka, la varsoviana, la cracoviana —, y hasta con tipos de canción: no sabemos por qué vías se acerca al "lied", a veces, la canción mejicana; Andrés Segovia me hacía observar cómo la estructura melódica de "La Valentina" (si se canta lentamente) y de "A la orilla de un palmar", es la de los "lieder" románticos de Alemania. Pero todo ha sido renovado: las huellas de los orígenes se perciben unas veces, otras no; ritmos y dibujos melódicos han adquirido nuevo carácter: todo es ahora música de América.

En las Antillas, los indios desaparecen desde temprano, a pesar del empeño heroico de los primeros frailes dominicos — castellanos, leoneses, andaluces —, y de su discípulo andaluz, el batallador y el fantaseador Las Casas, caballero andante del evangelio de la fraternidad humana: sólo sobreviven en Santo Domingo, donde los salva la rebelión de Enriquillo, el último cacique. Sus artes rítmicas — danza, música y poesía —, se resumen en el "areíto", baile cantado que se realizaba en grupos. Según Oviedo, distinguían entre la danza ritual de carácter religioso o de carácter conmemorativo, épico, y el baile de diversión.

¿Qué nos queda de aquella música? Quizá nada, al menos en su forma primitiva. Haría falta recoger la que exista en los lugares de Santo Domingo, donde el indio sobrevivió, desde la Sierra de Bohoruko hasta San Juan de la Maguana, y compararla con la de los indios arahuacos de Venezuela y del Brasil, a cuya familia pertenecen los antillanos, o con la de los caribes del Brasil, las Guayanas y Venezuela, pues los caribes ocuparon las Antillas menores del Sur, donde sobreviven unos pocos, y penetraron en Puerto Rico y en las regiones orientales, al norte y al sur, de Santo Domingo.

El único cantar que se cita como "areíto" ("Aya bombá ya bombé — Lamassam Anacaona — Van van tavaná dogué") es de origen dudoso: lo recogió en Haití, durante la primera mitad del siglo XIX, Mr. William S. Simonise, nativo de la Carolina del Sur, y lo comunicó al Rev. Hamilton W. Pierson, quien lo publicó en la vasta recopilación de Schoolcraft sobre los indios. Según Pierson, el "areíto" era en elogio de Anacaona. Fuera del nombre de la reina poetisa, no se entienden

las palabras de la canción, y, más que del talno, nuestra lengua arahuaca, parecen de idioma africano. La sospecha crece, si se piensa en que el cantar se recogió en Haití, donde la invasión de los franceses y la importación de esclavos africanos no dejó rastros indígenas como en la parte oriental, española, de la isla. El verso inicial, "Aya bombá ya bombé", se parece al estribillo del baile ritual del "Vaudoux", tradicional entre los negros de Haití: "¡Eh, eh! ¡Bombá, hen, hen!". Finalmente, el investigador dominicano, Apolinar Tejera, supone que el cantar recogido por Simonise es el que a principios del siglo XIX se arregló o compuso, basándose en supuestas tradiciones, para Cristóbal, rey de Haití; Emile Nau, historiador haitiano, lo denuncia como falsificación cortesana. Para colmar la complacencia, Antonio Bachiller y Morales transcribió el "areíto de Anacaona" en su "Cuba primitiva", tomándolo de la recopilación de Schoolcraft — con erratas — y en Cuba se le ha creído cantar de los indios siboneyes, hasta el punto de que el distinguido compositor cubano Eduardo Sánchez de Fuentes la pone en boca del coro en su ópera "Doreya" (1918), de asunto indígena.

Quedan vagas probabilidades a favor del cantar, al menos mientras no se aclare la procedencia de otra versión del renglón primero: en vez de "Aya bombá ya bombé", Javier Angulo Guridi nos da la frase "Igi aya bongbe" y dice, no sabemos con qué fundamento, que significa "Primer muerto que esclavo".

Toda opinión sobre su autoc-tonía, a juzgar por la música, ha de ser conjetural, mientras no haya términos probables de comparación. Está en escala heptatónica, y no en la pentatónica que se atribuye a una parte de América (el Perú, principalmente). Después, la simetría de las frases le da aspecto moderno, y el dibujo melódico se asemeja al de muchas canciones de la América española. Una de Santo Domingo, que oí en mi infancia (Ahi viene Monsieur Contin"), es quizá derivada del problemático "areíto". Tiene parentesco con el comienzo de "San Pascual Bailón", contradanza cubana de 1803, y con la frase inicial de una canción mejicana, "Allá viene el caporal".

Para buscar nuevos rastros indígenas en las Antillas, hemos de permanecer, por ahora, en el país de las conjeturas. Se atribuyen rasgos autóctonos al "merengue" y a la "mangulina" de Santo Domingo; a la "guajira", al "zapateo" y al "punto" de Cuba. Pero, ¿cómo probarlo?

Trajo España, desde la conquista, sus cantos y sus bailes. Todavía, en la América española, la música destinada a los niños afianza sus raíces en la Edad Media: de la tradición in-

memorial provienen los romances, las canciones de cuna, las rondas, los juegos. Anteriores al descubrimiento del Nuevo Mundo son — cuando no el documento, lo prueba el dato de que escritores y músicos del siglo XVI los recogen ya como viejos — el romance de "Gerineldo" y el de "Delgadina", el de "Blanca Niña" — la esposa infiel — y el de "Las señas del marido" — la esposa fiel —, el de "Hilo de oro" y el de "La flor del olivar", la canción de la "Pájara pinta" y la de "Señora Santa Ana", el juego de "A la limón" (tradicional también entre los ingleses: "London bridge is falling down") y el del "Abejón o Periquillo el labrador", el del "Caracol, col, col", y el de "Sopla, vivo te lo doy". La transmisión oral, que modifica la letra, modifica también la música, y en cada región se entonan ahora los cantos tradicionales con aires diversos: las formas arcaicas — como las de "Delgadina" e "Hilo de oro", con su característica lentitud, en Santo Domingo — se mudan en melodías modernas, de tempo vivaz, como las de Cuba.

Pero ¿qué ha quedado de las danzas y los bailes antiguos? ¿Qué de las canciones para adultos, fuera del romance, que el tiempo dejó en boca de los niños? Para decidirlo, habrá de conocerse a fondo el repertorio español — y europeo — de los siglos XVI y XVII: España fue la cuna y Francia la escuela, con auxilio de Italia, de la coreografía moderna. Las danzas de corte, como la "pavana", la "gallarda", el "bran", la "alemanda", la "alta", la "baja", la "españolita", sólo debieron de conocerse en las ciudades cultas de América. Pero los bailes, como manifestación popular, si invadieron todas las zonas del Nuevo Mundo: la "jácara", las "folías", el "pasacalle", la "zarabanda", el "canario", las "seguidillas", el "villano" con su aditamento el "zapateado", el "fandango" con sus especíes, "rondallas", "malagueñas", "granadinas", "murcianitas". Y "fandango" quedó como nombre genérico de toda fiesta en que se bailara. Hasta debieron de venir bailes de Galicia y Asturias, a juzgar por muestras de Santo Domingo: "Rondé, rondé..." y "Al pasar la barca..."

Pero el mundo nuevo reflujo pronto sobre el antiguo, iniciándose el juego de flujo y reflujo que persistirá, sin interrumpirse, hasta las modernas invenciones del "jazz", de la "machicha" y del "tango" argentino. Desde fines del siglo XVI cundían en España bailes surgidos o reconstruidos en América: el "cachupino", la "gayumbá", el "retambó", el "zambapalo", el "zarandillo", hasta la "chacón", que daría sus flores perfectas de otoño en manos de Bach y de Rameau. Y entre América y Europa circulan bailes africanos, como el "zarambeque" y el "guinco": ¡también en el siglo XVI comienza la moda de los bailes negros!

Todavía en el siglo XVIII, todavía a principios del XIX, España inundaba sus colonias con nuevas creaciones musicales: "tonadillas", "tiranías", "polos",

"boleros", "tangos". Pero ya, en vez de la música popular, se difundían sus imitaciones vulgares a través del teatro, y las influencias francesas e italianas modificaban las formas españolas. Después, durante los últimos cien años, España difundió en América aires de sus zarzuelas; pero la música del pueblo llegaría poco hasta nosotros (el "cante jondo", por ejemplo, no parece influir en ninguna parte): en el arte popular, el divorcio será completo. Cien años harán inconfundible la música de España y la de América.

En música, así como en España hay regiones con rasgos distintivos, las hay en América. Una de ellas, la zona tropical del Mar Caribe, cuyo foco de irradiación está en las tres grandes Antillas españolas, Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico, y cuyos bordes son, hacia el Sur, las costas de Venezuela y de Colombia, y, hacia el occidente, las costas mejicanas del Golfo, en Yucatán, Campeche, Tabasco y Veracruz, con ligeras influencias en las costas de la América Central. En las demás regiones del Nuevo Mundo, fuera de la estrecha faja de las costas—en las altiplanicies de Méjico y de la América Central, de Venezuela y Colombia, de Ecuador, el Perú y Bolivia—, el vigor del trópico se desvanece en ambiente de otoño. La zona del Mar de Caribe es la legítima zona tropical, la única de la América española donde se cumplen a plenitud, sobre territorio extenso, los privilegios del trópico: el verano perpetuo, la luz torrencial, la violencia de los colores, la fecundidad exuberante, la incitación a vivir sólo con los sentidos.

De los tipos antillanos de música popular, uno de los más antiguos es el "són": así lo hace pensar el arcaico "Són de Ma Teodora", que debió de componerse en Santiago de Cuba a fines del siglo XVI, porque se refiere a Teodora Ginés, maestra en música de bailes. El aire tiene curioso parecido con viejas "milongas" argentinas. Es el primer ejemplo de los "sones" de la provincia de Oriente, en Cuba, que persistieron hasta nuestros días y, después de años de decadencia, volvieron a gran popularidad como música de baile: en nuestros días, en vez del tipo oriental, criollo, se ha difundido una variante moderna, africanizante, y de ella se han apoderado los compositores de música vulgar. Hay "sones" admirables, como "Loma de Belén", "Tres lindas cubanas", "Oye, Miguel", por el sabor tropical de los giros melódicos y ritmos, sazonado todavía, en la ejecución, por la novedad picante de los timbres instrumentales.

Como el "són" cubano, la "mangulina" de Santo Domingo tiene caracteres arcaicos. Según el compositor dominicano Esteban Peña Morell uno de los músicos jóvenes de mayor talento en las Antillas, la "mangulina" es la música típica del país y tiene su origen en Hicayagua, en el sudeste de la isla, de donde irradió hacia todo el territorio, hasta penetrar todo el franco-africano República de Haití: a través de emigrantes haitianos llegó hasta Cuba, con modificaciones, y quizá influyó en el "són" moderno. Peña Morell le supone antecedentes canarios: si así fuere, su antigüedad acaso no pasaría de doscientos años, pues las grandes emigraciones de las Islas Canarias a Santo Domingo ocurrieron en el siglo XVIII. Al principio del XIX estaban en boga las "mangulinas": se sabe que compuso muchas Juan Bautista Alfonseca (1802-1875), músico de gran cultura y de genial instinto popular, a juzgar por sus éxitos (1).

Según otras opiniones, el baile llamado "merengue", general en pueblos y campos del norte de la República, sería la composición musical típica de Santo Domingo. Una tradición lo hace nacer como canción satírica, en 1844, contra el abanderado que huyó de una batalla entre dominicanos y haitianos; pero hay tradiciones opuestas que lo hacen remontar a 1820: se dice que Alfonseca, cuando cantaba diez y ocho años, escribió los primeros "merengues" o "danzas-merengues", dándoles el nombre y combinando en ellos elementos criollos con rasgos de la contradanza francesa, de moda entonces. A Peña Morell el "merengue" le parece derivado de la "mangulina"; de ella pro-

cederían igualmente la "nina" de Azua y el "carabiné" del sudoeste.

Junto a la "mangulina" y el "merengue", existen en Santo Domingo multitud de bailes y canciones de los campos: la "mediatuna", que se canta "a porfía", improvisando dos payadores rivales, y puede ser "a lo humano" o, como alarde, "a lo divino", con asunto religioso; el "galerón", el "punto y llanto", la "tumba", la "plena", el "chuin", especie de "són", el "zapateo" con sus variantes, el "zapateo montuno", el "zapateo con estribillos", el "guarapo", el "sarambo" y el "callado" (que impone la obligación de bailar a ratos sin música), el "chenché", el "guayubín", el "peje", la "ventaja", de coreografía lúbrica, la "yuca", pariente de los "pericones" del Río de la Plata. La música de estos bailes y canciones se tocaba en rústicos violines y guitarras o tipos ("treses", "cuatros", "seises", "doces", según el número de cuerdas), acompañados de güiros y gran variedad de tambores; pero la llegada del

tropical, y cambia rápidamente hasta convertirse en la más admirable creación de la música antillana: la "danza" tropical. En Cuba se atribuye a Miguel Saumell (1817-1870) la definitiva forma de la "danza": una de sus innovaciones fue, según parece, escribirla unas veces en compás de dos por cuatro, el primitivo de la "contradanza", y otras veces en compás de seis por ocho. Después ha regresado al tradicional. En Santo Domingo, se enlaza su aparición al inevitable Alfonseca.

La "danza" existe en todas las Antillas españolas; pero en Cuba engendró otra forma nueva, el "danzón", que a fines del siglo XIX destruyó a su generatriz. El "danzón" llegó a dominar, como arquetipo, tanto para el vulgo como para el pueblo humilde de Cuba; pero ha interesado poco a los compositores cultos (entre las excepciones: Gonzalo Roig). La "danza" sobrevivió en manos de músicos eminentes, como Ignacio Cervantes, autor de una colección de joyas breves, y todavía la

to, y da impresión de languidez, mientras la cubana puede darla de ardor. Se atribuye su creación a Manuel Tavárez y su perfeccionamiento a Juan Morel Campos (1857-1896), compositor fecundísimo a quien se deben, junto a sinfonías y oberturas, multitud de danzas famosas todavía en las Antillas. Pero no ha permanecido inmutable: durante los últimos años ha perdido su lenta languidez y bajo la influencia de los bailes extranjeros hace ágiles su ritmo y su tempo.

En Santo Domingo, la "danza" que imperó durante medio siglo se identificó con el tipo borinqueño: fue hasta hace pocos años el baile favorito de sociedad y tuvo muchos cultivadores. Entretanto, el tipo cubano de la "danza" se extendió a Méjico, y allí, después de difundirse por las tierras bajas como baile general, subió a la altiplanicie e interesó a músicos cultos como Felipe Villanueva (1863-1893) y Ernesto Elorduy (1853-1912). Interesa todavía a compositores como Carlos del

glo XIX, son el "zapateo y punto cubano", la "guajira", la "guaracha", la "rumba", la "clave", la "criolla" es del siglo XX y tal vez de origen dominicano. En el "zapateo", el "punto" y la "guajira" ve Sánchez de Fuentes los tipos más originales de la música cubana; ve en ellos supervivencias indígenas. La "guajira" está relacionada con el antiguo baile del "zarandillo", llevado de América a España en el siglo XVII. A esta familia pertenece la "guaracha", tipo de canción ahora medio olvidada: se conservan ejemplos antiguos, como "El sungambelo", impreso en 1813. La "rumba" y la "clave" son bailes con influjo africano en los ritmos; la melodía conserva rasgos peculiares de la frase musical cubana, como la semicadencia frecuente. En los ritmos y los ruidos de la "rumba", según entiendo, se inspira el modernísimo compositor Amadeo Roldán para su obra sinfónica, especie de interpretación musical de la vida del negro en Cuba, con título estrepitosamente prometedor: "La rebambambamba".

Existe en todas las Antillas la "canción" vulgar, producto de las ciudades, con letra pobre, de los compositores mismos, o letra de diversas calidades según el poeta de quien se tome: he oído en boca del vulgo antillano canciones con letras de Bécquer, de Zorrilla, de Espronceda y de muchos poetas de América, como Esteban Echeverría, cuya "Diamela" llegó hasta allí, quizás con la música que le compuso Esnaola en Buenos Aires. Este tipo de canción abunda también en Venezuela y Colombia: hasta existe una especie de canción colombiana de asunto fúnebre, con letras de románticos sombríos como Julio Flórez. En Santo Domingo residió y allí murió trágicamente, a mano de esposo ofendido, el poeta venezolano Eduardo Scanlan, protagonista de "Ciudad romántica", el pintoresco libro de Tulio M. Cestero: componía la música para sus propios versos, y una de sus canciones, "Sé que soy para ti cual flor marchita...", tuvo larguísima boga. La "canción" no obedece a normas fijas; por lo común, su dibujo melódico, cuando no se parece al de las "danzas" tropicales, es amplio, simétrico, con tendencia a la forma cuadrada, italianizante.

Finalmente, de las danzas de la Europa germánica y eslava que se difundieron después de 1800, una, por lo menos, el "vals" produjo una variante tropical, de característica languidez, y con sincopas peculiares en Puerto Rico y Santo Domingo, como la "polka" produjo una variante criolla en el Paraguay.

En la música de las Antillas hay materiales para la construcción de maravillas futuras. "¿Cómo debe de sonar esa magnífica antillana!" exclamó Adolfo Salazar. Cuba y Santo Domingo tienen una riqueza espléndida de música propia, de un carácter y una originalidad potentemente acentuada, algunos de cuyos acentos no nos son desconocidos a las gentes de Europa... Ni Persia, ni Arabia, tienen seguramente más vivos colores ni más sabrosas inflexiones, ni ritmos más insinuantes, ni timbres instrumentales más llenos de sugestiones.

(1) La sólida cultura colonial de Santo Domingo, Metrópoli universitaria del Mar Caribe hasta bien entrado el siglo XVIII, se extendió a la música. La inmigración de familias dominicanas en Cuba, entre 1796 y 1822, contribuyó al súbito cambio de nivel que se advierte en la cultura cubana a principios del siglo XIX: "el primer piano de concierto que sonó en Cuba fue el de Segura (el médico dominicano Bartolomé de Segura y Mieses), traído de París en 1810", dice Laureano Fuentes Matons, y las primeras lecciones de piano que hubo en la isla las dio en casa de Segura el maestro alemán Carl Rischer. Todavía a fines del siglo XIX se perpetuaban altas tradiciones en las iglesias de Santo Domingo: en mi infancia oí en ellas coros de la "Missa brevis" de Palestrina, del "Magnificat" de Bach y de la "Ingenia en Taurida" de Glück. A esta difusión de la cultura musical se debe que las metodías de grandes compositores se hayan convertido a veces en aires populares de Santo Domingo: así, la melodía de un adagio de Mozart se adaptó a una canción satírica de hacia 1850, "Gabriel Recio se casó...", y una parte del brindis de "Don Juan" sirvió para el cantar de "Comandante Julio..."



acordeón, como en el Río de la Plata, produjo general trastorno, y los instrumentos de cuerda van desapareciendo.

El siglo XVIII, siglo francés, siglo en que Francia domina al mundo occidental con su imperialismo de la cultura, trae una revolución en las costumbres, seminario de las grandes revoluciones políticas que se extienden de 1776 a 1825. España y sus colonias, bajo el influjo francés, al que se sumaba el italiano en igual dirección, reforman su literatura, su música, sus danzas y bailes. Hay canciones francesas, como la de "Malbrú" que se divulgan hasta convertirse en cantares de niños.

Dos tipos de danza que Francia impone llegan a España desde principios del siglo XVIII y a las colonias, con retraso, hacia mediados o fines: la "contradanza" y el "minué". Y la "contradanza" habrá de florecer y fructificar de modo asombroso en las Antillas: de ella se derivarán formas antillanas de extraordinario interés. Aquí se observa el caso del arte culto que desciende por grados hasta el pueblo: la "contradanza" entra como diversión de gente rica, y pronto pasa a forma vulgar. Hay después compositores que la conservan como forma culta: tales, José White, el célebre violinista (1836-1918), y Gaspar Villate, cuya ópera "Zi-la" se estrenó en París en 1877. Se impregna de languidez

cultivan los nuevos, como Ernesto Lecuona.

Probablemente, de la "danza", con influencia del antiguo "tango" de España y de Cuba, nació la "habanera". Pedrell la considera cubana de origen. En España, donde se la adoptó después, adquirió caracteres nuevos, como las notas de adorno típicas de la música andaluza. Su inmensa difusión por el mundo se debe al español Iradier, que vino a América hacia mediados del siglo XIX, y entre nosotros compuso (¿o transcribió?) dos piezas célebres: la "Paloma" ("Cuando salí de La Habana ¡válgame Dios!") y la que Bizet incorporó en "Carmen". En Cuba, Eduardo Sánchez de Fuentes le ha devuelto vida, introduciendo novedades rítmicas pedidas al "danzón".

En Puerto Rico la "danza" es todavía la música nacional: "La Borinqueña" es como el himno de la isla irredenta. La antigua "danza" de Puerto Rico difiere de la de Cuba en el tempo con que se ejecuta, que es más len-

Castillo y Pedro Valdés Fraga.

Miguel Failde, de Matanzas, poco antes de 1880. Escrito en compás de dos por cuatro, una de sus peculiaridades rítmicas se basa en la fórmula que llaman en Cuba "cinquillo" y que no es el "quintillo" de los tratados sino una serie de cinco notas, dos breves insertas entre tres largas. Se inicia con el "cedazo", frase de ocho compases repetidos, que reaparece después como estribillo. Después de Failde, se hizo propagador del "danzón" Raimundo Valenzuela, que cayó en uno de los peores hábitos del músico vulgar: apoderarse de toda especie de temas ajenos, de ópera, de zarzuela o de canción, y forzarlos dentro del nuevo molde. Sus primeras composiciones son interesantes: representan la transición de la "danza" al nuevo tipo rítmico.

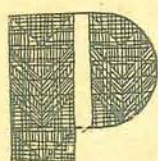
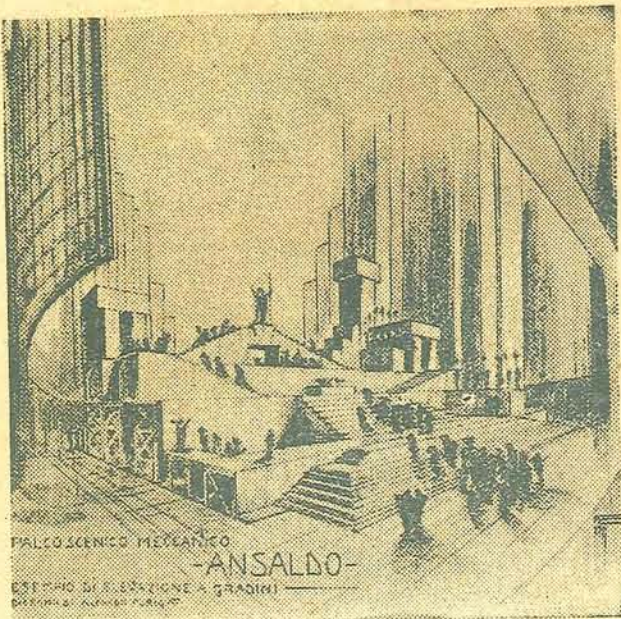
Después de Valenzuela, el danzón siguió modificándose, haciéndose más vivaz, y se ligó con el "són", que solía acompañarlo como final. El "són", con bríos inesperados en su forma novísima, empezaba a desalojarlo. Ahora, en 1929, ha surgido en Matanzas otro tipo nuevo, el "danzonete", que combina elementos del "danzón" y del "són", en ritmo de mayor vivacidad.

Después de Valenzuela, el danzón siguió modificándose, haciéndose más vivaz, y se ligó con el "són", que solía acompañarlo como final. El "són", con bríos inesperados en su forma novísima, empezaba a desalojarlo. Ahora, en 1929, ha surgido en Matanzas otro tipo nuevo, el "danzonete", que combina elementos del "danzón" y del "són", en ritmo de mayor vivacidad.

Especies de música cubana, con larga historia dentro del si-

PEDRO
HENRIQUEZ
UREÑA

ILUSTRACIONES
DE JORGE LARCO



OR cierto que no necesito presentarles a Pericles Ansaldo, técnico escénico de raza, como buen hijo de aquel Giovanni Ansaldo que durante treinta años dirigió el mundo escénico de la Scala, ganándose vastísimo y muy merecido renombre. De su padre, Pericles Ansaldo ha heredado la tenacidad propia de los ligures, virtud que ha aplicado a un trabajo incesante que podría resumirse en esta fórmula simple y ruda: "hacer siempre mejor".

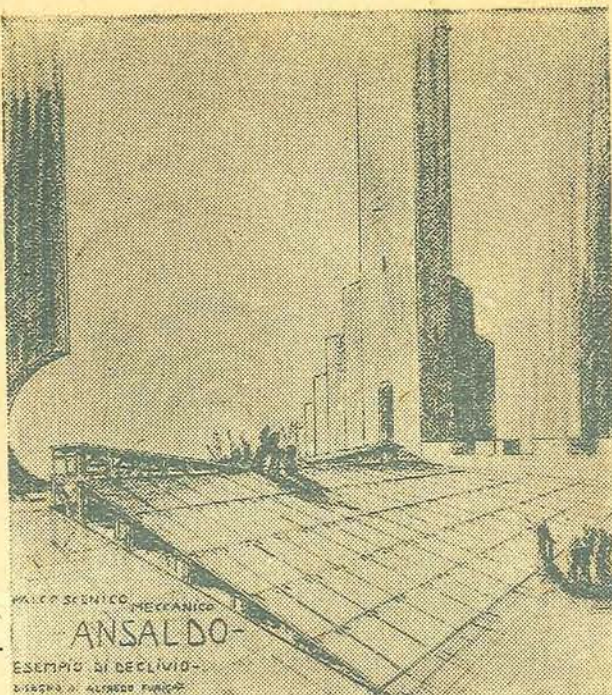
Ustedes tuvieron por espacio de veinte años como director técnico de escena del Colón a este hombre de facha gigantesca y cara de niño, si bien coronada por una cabellera lacia, ya más blanca que negra, de modales siempre corteses y hasta casi obsequiosos, pero árido en palabras y con quien no había tiempo que perder. En la Scala, Pericles ha dejado, como su padre, una huella profunda de su diligencia genial; pero se perfeccionó, sobre todo en los Estados Unidos, y es suyo el proyecto de arquitectura escénica del gran teatro de San Francisco de California.

Concretado ya al designio de restaurar a fondo, no sólo en sus líneas arquitectónicas, sino en su estructura escenotécnica el viejo Teatro Costanzi, rejuvenecido con el nombre de Teatro Real de la Opera, nadie logró colocarse mejor a la altura de esta segunda empresa que Pericles Ansaldo. Y, en efecto, tres años ha que, sin tregua, dedica estudios amorosos y trabajo impropio al Teatro Real, hasta que logre colocarlo al nivel de los principales teatros del mundo. El palco escénico del Costanzi pareciera en condiciones absolutamente indignas del teatro de una capital y de uno que aspiraba a conquistarse fama internacional. Suprimidas las tramoyas, Ansaldo pudo aumentar la anchura del palco escénico hasta treinta metros.

Ejemplo de elevación por gradas

en cambio, érale imposible aumentar su profundidad de 21 metros, por falta de espacio posterior y también porque la profundidad de un palco escénico tiene un límite determinado por la altura; pero Ansaldo remedió este inconveniente con un hallazgo de su invención, esto es, con un "panorama" semicircular, rígido, constituido por la mitad hueca de un cilindro que tenía por diámetro la anchura del palco escénico y que se situaba en el fondo de este mismo. Formata ese panorama una armazón de madera, revestida de una tela especial y de una amalgama de asbesto y color al temple de tono blanco azulado, que da la ilusión de un amplio horizonte. La superficie curva del panorama armoniza y difunde maravillosamente las luces, aumenta sensiblemente la intensidad acústica de las voces, se presta, en fin, a reproducir el firmamento con sus constelaciones, de modo que en las escenas nocturnas da al espectador la ilusión de un verdadero cielo estrellado. Esta enorme armazón, que cierra en semicírculo el palco escénico, no impide los movimientos de las masas ni los cambios rápidos escénicos, porque, mediante un mecanismo eléctrico, puede ser levantado cuatro o cinco metros, dejando así libertad completa para todo movimiento.

Esta invención, que constituye un notable progreso en comparación con la llamada "Cúpula Fortuny", puesta ya en funcionamiento desde la temporada inaugural del Teatro Real, fué objeto de pasmada admiración por los espectadores, quienes se quedaron encantados del aspecto de infinito que ofrecía el horizonte escénico y de todas las demás aplicaciones "meteorológicas" que daban la posibilidad de realizar artificialmente, pero con verosimilitud absoluta, todos los diversos momentos del día, de la noche, de las estaciones, de los cambios atmosféricos: de un cielo tachonado de estrellas a uno rosado de alba, al violáceo del crepúsculo, al estallido de la



Proyecto de declividad

UN MAESTRO DE LA DIRECCION ESCENICA



PERICLES ANSALDO
POR
ALBERTO DE ANGELIS

(Para LA NACION)
ROMA, enero de 1930.

tempestad, a la perfecta ilusión óptica y auditiva del rayo, del trueno, de la nieve, de la escarcha. Y no menos admirados se mostraron los técnicos en la materia, escépticos o por lo menos con ojos curados de toda ilusión estética como suelen serlo los médicos frente al cuerpo humano, cuando se llegaron a visitar minuciosamente lo que Ansaldo había realizado en el palco escénico del Teatro Real.

Pero Ansaldo no se manifestaba satisfecho de cuanto había realizado. Era una etapa, no la meta. El palco escénico no es para Ansaldo una cosa muerta: es un organismo vivo capaz de desarrollo y perfec-

DIBUJOS DE
ALFREDO FURIGA

cionamiento incesantes. Por esto es que ha aprovechado los pocos meses de clausura veraniega del teatro para llevar a cabo una nueva reforma audaz.

Espíritu esencialmente práctico, Ansaldo ha partido en su nuevo trabajo desde un punto de vista de los más modestos: de una razón de prudencia que aconsejaba desbaratar los profundos almacenes colindantes con el palco escénico y en los que se hacían numerosas estructuras de madera, necesarias para formar en el escenario las diversas circunstancias que acompañan a la "mise en scène" de las óperas. Esas armazones constituían, además de un estorbo, una perenne amenaza de incendio que hoy, a consecuencia de la reforma en camino, quedará totalmente eliminada.

Hasta ahora considerábase como progreso máximo en los teatros modernos el poder subir, bajar o hasta trasladar lateralmente, pero tratándose siempre de teatros de no grandes dimensiones, el plano del palco escénico. La reforma de Ansaldo, teniendo en cuenta especialmente las condiciones anteriores del Teatro Real, consiste en haber alcanzado la posibilidad de superar estas tres clases de desplazamientos que llamaremos "totales", permitiendo, además, el desplazamiento consistente en la super-elevación o la bajada de los dos verdaderos planos escénicos propiamente dichos, los cuales, por lo mismo, coexisten, y logrando, además, la super-elevación o el descenso de partes del plano escénico. Y estas partes o sectores separables del plano escénico llegan a ochenta, lo cual significa que es posible, encima o debajo del nivel del plano, o debajo de decorados completamente diversos y profundidades o elevaciones que pueden llegar hasta el nivel superior de cinco metros e inferior de tres.

¿Qué ventajas ofrece esta reforma? Hasta hoy, por ejemplo, para hacer aparecer un puente en escena, un plano inclinado o cualquier otro sólido.

Esquema de elevación por rampas

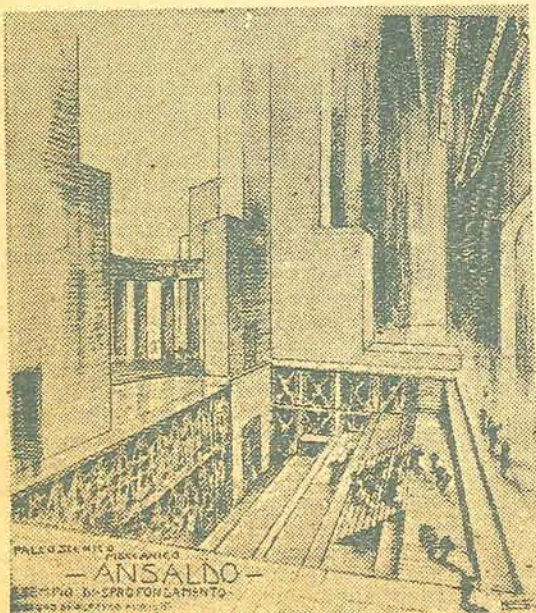


era necesario recurrir a los llamados "practicables", que eran planos sólidos de madera de forma correspondiente a los objetos que se quería simular en el palco escénico, que había que transportar en el momento oportuno y despachar luego después de usar. Se comprendió fácilmente el enorme estorbo que significaba este sistema en los espacios contiguos al palco escénico, donde se depositaban los "practicables", y del propio palco escénico donde se transportaban fatigosa y ruidosamente, constituyendo verdaderos colmos de esfuerzo para el personal de tramoyistas.

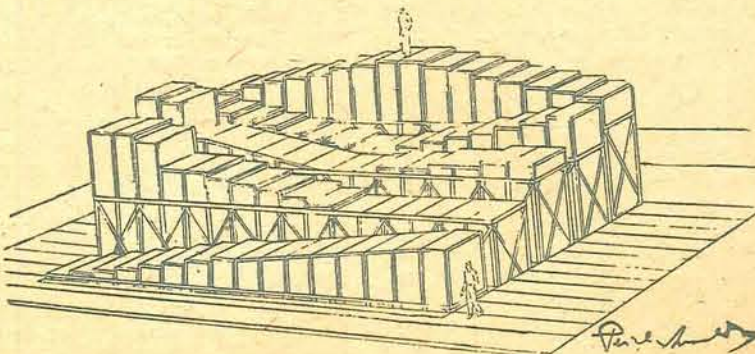
Actualmente no ocurre nada de eso. El plano escénico, que aparece como un área rectangular sin interrupciones aparentes en su superficie, es atravesado en toda su anchura por nueve series paralelas de puentes, cada uno de los cuales se puede subir o bajar del nivel escénico. Ahora bien; si levantamos al mismo tiempo y a la misma altura todos los puentes estrechos, habremos obtenido otras tantas superficies paralelas, las cuales estarán separadas una de otra si no viniesen a llenar los vacíos por tezueltas que habitualmente pendían de los lados de los puentes y que, alzadas automáticamente al nivel de éstos, los unen entre sí, formando una superficie única. Entonces queda a un nivel inferior toda una serie de puentes paralelos más anchos, los cuales se pueden perfectamente llenar de bambalinas para la preparación de una segunda escena, que se hará subir al nivel escénico, en el momento oportuno, en sustitución a los puentes anteriores, que, a su vez, bajan. Con esto creemos haber puesto bien en evidencia que, mediante el mecanismo ideado por Ansaldo, es posible efectuar cambios de decorado con suma rapidez.

Supongamos ahora que se quiera acentuar la inclinación del plano escénico para aumentar la ilusión de su profundidad de perspectiva. Bastará en tal caso disponer los varios puen-

(Continúa en la pág. 10)

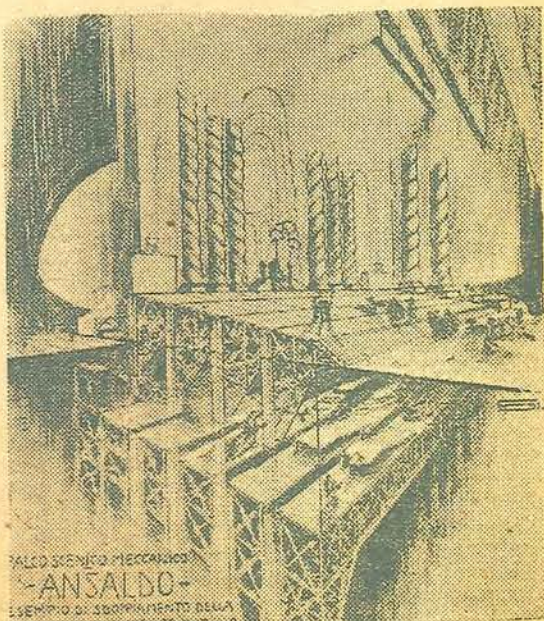


Proyecto de escena en profundidad con rampas y gradas



Vista esquemática de los varios accidentes realizables en la escena

Desdoblamiento de la escena, o sea decoraciones múltiples





GRETCHEN, a la semana de estar en Nervi, ya era popular. A la mañana y a la tarde, Gretchen aparecía en el Paseo del Mar con su largo perrito alemán y una novela francesa traducida al alemán, debajo del brazo. Hablaba con su perro todo longitud, ensayaba todos los bancos, hojeaba su novela, saludaba, se sumergía y emergía sucesivamente entre los grupos de alemanes que llenan Nervi. Sorbía un cocktail en la "Marinella" y un americano en la "Rotonda". Detenía a un señor para encender su cigarrillo. El cigarrillo se le caía en el gesto apresurado de acariciar a un chico. Farfullaba, con gran convicción, un italiano imposible. Sonreía, saludaba, contestaba saludos y sonrisas: sin economía. Se ponía a caminar detrás de un grupo, lo alcanzaba, lo penetraba y se colgaba de algún brazo. Ya eran amigos. Gretchen abatía barreras, se abría brechas entre la semi-elegancia cosmopolita de Nervi. Y, sobre todo, se asaba concienzudamente al sol. Su piel no se ponía morena sino colorada. Su cuerpo se redondeaba. Su blusa de seda se combaba. Echaba atrás la cabeza, sacudiendo la melena, con un gesto de feliz exaltación. Su entusiasmo, su popularidad, su color rojo, su consistencia corpórea, avanzaban al unísono con germánica disciplina y germánico impulso. Su italiano también avanzaba con germánica disciplina. Daba gusto escuchar su gran voz: "¡Oh, puon ciorno!"

Luego, se la veía en los tés danzantes, en las veladas del Círculo de Forasteros, en el Cine de la Rosa, en el Café Milano. Sin su perro y sin su novela. Se la veía acompañar a alguien a la estación; hablar con alguien asomado a la ventanilla del tranvía parado en la plaza. Gretchen estaba en Nervi; o sea, estaba en todo Nervi y con todo Nervi...

Jeannette, una francesa remilgada, pasando con su perrito Bijou entre los brazos, la miraba con odio patriótico. Pero, incluso para Jeannette, tenía Gretchen la mirada abierta e inocente de sus ojos verdes, la sonrisa amplia de sus labios al natural. Le hubiera gustado, que su perrito alemán, todo ondulado longitud, jugara con Bijou, todo rizos sedosos. Unas volteretas: acaso fueran el prólogo de un buen acuerdo internacional... Pero Gretchen no advertía que Bijou era demasiado delicado. Ni que entre ella y Jeannette había la misma diferencia que entre su perrito alemán y Bijou. Su perrito alemán caminaba animosamente con sus propias patas, se metía entre las piernas de la gente, parodiaba todos los contornos que su ondulado longitud rozaba, era un perro a la diablo, un perro cordial y humorista. Bijou paseaba arrebujaado en el seno de su ama. Gretchen caminaba, corría, saltaba como su perro. Jeannette no caminaba: meneándose y contoneándose, avanzaba complicada, estéticamente...

La silueta de Gretchen no es esbelta sino abundante. Y, como no es alta, cuando corre, un poco inclinada, parece que se dispone a imitar a una pelotá. Sospecho que es de las que se marchan de Nervi apenas comienza el tiempo de ponerse los trajecitos de baño. En verano habrá que ir a buscarla en la alta montaña, donde las mujeres sigan vistiendo "sweaters"... A Jeannette, en cambio, durante el verano la veremos sobre el escollo menos accidentado, en pijama, bajo una sombrilla, y delante de ella, sobre un almohadoncito, estará Bijou.

Gretchen, viéndola, se piensa un poco en una figura de Rubens. También evoca el grato recuerdo de las cervcerías alemanas, donde una orquesta toca a Beethoven para parroquianos exuberantes que tragan salchichas, se inundan de cerveza y pellizcan en los flancos a camareras parecidas a Gretchen. Pero no basta: también se piensa en las rubias mujeres de los antiguos germanos; en el Walhalla; en las selvas de Alemania, cuando Alemania era el país de los bárbaros. Me dije: esta exaltación de Gretchen con el mar, con el sol, con la naturaleza de Nervi, que Jeannette, las inglesas, las rusas y las italianas sólo aparentan sentir aristocráticamente o con fines terapéuticos, le viene a ella de aquella época remota de las selvas y de la aspiración al paraíso de Odin. Gretchen reconoce a los elementos, en-

tiende su voz, es amiga del sol, del aire, de la roca, del agua, de los animales, de las plantas. La leche del seno de la Gran Madre la embriaga, la engorda generosamente. Gretchen no desvia sus labios ávidos, como haría Jeannette. Gretchen está arraigada en la tierra como una planta, y de la tierra absorbe la savia de su vitalidad impetuosa, exaltada, inocente y un poco torpe.

El recuerdo de otra Gretchen, compañera de viaje en el barco que hace tres años me trajo a Europa, acude a mi memoria. Aquella Gretchen se asaba al sol sobre cubierta. El Sol, la poseía; y el placer de Gretchen, extendida sobre su hamaca, era indescriptible. ¡Amante del Sol! ¿Qué otra mujer ha tenido otro tanto? Aquella Gretchen escribía su diario escrupulosamente:

mo si los elementos primordiales traslucieran por ella. Estoy seguro de que si pudiera asomarme sobre la profundidad de su alma vería dentro la selva, el mar, la roca, el aire y los seres todos de la Creación: incluso su largo perrito alemán...

"¿En qué punto podré sorprender-te, Naturaleza infinita?" Me gustaría escuchar, en labios de Gretchen, estas palabras de Goethe.

Ya iba para un mes que la veía.

Tomé la resolución de abordarla un día que, habiendo encontrado en el Paseo a una amiga italiana, Gretchen se precipitó sobre ella; abrazándola y envolviéndola entre sus voces afectuosas como entre velos sonoros, se informó de algo, la invitó a pasear, y, como se resistiera, la apremió dulcemente con dos "Vieni con me" musicales, con los cuales todo el mundo que Gretchen lleva dentro moduló, vastamente, el



debía anotar la historia de sus amores con el Sol, sin duda; pero anotaba también todo lo demás; el día antes de desembarcar en Nápoles, corriendo algunas páginas. Gretchen me leyó las treinta y ocho impresiones del mar, en el crepúsculo, registradas durante los cinco primeros días de navegación... Las otras señoras se habían pasado el tiempo pensando en el mareo, para marearse, mudando vestidos, envolviéndose el rostro en velos, criticando, recomendándose píldoras y cosméticos...

(Ahora me explico por qué el Paseo de Nervi, con su barandilla de hierro sobre el mar, se me antojaba a veces, un transatlántico, al extremo que, distraído, yo me sorprendía buscando un punto de apoyo para no caerme, con el cabeceo imaginario).

Todas aquellas imágenes y alusiones reviven, para mí, en esta Gretchen de Nervi. Pero no bastan todavía. La miro, envuelta en la gloria de este sol, y no puedo convencerme de que se trata sólo de una mujer. Es como si a través de ella se viera; co-

llamamiento de afecto más persuasivo que en mi vida he escuchado. A sus pies, el largo perrito alemán movía alegremente la cola, pero yo estoy seguro de que la movía también dentro de Gretchen.

No sé por qué, yo me di por aludido. El hecho es que comencé a seguirla por el Paseo. Procuré hallarla también en el cine, en el café, en las veladas. Pero yo soy tímido, y esta muda persecución duró varios días, sin resultado. Gretchen me miraba como ella mira a todos. Yo la veía pasar de grupo en grupo, hablar, reír, correr, aferrar por la cola a su largo perrito, flirtear con uno, con diez, con cincuenta, y, en definitiva, con ninguno... Era curioso: comencé a parecerme que la Gretchen que yo veía con los ojos del cuerpo era a la Gretchen que veía con la imaginación, lo que su

perrito era a la primera. Viéndola pasar, se me representaba esta ecuación de tres imágenes y un mito...

Pero, transcurriendo los días, no pude menos que notar en Gretchen algo así como una voluntad de complicación o artificio. Francamente, yo me sentí lleno de aprensiones; sin contar que los artificios de Gretchen resultaban ridículos. Una vez la vi con unos impertinentes en la mano, y cuando miraba a través de ellos yo estaba seguro de que Gretchen no veía nada, de que miraba solamente para ser vista. Otra vez, en un té, apareció con los labios detestablemente pintados, la cintura muy apretada y la pollera muy corta: una caricatura... La vi bailar, y me pareció que no tenía éxito porque bailaba de veras; es decir, porque no se abandonaba ondulando—como todas las Jeannettes—en brazos del compañero. Hasta me pareció sorprenderla en un momento de abatida tristeza en un rincón de la "Marinella"...

¿Qué era esto?... Pero creí comprender: Gretchen tenía su drama... La pobre Gretchen tenía el mundo dentro de sí, estaba con todos, pero nadie "estaba" con ella. Se sentía sola y sin destino... Era demasiado simple: los elegantes de Nervi aman a las complicadas. Se humillan ante la desdénosa Jeannette, y hacen la corte a Bijou para llegar a los labios pintados de Jeannette. Jeannette no estaba con nadie, pero todos estaban con ella. Jeannette sabe pintarse, sabe negarse, sabe ondular con Bijou sobre su seno. ¡Pero Gretchen! ¡Es como si siempre se saliera de sí misma! Se pinta mal, al querer ser elegante, exorbitada; no sabe negarse, porque en su generosidad se da toda; no sabe ondular, y su largo perrito alemán corre delante de ella, se detiene a destiempo, se enreda entre las piernas de la gente...

Antes de que Gretchen advirtiera mi persecución, ya la había advertido Jeannette, que, viéndome, sonreía burlescamente. ¿Qué hacerle? Yo renuncié a luchar con Jeannette. Me puse colorado, aumentó mi timidez, pero continué persiguiendo a Gretchen...

Yo creo que sólo a través de la sonrisa de Jeannette, Gretchen, al fin, se dio cuenta. Y cuando se dio cuenta se me entregó en una mirada. Pero yo estaba ante ella sin atreverme a detenerme, sin atreverme a saludarla siquiera. No era solamente timidez; no sé; era otra cosa... Y así varios días. Al verme, Gretchen detenía a su largo perrito, volvía sus ojos hacia mí, se me entregaba en la mirada; y esperaba.

Una tarde estuve a su lado, en la "Marinella". Pero yo me puse a dibujar nerviosamente. Gretchen hacía esfuerzos por ver mis dibujos. "Este es el momento, no hay más remedio", pensaba yo... Pero, al cabo de una hora, Gretchen se levantó, salió, pasó tres veces delante del café y luego se alejó. Y yo me fui tras ella. Dimos grandes rodeos, a veces yo siguiéndola, otras cruzándonos. Desapareció. Rehice apuradamente todo el Paseo, avizoré los escollos; finalmente, ya desesperanzado por ese día, tomé por una callejuela y desembagué en la calle principal del pueblo: ¡a diez pasos viene Gretchen!... Cuando estuvo cerca se detuvo casi, me miró, yo no podía huir, y le dije en dos tirones:

—¡Gretchen, yo... voy con usted!

Se me entregó diez veces en una sola mirada. Pero dijo con un poco de tristeza:

—¡Ahora?... ¡Ahora, que ya estoy llegando a casa?...

—¡Llegaremos los dos, Gretchen!...

Su casa estaba al fondo de una estrecha y corta callejuela, en Capolungo. Nos detuvimos en la callejuela. Me dijo cómo era su casa. Hablando bajo,

su voz tenía tonos de violoncelo lejano, estremecedores y acariciantes.

No pude resistir. Le quité los impertinentes y me los puse en el bolsillo, junto con mi timidez.

—No te pintes los labios, Gretchen —le dije, y con un beso me comí todo el "rouge".—No te aprietes la cintura, Gretchen—y la abracé—. Querida, repite esta frase: "Naturaleza infinita, ¿en qué punto podré yo sorprenderte?"

Pero no esperé que la repitiera. Súbitamente estreché a Gretchen en mi abrazo y entonces la Naturaleza, la Naturaleza infinita fué toda mía.

P O R
A I L L I O
D A B I N I
I L U S T R A C I O N
D E A R A N C I B I A

I

En el atrio de la iglesia
Que hoy se entrega a otro servicio,
Concluyen de labrar su acta
Los conjucees del comicio.

Madrugó el cura ese día
Con misa de las comunas,
Y en previsión de trifulca
Trancó por dentro hasta el lunes.

Mas, la elección fué ordenada,
Y conforme al juego eterno,
Del escrutinio resulta
Que la ha ganado el gobierno.

Para celebrar el triunfo
Como es justo y natural,
Aprovechan allá mismo
De la mesa electoral.

Y en grupo los tres conjucees
Que el comisario encabeza,
Se sirven de unos chorizos
Galopados con cerveza.

Como por el acto cívico
Ese día no hay sagrado,
Pueden disfrutar así
De aquel lugar, sin pecado.

Pues si bien ya el sol ladea,
Está todavía que arde,
Y en la población no existe
Punto más fresco de tarde.

Aunque uno que otro adulón,
Del convite participa,
Los más, detrás de la iglesia,
Se hallan rodeando una pipa.

Desde allá y con el jolgorio,
Se les oye el alarido,
Entre un incendio de cohetes
Que celebran al partido.

Ahora, no más, se arma alguna,
Porque habiendo vino y taba,
Casi seguro es que, luego,
La fiesta a cuchillo acaba.

Y como que son amigos,
Si el fandango así desborda,
La autoridad, por supuesto,
Debe hacer la vista gorda.

Ante el pueblo soberano,
Manda la ley su desarme.
También qué orden va aguardar
Con un cabo y un gendarme...

La tabeada es en dos canchas:
En una corre moneda,
Y en la otra prendas de estima
Cuando ya sólo eso queda.

Aquí, si la plata es mucha,
Suelen parar en un poncho.
No falta listo que saca
Su costalito rechoncho.

Hay quien juega hasta las botas,
Hay quien pierde hasta el pañuelo.
Para esos queda la pipa
Como el último consuelo.

Beben sentados en rueda;
Y el que les reparte el vino,
Es siempre un buen tomador
Al cual llaman el vecino.

A beber está obligado
Con todo aquel que lo invita,
Hasta que caiga y entre otro
Que sus hazañas repita.

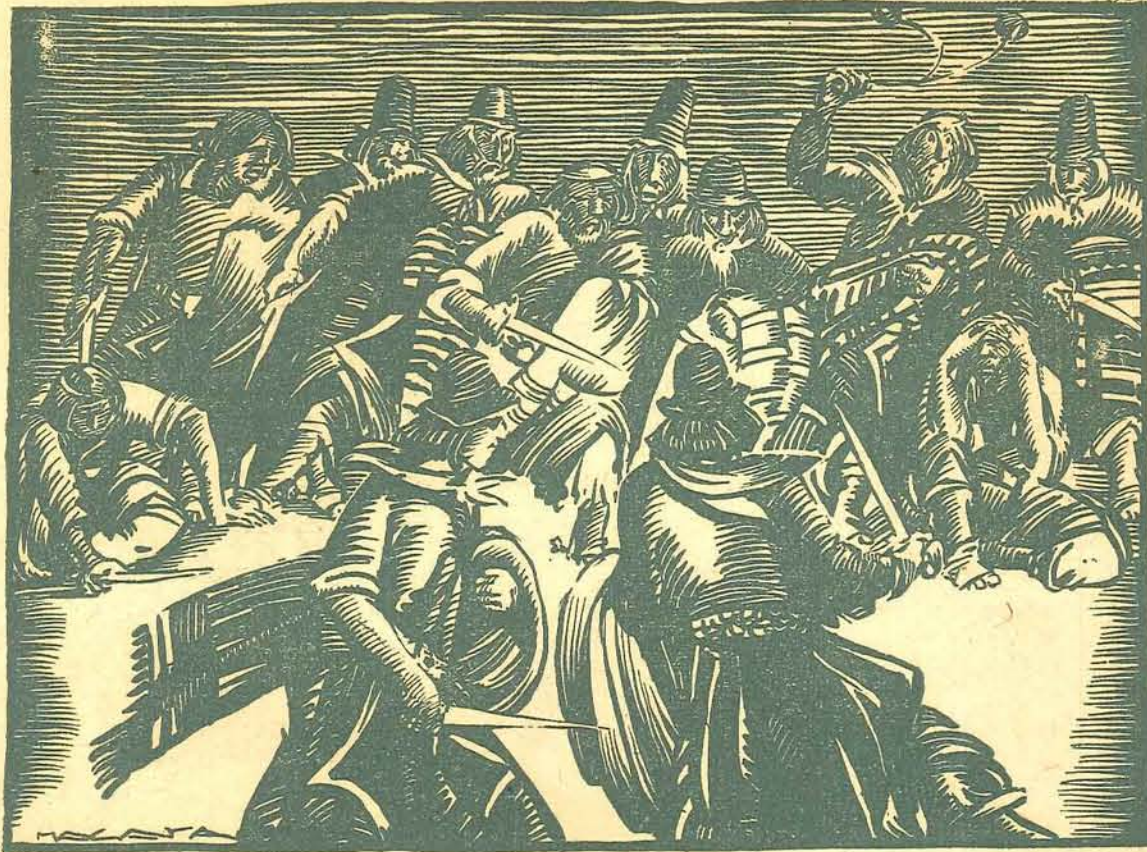
Así esos hombres servidos
Suelen ponerse molestos,
Empezando a ocasionarse
Con bravatas o denuestos.

Y como la única prenda
Que no se juega, es la daga,
Para echar una de a pie
Nunca faltará quien lo haga.

II

A todo esto, allá en la mesa
Donde no votó un contrario,
Han armado una primera
Conjucees y comisario.

Ninguno, sobre los naipes,
Le arisquea al patacón.
Mas ahora caigo en la cuenta
Que no he dicho quienes son.



L A C R I A

Pues sabrán que el comisario
Fué alferez por la ordenanza,
Y que pasó en la frontera
Como la primera lanza.

Retirado del servicio
Sin que nadie se lo explique,
Dieron en sacar que es hijo
De cautiva y de cacique.

Añadiendo que enterado
De aquello, pidió la baja,
Por no derramar su sangre
Con felonía y ventaja.

Que adviertan que a más del tipo
Que lo asemeja a los suyos,
Bolea el paso en lo parejo
Como andando entre los yuyos.

Y que cuando se descalza,
La cosa mejor se ve,
Porque en el rastro y que deja
Toda la planta del pie.

El primer conjuce de mesa
Es el que las actas labra.
Picarón de mucho código
Y de muy buena palabra.

Tiene colorado el pelo,
Mas dicen que es mulatazo,
Porque le han visto patente
La raya en el espinazo.

El otro es un paisanote
De aquellos que para mengua,
Sudan al echar la firma
Y hacen talón con la lengua.

Para mengua del sufragio,
Dijera el señor maestro
Que con la gente contraria
Se ha metido a mozo diestro.

Pues aquí debo explicarles
Que todo esto se conversa,
Dice el juez que en los corrillos
De una oposición perversa.

Ya que según lo denuncian
Las gacetas gubernistas,
Se sabe que aquellas son
"Calumnias de los mitristas".

Pero nos falta el más lauto
Y también de más empresa,
Que es don Gabino Racedo
Presidente de la mesa.

Aun cuando su estancia quede
No distante de la villa,
Pocas veces por allá
Se ve su pera tordilla.

En la guardia nacional
Que él dota de caballada,
Es comandante honorario
Sólo por cargar espada.

Pero la sabe llevar
Como varón, eso sí,
Y es fama de temerario
La que goza por allí.

Figúrense que una siesta,
Dos pillos, enhoramala,
Van y lo encuentran durmiendo
Bajo la sombra de un tala.

Son dos ternes de avería
Que con él tienen su asunto.
Ahora verás viejo malo
Cómo se adoba un difunto.

Para gozarla mejor,
Se allegaron despacito,
Le resbalaron la espada
Y le pegaron el grito.

Y fué cosa de no creer,
Pero se les defendió
Haciendo arma de una bota
Que a manotear alcanzó.

Ninguno logró tocarlo,
Hasta que en eso cayeron
Sus dos hijos que campeaban
En el monte, y que algo oyeron.

Entonces fué robo el caso,
Y más no hubo menester,
Con aquel par de cachorros
Que eran todo su querer.

Mas, los dos pillos hallaron
Por su mano el escarmiento.
Uno fué para el olvido,
Otro se rindió al momento.



LEOPOLDO
LUGONES
ILUSTRACIONES
DE LUIS MACAYA

Y al juez lo entregó en persona,
Mansito ya como un buey,
Con una cóyunda unido
Bajo el yugo de la ley.

III

Como es zarco y que su vista
El sol de frente rechaza,
Don Gabino eligió asiento
Dando la espalda a la plaza.

A su derecha, en el suelo,
Dos bolsas de patacones
Hasta la boca colmadas
Dan que hacer a los mirones.

Porque está ganando el viejo
Y es rumboso en el barato.
Las bolsas, pelo barcino,
Son enterizas de gato.

Al fondo del atrio, un negro
Que le sirve de asistente,
Le cuida el poncho y la espada
Que él no lleva ante la gente.

Poco a poco al fresco empina
Su gacho de paja blanca
Que luce la escarapela
Nacional en la retranca.

Cuando ya al ponerse el sol,
Rompe como a voz de mando,
El alboroto de un grupo
Que entra en la plaza peleando.

Es la yunta de cachorros
Que se ha entreverado sola
Con unos quince borrachos
A puñal, rebenque y bola.

De salto en salto recula
Y a ganar terreno atina,
Porque tiene los caballos
A la vuelta, en la otra esquina.

En el brazo, a tajo y punta
Lleva las mantas deshechas.
A algunos de los que atacan
Les colorean las mechas.

Mas la pareja de mozos
Se desempeña en el trance
De modo que no hay rebenque,
Bola o puñal que la alcance.

Así, cruzando la plaza
Sin turbación ni fatiga,
Medio en cuclillas pelea
Mezquinando la barriga.

Y cuando los otros cargan,
Parece que se les vuela,
Rayando, como en el triunfo,
La mudanza con la espuela.

Mas, por momentos se alivian,
Atacando de improviso,
Para hacer un desparramo
Y echarle otra achura al guiso.

Veánlo al rubito, a Delfín,
Qué me dicen del muchacho.
De un planazo, por chacota,
Se basurea un borracho.

Y al tirarle otro, furioso,
Con un bote de ginebra,
Vuelca el puñal y en el cabo
Recibe el frasco y lo quiebra.

¿Y el trigüño... Ceferino?
¡Bienhaya el mozo liviano!
Ahi salvó un tiro de bolas
Que al pasar ató al hermaño.

Pero él, sin tardanza alguna,
De un tajo lo desmanea,
Y con nueva atropellada
Vuelve a igualar la pelea.

A uno lo arrolla de punta,
De un zurdazo se tumba otro,
Y al cerdudo que boleaba,
Le tusó el jopo a lo potro.

Allí arrecia el entrevero
Y el peligro de los dos.
No falta ya timorato
Que los encomiende a Dios.

Ningún jugador se mueve
De la mesa, mientras tanto.
Puñalada más o menos,
No va a causarles espanto.

Pero en eso uno que viene
De presenciar los destrozos,
"¡Vea, don Racedo—le grita—
"Cómo le traen sus dos mozos!"

A esta voz el comandante
Gira sin prisa ni asombro
La cabeza para echar
Una ojeada sobre el hombro.

Y volviéndose a las cartas
Que en ese momento abría,
Dice: "Déjenlos, no más",
"Los dos son de buena cría".

¡Habrás visto en un padre
Semejante indiferencia!
Pero es el caso que el viejo
Tuvo razón en su creencia.

Pues de allí a poco volvieron
Los muchachos en sus pingos,
Aseaditos y asentados
Como para los domingos.

Bien ve que heridos no están,
Y aunque lo halague su audacia,
Lo único que les pregunta
Es si no ha habido desgracia.

Ellos, también muy medidos,
Se reducen a expresar
Que no pegaron de punta
Tirando sólo a cortar.

Que ya a la estancia regresan,
Y si no los necesita,
Le piden su bendición
Y encargos para mamita.

Eso basta, porque entre hombres
Es de flojos la jactancia.
"Que Dios los guarde—bendice—
"Vuelvan juntos a la estancia".

"Cuando entren a los potreros",
"No se olviden de la puerta",
"Y díganle a Encarnación",
"Que no me espere despierta."

Esa noche, en la tertulia
Que ha seguido en lo del juez,
Dice que lo habrán supuesto
De mal corazón, tal vez.

Pero que él a sus muchachos
No achica ni ante la muerte.
Que bien sabía lo que valen,
Como se ha visto por suerte.

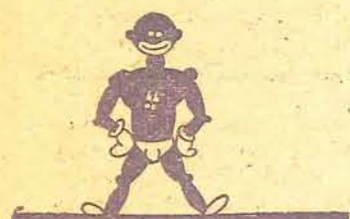
Y que tampoco iba a hincarse
A rezar el "Ay Jesús",
Cuando ya en cincuenta y cinco
Llevaba orejeado un flus.

LOS SPORTS

UN ESPECTADOR VA ANOTANDO EN SU CARNET...



AL BORDE DEL RING

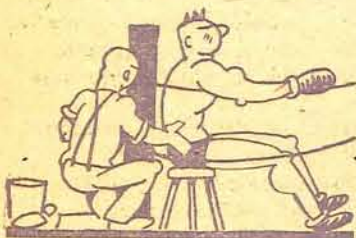


El negro es fundamentalmente decorativo en boxeo.

Y, además, al negro se le concede una oportunidad para descargar todo su justo rencor contra la raza cadavérica. Y, además, el blanco puede hacerse la ilusión de que sigue, como en los entrenamientos, luchando contra su sombra.

Después de haber derrotado a un luchador negro, nos decía aquel hombre de color de rosa:

—Le tuve siempre acorralado entre cuerdas. Me parecía que me estaba pegando con un papel de música.



Cuando el boxeador de los primeros combates termina su pelea, vuelve al ring en calidad de ayudante de un compañero de equipo.

Los que piensan que sale de nuevo para ayudar a su amigo, se equivocan. Sale porque siente un orgullo especial en que todos sepamos que usa tirantes.

Esa modestia del héroe que aparece de nuevo, ante sus incondicionales, en servicios humildes, sólo se da en el boxeo y en el circo.

En el circo hemos visto todos de qué manera tan gentil ayuda a colocar la alfombra

del número de los icarios, el Príncipe Fu-git-sú, el de los "inimitables trabajos de alto malabarismo".



Se conoce ya el secreto de la puntuación en un combate. Hay jueces, sinceros también, que dicen la verdad de vez en cuando.

Pierde un combate por puntos el boxeador que al final de la pelea haya dejado mayor margen al deslizamiento del pantalón hacia la rodilla.

La preocupación de la decencia es un nivel de victoria.

Terminadas todas las luchas, la sala queda un momento a oscuras. Pero luego se enciende de nuevo; y en el ring solitario, en medio de la sala vacía, los luchadores recogen sus dientes.

Unos, porque creen que aún les pueden servir.

Otros, porque han prometido a su hija una sortija de incisión cuando tome la primera Comunión.



Si el speaker dice "a mi derecha" y señala la izquierda, el público cree tener derecho a un comentario irónico.

Y no tiene derecho, en un país donde el grifo del agua caliente es el grifo del agua fría.

La risa del conejo es la del boxeador que recibe un buen golpe en el rostro. Es un dolor-sonrisa.

El hombre que se ríe en un ring acaba por aparecer crucificado en la resina.



A fuerza de recibir guante, todos los boxeadores se parecen. Cabezas standard. Ford no haría otra escultura si fuera escultor.

AL BORDE DEL MARCO



El juez de línea es un guardabarrera malogrado.



Ese árbitro que muestra en un partido sus piernas flacas y torpes, no puede ocultar su profesión de paisano.

Es un jugador de dominó.

El árbitro sale disfrazado de esquela de defunción.

Pero al revés.

Que es mucho más funerario que al derecho.

El primer delantero centro fué Alonso Quijano.

Cuando se encontró frente a la jaula del león, abierta.



AL BORDE DEL OCEANO

La playa—hecha con canela, azul, rizos y frescor de océano—es la ruta exclusiva del que se baña y del que luego se tuesta al sol como una hogaza.

Debe prohibirse la entrada al peatón.

El peatón, con su traje de domingo, con su terrible sombrero de paja y casi siempre con su cuello de pajarita y sus zapatos de charol, es una ofensa a los litorales de arena.

El peatón tiene, para pasear, las plazas públicas cuando toca la banda del Municipio, las aceras-norias y los andenes de estación.



Mucha gente no se baña porque cree que su planchada piel

de sastrería es la única piel interesante de la playa.

El que se baña nunca es inmoral, por inmoral que parezca. El inmoral es siempre el que no se baña.

Especialmente cuando aparece provisto de suplementos ópticos, como ese pequeño aparato negro que le prolongará en 6 x 9 o en 9 x 12 siluetas que un diafragma rápido ha robado al albornoz.



Tiene pliegues pétreos el traje rígido y cerrado del bañero. El bañero entra en el agua y sale del agua como pudiera entrar y salir la estatua de Castelar.

A la soga que enhebra las olas, le nacen racimos de uvas negras, rojas, azules, verdes...

Uvas-hembras que gritan de gusto en el lavafrutas del mar.



Un negocio: la fabricación de espejos para casetas de playa.

Se vendería toda la producción ofreciéndolos "ya rotos".

Para que el bañista no tenga que molestarse.

Obsérvese cómo el que se baña con traje alquilado es un poco calvo siempre.

Inevitablemente le tomarán por cura sus compañeros de océano.

Esto no ha fallado nunca.

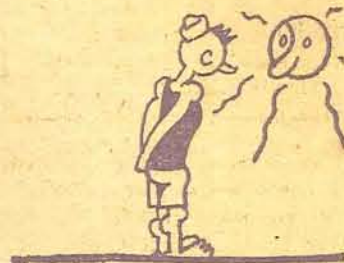


La paraguitería listada y planista es la flora de la playa.

Casi siempre más interesante que la fauna.

Debieran existir playas para que los negros se pusieran blancos.

Por ejemplo, a fuerza de tomar baños de luna.



Un cuerpo no está bien bronceado por el sol hasta que parezca un negativo.

Dice un humorista francés que no es un imaginativo el bañista que no sienta cierta emoción al entrar en el mar, pensando que quizá en ese mismo momento puede estar bañándose Billie Dove en California.



Los gorros de goma hacen cabezas de almendra.

Más interesante es aquella muchacha que se cubre con un pañuelo rojo moteado de blanco. Se diría que está bañándose la negrita de los anuncios de ron.

La playa es la sonrisa de la costa.



Si desde la playa se sube la escalera rizada del mar, se baja...

El frío del agua, cuando penetramos en el mar, nos va cortando en láminas con su guillotina verde.

Sencillamente como se corta un salchichón en una máquina de seccionar fiambres.



El caddy del bañista es el barquillero.

JACINTO MIQUELARENA

(Para LA NACION)

BILBAO, enero de 1930

ILUSTRACIONES DE BILLIKEN

LA VUELTA DE LEON DAUDET



ENTRE las distintas organizaciones políticas y sociales que se disputan el dominio de Francia, no existe ninguna que haya comenzado el año nuevo tan brillantemente como la Acción Francesa de 1930. El jueves 2 de enero ha sido literalmente su día, día de ovaciones, de triunfo. En la estación del Norte, la vuelta de León Daudet. En la Rue de Rome, bajo sus balcones, después de un desfile interminable, no cesaban de brotar las aclamaciones de decenas y decenas de millares de pechos, festejando el regreso de León Daudet, tan extraordinario como su partida.

La calidad de codirector de la "Action Française" y de viejo amigo de Daudet, no me hace olvidar hasta qué punto es doloroso para una voz francesa el tener que recordar estos acontecimientos: la muerte violenta, en un principio inexplicable y misteriosa (pero que fué forzoso explicar al fin por medio de un crimen), del niño Philippe Daudet, de catorce años y medio de edad; la horrible celada policial, que las pacientes investigaciones de un padre heroico hizo poco a poco aparecer ante las conciencias espantadas; las largas, las valientes, las implacables demostraciones del justiciero; la mala voluntad de los poderes públicos, ya demasiado evidentes mientras que León Daudet era aún diputado por París, y luego, después de las elecciones de 1924, cuando volvió a ser simple ciudadano; el abominable consorcio de las autoridades judiciales y policiales para impedir el descubrimiento de los crímenes, para castigar implacablemente a aquel que los denunciaba; el vergonzoso proceso que le fué entablado por el "chauffeur" del coche en el que se había encontrado al niño, al que se decía suicida, pero no la bala que hubiera podido causar el suicidio; los debates escandalosos de esta causa infame; la condenación que los terminó: Daudet obligado a pagar 25.000 francos de daños y perjuicios a un demandante más que sospechoso y (lo que nunca se había visto en tales procesos) condenado a cinco meses de prisión, que un presidente servil del tribunal agregó al fallo de un jurado equivocado; las apelaciones inútiles; la Corte de Apelaciones negándose a examinar el informe de tres testigos serios y concordantes que habían visto al joven Felipe todavía vivo, pálido a causa de su herida, cargado o arrastrado al coche misterioso "donde no estaba solo"; el presidente de la República no atreviéndose a hacer uso del derecho de gracia; y, ante estos crímenes nuevos, el Gobierno, del que formaban parte ex colegas y hasta viejos amigos personales de León Daudet, exigiendo, al cabo de diez y ocho meses, que el padre culpable (del "crimen de paternidad") se constituyera preso... Si estos hechos no existieran hoy en la memoria del universo, yo no los reseñaría, porque parecen acusar y calumniar a todo mi país.

★ Pero he aquí otra faz de la misma historia francesa, y esta es la faz del honor.

Cuando los amigos de León Daudet, "camelots du Roi", ligeros y estudiantes de Acción Francesa, supieron que su jefe iba a ser compelido a entrar en la Santé (es el nombre de la gran prisión parisiense que ha sucedido al famoso Mazas), le suplicaron que viniera a habitar en la casa de la "Action Française", calle de Roma 14; se encerraron con él unos mil y declararon que primero habría que pasar por encima de

sus cuerpos para apoderarse de él.

Se peleó tres días bajo nuestras ventanas. Encaprichado, presa de no se sabe qué mal empecinamiento, el Gobierno no pudo dominar sus nervios: anunció que iba a asaltar la casa. En la mañana del 13 de junio de 1927, varios millares de agentes de policía, guardias cívicos, guardias republicanos, bomberos y soldados de infantería colonial, fueron alineados en la vasta explanada, porque, decían, "la ley debía cumplirse". Esta bella máxima había sido violada, poco antes, por el mismo Gobierno en favor de la pequeña banda de traidores y de espías que había redactado durante la guerra "Le Bonnet Rouge", y cuyos principales colaboradores habían concluido en la cárcel o ante el pique de ejecución: ¡la majestad de la ley no contaba para ellos, debía pesar sólo sobre León Daudet! ¿Por qué? Se dice que el crimen de León Daudet era haber hecho la guerra a esos traidores, vueltos a tener influencia con M. Malvy y M. Caillaux. Sobre todo, no se le perdonaba que hubiera atacado a la policía y que hubiese pedido justicia contra esa mafia.

¿Debemos creer que haya que distinguir entre policía y policía? Las distinciones fundadas son siempre útiles. Antes de dar la señal de un combate, que se hubiera vuelto una carnicería, entre sus hombres y los hombres de Acción Francesa, el prefecto de policía, M. Jean Chiappe, quiso parlamentar. Desde el borde de la acera se dirigió a M. León Daudet, que lo escuchaba desde arriba, y le escudo en términos corteses que impidiera la efusión de sangre.

Con una nobleza de corazón admirable, Daudet respondió que, en efecto, renunciaba al derecho de hacer derramar sangre francesa por una causa que le era personal. Varios de nosotros tratamos de disuadirlo de su sacrificio: dijo terminantemente que, a la menor oposición de nuestra parte, se entregaría sin condiciones. Pero las condiciones fueron magníficas: las mil personas resueltas que ocupaban la "Action Française" salieron con los honores de la guerra, desfilando de a cuatro en fondo, con sus armas visibles y todas las que habían podido ocultar. Aquella linda juventud devoraba su cólera y sus lágrimas, pero obedeció y se alejó, saludando a su jefe, que fué el último en salir. Subió al coche del prefecto, que lo condujo él mismo a la cárcel.

El mundo oficial hacía decir en todas partes que el héroe de aquella aventura inaudita sería indultado aquella misma noche, o a lo sumo al día siguiente.

Ni al día siguiente, ni los subsiguientes nada se produjo. ¡Estupor, irritación general! Estallaron manifestaciones en las calles de París, al paso de los miembros del Gobierno, reclamando la libertad inmediata de Daudet. Pero, cuando más

POR

CHARLES MAURRAS

(Para LA NACION)

PARIS, enero de 1930

se multiplicaban, más claro se veía que el indulto retrocedería al país de los sueños, pues ni el ministro ni el presidente podían ceder ante las amenazas ni aparecer dejándose forzar la mano.

Comenzaron a correr siniestros rumores: la cruel venganza que se había ejercido sobre un niño indefenso, ¿no se ejercería en el padre arrestado? Los servicios penitenciarios, que

perativa, premiosa... Para andar más ligero se decidió meterlos en un automóvil que, por milagro, estaba parado en la calle solitaria, ¡y en marcha! —Pero—dijo Daudet al cochero, que parecía equivocarse el camino—, ¿usted no me lleva a mi casa? —Está bien—dijo el otro—, ya lo sé. En un punto apartado, unos amigos que estaban allí apostados subieron al coche y le hicieron saber a Daudet que no estaba indultado ni puesto en libertad, y que había sido libertado por un golpe de ingeniosa audacia. Ahora se trataba de ponerlo en sitio seguro, lo que se hizo sin salir de Francia.

Al conocer la noticia de aquel éxito inaudito, París y toda Francia estallaron de risa.

Aquella treta, aquella buena treta, que se ha vuelto legendaria en la historia de las evasiones, divirtió, además, al universo. Pero el Gobierno republicano cometió la torpeza de demostrar su irritación. Ordenes terribles fueron dadas a todas las policías del territorio. De Calais a Vintimille, de Estrasburgo a Hendaia, la gendarmería y los puestos aduaneros recibieron el alerta. No quedó una casa perteneciente a un paciente o a un amigo notorio de León Daudet, tanto en París como en provincias, que no fuera vigilada, espía y a veces visitada. En mi pequeña ciudad provenzal, en la que paso el verano, los puentes, los canales, las vías de acceso por tierra y por mar, fueron estrictamente vigilados del 25 de junio al 10 de agosto,

cinco semanas enteras, durante las cuales Daudet se dio el gusto de jugar al escondite con sus perseguidores. Se paseó en grande, yendo siempre a casa de amigos seguros, mientras que otros amigos, igualmente seguros, nos hacían llegar su artículo cotidiano, que no faltó nunca, hasta la mañana en que, aburrido de la vida errante, pasó tranquilamente la frontera; la frontera de Bélgica, sometida a las mismas consignas de vigilancia impotente: tan impotente como la ley que se había querido no fuera burlada.

★ En Bruselas, León Daudet descansó de los largos ocios y de las largas excursiones, yendo y viniendo de su mesa de trabajo a la mesa de las conferencias. Y este trabajo, hay que decirlo desde luego, fué de una fertilidad y de una belleza inauditas. Parece que el destierro le hubiera dado a su imaginación, a su verba, a la llama brotada de su corazón herido y sangrante, más que una renovación, algo así como un segundo nacimiento. Su simple enumeración es fantástica: diez, doce volúmenes, el "Cœur brûlé"; cuatro volúmenes de deslumbrantes colecciones literarias, filosóficas, bíblicas, científicas (León Daudet es médico), reunidas con el título general de "Courrier des Pays-Bas". Me olvidaba de otros libros más, "Le Balcon

de l'Europe", "Flambeaux" y el "Paris vécu", maravillosa y espléndida evocación de la ciudad de su juventud y de su amor. "Paris donde nací", dirá al regresar, pero no puedo olvidar el que me llena de confusión, ¡cien páginas de amistad locamente ilusionada, consagradas al viejo amigo que escribe este testimonio!

Estos grandes trabajos, alternados con jiras de brillantes conferencias en Bélgica y en Holanda, daban a esta alma de fuego tal alimento, a este pensamiento siempre en movimiento tal impulso de lirismo y de poesía, que pudo soportar su ausencia de Francia, lejos de su querida madre, de sus amigos, de su diario (que dirigía de lejos, pero cuya atmósfera, respirada diariamente, había constituido su vida hasta entonces): si, los diez y ocho primeros meses, por pesados que fueran, pasaron sin agregar a la proscripción un abatimiento demasiado grande. Pero, decía Daudet, al comenzar el año pasado, "el destierro es una enfermedad insidiosa". El destierro le descubrió sus bruscas emboscadas. Un testigo, M. Ferdinand Neuray, director de "La Nation Belge", ha referido cómo afrontó Daudet el mal: "con la risa de los fuertes", con el acrecentamiento de esa heroica labor, que la grave y fuerte Bélgica fué la primera en mirar quizá con simpatía y admiración: "¿Qué hombre, dice Neuray, escribir como escribe Daudet, al comenzar el año pasado, como una semilla la chispa que despierta el pensamiento, que en el fondo de las almas reanima las llamas de la generosidad, la pasión, la energía; eso también es acción, más acción, siempre acción! Durante dos años y medio de destierro en Bélgica, en la medida en que eso le ha sido posible en Bélgica, Daudet ha luchado magníficamente por su ideal, por su país, por Francia. ¡Qué hermoso espectáculo! Le estamos agradecidos de que nos lo haya dado; de haber actuado sobre nosotros como un tónico, de haber alzado a cada hora de su estada, a cada rasgo de su pluma, una protesta vibrante contra la chatura contemporánea. ¡Ah!, sin duda, como Clemenceau lo repite a cada página, en sus memorias "habladitas", que publica Martet, "¡qué cosa fea los hombres!" Pero hay hombres que, sin embargo, nos reconcilian con el género humano y que hacen que la humanidad prosiga..."

Otro escritor belga, M. Dumont-Wilden, en un diario francés, "L'Ordre", ha dado detalles preciosos sobre tan noble destierro. El ambiente gubernamental belga lo temía un poco:

"Hoy puede decirse sin inconveniente, temía tanto más cuanto que la presencia de León Daudet le causaba agitaciones y molestias, pues una parte de la juventud belga, una minoría, pero muy activa, fué seducida por la doctrina de "Action Française", que intenta adaptar a Bélgica. Se temían manifestaciones que hubieran sido tan molestas para el Gobierno belga como para el embajador francés. No se produjeron porque León Daudet, lejos de fomentarlas, las huía. Fué en verdad un modelo de desterrado político este temible agitador.

"Daudet se mezcló mucho más a la vida de Bruselas que otros proscriptos de antaño. Le daba a "La Nation Belge" una colaboración regular y brillante, decía conferencias concurridísimas, pero tanto como periodista como conferencista, no sólo evitaba cuidadosamente toda alusión a la política belga, que en seguida aprendió a conocer, sino también a la política francesa. No incurrió en el error que con frecuencia caen los franceses que van a hablar en el extran-

(Continúa en la pág. 32)



Ultimo retrato de León Daudet

tienen a su cargo las prisiones, y la Seguridad general, encargada de la policía, son hermanos gemelos. El décimo día de la cautividad de su jefe, la "Action Française" tuvo en sus manos indicios de una maniobra dirigida contra la vida del arrestado: muy cerca de la cárcel de la Santé hay un restaurante que goza del privilegio de preparar o de mandar las comidas que los presos políticos pueden hacerse remitir de afuera; las comidas de Daudet debían pasar, reglamentariamente, por mano del patrón; ahora bien, fuimos advertidos bruscamente de que, de un día para otro, aquel hombre iba a ser reemplazado... ¿Por qué? Los camelots du Roi, que conocen la historia de esta República bastante veneciana, creyeron inútil y peligroso el confiarle y hasta el dejarle al Gobierno que tomara la responsabilidad de una vida tan preciosa. Se decidió lo necesario. El 25 de junio a mediodía, el director de la cárcel oía por teléfono una voz autoritaria, procedente del Ministerio del Interior, que le intimaba la orden de poner en libertad a M. León Daudet y a su compañero de cárcel, M. Joseph Delest, gerente de "L'Action Française", así como a un obscuro comunista detenido junto con ellos. Nuestros amigos preparaban su equipaje. Pero se les dijo que se apuraran, porque la orden del Ministerio era im-

ALMAS ARGENTINAS EN PARIS

Por RAMON GOMEZ DE LA SERNA

(Para LA NACION) PARIS, enero de 1930

CUANDO en él salía el veneciano en ella salía la inglesa. Así aquel domingo con cara de pastel de crema pasada. Edma había tomado una actitud tiesa, aséptica, de ejercicios religiosos.

El estaba valiente, planeando excursiones hacia los diversos desconocidos.

—El comer un caramelo es algo insoportable — dijo con tono increpador. —No me explico por qué — contestó ella, flemática.

—Pues porque parece que te están chupando un diente suelto, un diente que se te acaba de desprender, el diente de la golosinería.

La inglesa que había salido en ella aquella tarde hizo un gesto de desdén y siguió metiendo ruido con su caramelo.

—¿Y adónde vamos a ir esta noche? — preguntó él.

La seriedad inglesa de ella opinó como si no tuviese remisión la cosa:

—A un teatro dramático.

—¿Vamos — exclamó él —. ¡El día en que yo necesito uno cómico!

—Pues a mí me pide todo el cuerpo un teatro en que no se falte a la educación de estar serios... En los teatros de broma no se pueden evitar las risas de ciertos espectadores que lo destruyen todo, el arte y la dignidad... Tienen risas deshonestas que sólo son para el retortijón de la intimidad.

—Pues yo voy a reirme mucho del drama que vea hoy, te lo confieso francamente... Por eso será mejor que te dejes llevar de mí y vayamos a un teatro alegre.

—Te repito que de ningún modo... Hoy quiero un drama triste... Me parece que reirse en domingo es una profanación, es una cosa de negros.

—Pues a mí me parece que ponerse triste en domingo es una cosa de ingleses.

Edma, que se sentía completamente inglesa aquella tarde, le miró como si hubiera hablado el peor de los "grooms".

Perfecto se puso a cantar una de aquellas arias iracundas y dulces con que el veneciano empujaba la góndola de las horas.

Edma le veía demasiado cínico aquella tarde y pactó con él como si en las callejuelas tortuosas de un obscuro Venecia se la hubiera plantado el guía.

—Lo que podemos hacer — dijo ella — es ir al Teatro de las Dos Máscaras, la que ríe y la que llora... Así tú te ries de la pieza cómica mientras yo la lloro y tú te ries también de la dramática mientras yo, que tengo unos sentimientos más finos que los tuyos, la comprendo y ni lloro ni río.

Se vistieron y hasta en el vestirse se pusieron trajes contradictorios.

—¿Por qué ese traje de lentejuelas moradas?

—¿Y por qué ese traje claro con chaleco marrón?

—¿Porque quiero burlarme del domingo! Porque los domingos no merecen sino ir vestidos de máscara.

Ella hizo un gesto de latigazo con su traje de pesadas caídas y contestó: —si al dicharacho de aquel marido de broma, en que se mezclaban demasiados aires del Sur. Para ella era siempre un borracho de razas.

Salieron del brazo, como eslabonados a la fuerza, como dándose un placentero tormento con sus brazos crispados, eslabones estrechos, amartillados por el atraerse y el repelerse, por el amor y el odio.

En el primer "taxi" tomaron el camino de Las Dos Máscaras, sospechando que aquel cochero reflexionaba en un mar de confusiones preguntándose cuál de los dos era el que quería ver las piezas cómicas y cuál las dramáticas, como si el cochero pensase en algo más que en doblar las esquinas como rapándolas y dejando detrás una serie de automóviles iguales al suyo.

Pronto vislumbraron la puerta como mariposuelas del teatro y vieron que dos colas de público parecían ir desapareciendo como hormiguero por el hueco de las taquillas.

En su condición de argentinos no preveían que les hiciesen esperar en los vestíbulos. Era un detalle en que se reconocían como representantes del mundo nuevo.

Como aun era temprano mandaron al chofer que fuese al centro de reexpedición de localidades más próximo.

El automóvil galopó sin discutir ni ponerse a pensar la orden y poco después estaba en el despacho luminoso y decorado de programas.

—¿No sería mejor un espectáculo todo alegre?

—Podemos ir a dos teatros diferentes — dijo ella, castigando aquella osadía de la última réplica.

—Si no llevases ese chal, sí; pero con ese chal no, porque tiene los puntos suspensivos de la infidelidad — dijo Perfecto con ironía.

Pidieron y obtuvieron el palco — porque no había más que un palco — para Las Dos Máscaras.

Otra vez el automóvil partió como

viendo que hace como si no nos hubiese visto... El actor cómico nos ve y nos dedica sus risas.

—Está visto que no nos podemos comprender...

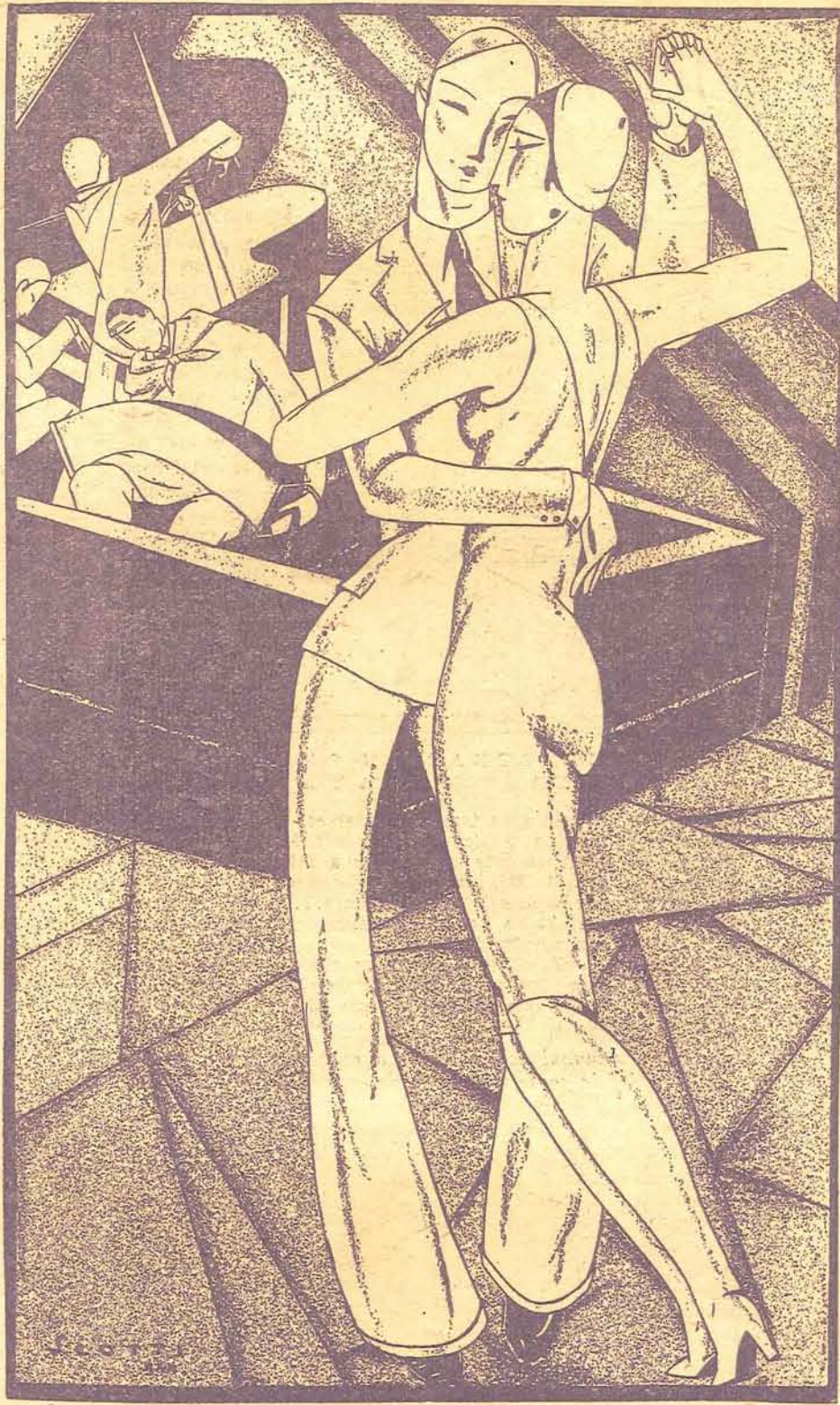
—Sobre todo esta tarde.

—Ni esta tarde ni nunca...

—Disimula... Que no se note que estamos disputando.

—¿Cómo van a creer que estamos disputando si tú ries?

—Pues por eso... Es lo más sabido que hay el que en las disputas un es-



ILUSTRACION DE ERNESTO M. SCOTTI

por vía secreta hacia la puerta de los hormigueros.

Ya todo fué expeditivo como les gustaba a los del pueblo nuevo en el pueblo viejo.

Abrieron la cama obscura del palco, despejándolo de las brumas de la inacción desde la representación anterior.

Notaron lo que su aparecer en el repecho del palco tenía de imprimir una estampa, otra página para la expectación de todos.

El procuraba sonreír. Ella miraba sólo los fondos de los palcos vacíos. Comprendía lo que de charro tenía su acompañante y le prestaba la atención que a un guía.

Comenzó la pieza dramática. Perfecto estaba vengativo:

—Mira... Parece que todos quieren meternos miedo... Los actores son tan malos hombres que no están bien sino cuando lo echan todo a barato y se rien de ellos mismos... A un actor serio no le puedo aguantar... Se está

poso esté sonriente y el otro enfadado...

Hubo un siseo en la sala como si se percibiese su disputa en otra lengua, como si los franceses se apercibiesen con sutil y agresivo oído en cuanto despuntaba otro tono de lenguaje en su París.

—¿Sabes la frase que ha hecho en aquel palco el caballero que ha comentado nuestra salida de tono? Pues que somos Las Dos Máscaras. Mira cómo nos contemplan, cómo ha tenido éxito la frase... Y tú eres la que estás en ridículo, porque estar tan serio como tú estás, es ridículo, mientras que estar tan sonriente como yo estoy, no es estar en ridículo. Quien se burla está sobre el ridículo.

Edma apretaba sus labios y parecía prestar una gran atención al drama, tanta atención que uno de los actores la dedicaba sus miradas.

Paró el drama y se hizo la luz en el teatro.

Todos parecían haber esperado aquel

momento para mirar a quienes, en un tono brusco y extranjero, habían perturbado el silencio de la sala.

Edma estaba trágica. Perfecto, cómico.

Todos al encontrarse con Las Dos Máscaras parecieron pensar que era muy justa aquella actitud de la pareja, y quitaron vigor a la disputa. Estaban en su derecho "las dos máscaras" al disputar en su teatro lleno de contradicciones.

—Ves — dijo Perfecto — todo el mundo nos llama las dos máscaras...

Tan irresistible le pareció aquella unanimidad a Edma que se levantó y se fué al antepaño. Iba con la pesadilla de una sala que les había ironizado.

—Me voy... No volveré al teatro contigo... No respetas mis gustos ni mi estado de ánimo... Das lugar a que todo un público se mofe de nosotros...

Se puso el gabán y se ciñó la bufanda de la infidelidad.

Perfecto se acobardó y se puso su gabán y su sombrero.

—Por mí, vámonos — dijo con su flemática argentina —. Yo ya he reído de tu drama.

Salieron con ese aire de empalmadores de espectáculos que tenían siempre.

Hasta las cuatro de la mañana de los que van a otro espectáculo.

—¿Qué te apetece? — preguntó él.

Se notó que giraba en ella el casillero de sus mujeronios.

—Al cabaret de la Rusalka.

Perfecto pensó ver la aparición de la rusa entre las aspas de negrura de la noche y se sintió apasionado. Ahora la iba abroncar de amor hasta la madrugada. Ya a salvo del horrible domingo en los andenes solitarios del lunes, con sólo los zapatos de Charlot arrastrados por el suelo.

Entraron en el Rusalka. No les conocía el "maitre", pero hizo todos los aspavientos que hacían los de los cabarets que les conocían.

Como de una cama ya usada y a la que se acercan nuevos huéspedes, quitaron el mantel de la mesa en que en seguida se abrevó en hielo una nueva botella de "champagne".

El tango se levantó como un humito del campo, con azulosidad de cazuela en la llanura... Parecía que les preparaban la reacción.

Ella seguía severa, aunque ya con otro rostro, vencida su suavidad de inglesa, reencarnada su blancura endurecida de rusa, ablandada en su voz argentina, en su languor de Buenos Aires.

—Y ras...
—Y ras...
—Y ras...

—El bandoneón me gusta porque no roba aire al que lo toca, sino que obra con el aire que hay en el aire... La fuerza de los brazos y el alma en medio...

Sonaban los bandoneones apoyando las palabras de Perfecto y se notaba el movimiento de sus ponchos musicales.

—¿Y cuántas almas crees tú que caben en un bandoneón?

—Muchas y todas distintas... Es el más maravilloso corsé de almas.

—Pues la mía no me la dejo meter en esa petaca obscura.

—Peor para ti... El alma es como una esponja y hay que apretarla de vez en cuando para que suelte lo que ha sorbido... Yo después de oír bandoneones me siento mejor.

El bandoneón mejor se destacaba entre los otros como jefe de látigo y facón.

Perfecto la dió un beso como a mujer reconquistada y ella se quedó vendida.

—Y ras...
—Y ras...
—Y ras...

No pudieron más y salieron a bailar el tango, con aire de irse a caer, ofreciéndole ella su boca como flor, muy lejana el alma, con ese gesto de no dejar la blancura muy detrás del clavel ofrecido por la boca como por un brazo que se alarga.

Cuando se dió la luz todos les miraron asombrados de haberles entrevisto en aquel tango, con flojera de seducción verdadera. ¡Como que al sentarse ella había sido otra vez seducida por él!

Bebieron champaña, él muy de prisa como si quisiera hacer subir la luz de sus torcidas.

En su interior notó algo como si hubiesen girado los resortes de todas sus almas. Hizo un gesto de aplastar la nuca contra su espalda y pensó quién

(Continúa en la pág. 36)



MICHAEL QUIGLEY conocía bastante el mundo de la delincuencia, pues mantenía relaciones con ladrones, confidentes, falsificadores profesiona-

les, especuladores al margen de la ley, estafadores, pillos y tontos, asaltantes de bancos, "mecheros" y rateros. No conocía a "Máscara Blanca" porque nadie le conocía, pero eso no constituía sino un placer postergado. Más tarde o más temprano el solitario operador incurriría en un yerro y caería dentro de los dominios de un repórter policial.

Conocía Michael a todo el mundo en Scotland Yard y llamaba a los principales funcionarios por sus nombres de pila. Había pasado varios fines de semana con Dumont, el verdugo, y le había asistido en un ataque de "delirium tremens". En su cuarto tenía fotografías con autógrafos de personajes prominentes, campeones de peso pesado y damas distinguidas. Sabía con exactitud cuál era el proceder de la gente normal y anormal casi en cualquier circunstancia. Mas su experiencia personal no le servía de nada en el caso de Janice Harman, a pesar de que estaba al tanto de casos semejantes.

No acababa de entender por qué una muchacha sin obligaciones—ya que era huérfana—y tres mil libras de renta al año, necesitaba aplicarse a algo útil en la vida y se decidía por inscribirse de enfermera en una clínica del East End. Otras jóvenes, desde luego, impulsadas por sus sentimientos humanitarios, obedecían a vocaciones similares. Janice se diferenciaba únicamente de la mayoría en que no había sido arrastrada por un anhelo filantrópico.

Era muy linda, aunque Michael nunca podía definir cuáles eran los factores que componían su belleza. Tenía unos ojos pasmosamente bellos y una boca roja y llamativa...; acaso influyese en la impresión de conjunto la calidad de su cutis. Nunca lograba ponerse de acuerdo consigo mismo respecto a esto. De lo que sí estaba seguro era de que la contemplaría horas y horas, y desearía contemplarla hasta la eternidad.

Lo que le desagradaba profundamente en ella era su aborrecible tendencia maternal, a que se creía autorizada por la edad. Michael jamás podía salvar el golfo que la separaba de sus veintisiete años.

Tenía Janice veintitrés años, y solía decirle que una mujer de esa edad es, por lo menos, veinte años más vieja que un joven de la misma edad. Pero veintitrés años pueden ser maternales o crueles. Y una noche ella le expresó algo que para Quigley significó el derrumbamiento total de sus ilusiones. Fué la noche en que fueron a cenar al Howdah Club, la noche, precisamente, del día de cobro de Michael.

Estaba enterado él, por supuesto, de la romántica correspondencia que ella sostenía. Aquello le había inspirado burlas, le había enfurecido y, finalmente, ya acostumbrado, le había divertido. La correspondencia se inició del modo más inocente. Un día, Janice recibió en su domicilio de Bury Street una carta en que se le rogaba tuviese la amabilidad de poner en relación al autor de la misiva con su vieja nodriza, que atravesaba una mala situación. Sucedió esto unos meses después de haber empezado a trabajar la muchacha en la clínica del Dr. Marford. Un diario había hallado un rico filón en la historia de "la opulenta joven de nuestra sociedad" que consagraba su vida a realizar obras de bien. La carta procedía del Africa del Sur y con ella venían cinco

"MÁSCARA BLANCA"

Por EDGAR WALLACE

CAPITULO I



ILUSTRACION DE
LUIS MACAYA

vó una vida terrible en las selvas de Africa... Lamentaré enormemente abandonar a mi querido Dr. Marford... Tendré que explicarle, naturalmente... Hablaba con incoherencia, con nerviosidad.

—Permítame poner en claro esto, Janice... Trataré de olvidar que la amo y que sólo

correspondencia epistolar con un hombre que nunca ha visto. Poco a poco, las cartas se vuelven más íntimas, más amistosas. La muchacha agracia a su galán con una aureola de personaje novelesco. Luego, lo conoce y... o resulta desilusionada o aumenta su amor por él. Se cita a matrimonios felices que siguieron ese camino... Se cita a otros...

En este momento reparó Quigley en que faltaba algo de la mano de ella: un rubi grande, tallado en óvalo, que usaba desde que él cultivaba su amistad.

Janice se percató al instante de lo que significaba la mirada de Quigley y ocultó la mano.

—¿Y su anillo?... —le interrogó con brusquedad Michael.

Janice había enrojecido súbitamente; en realidad, la interrogación era innecesaria.

—Eh... ¡Bueno, no veo qué le importa a usted!

Michael lanzó un largo suspiro.

—Nada me importa; es cierto, pero soy curioso. ¿Un cambio de prendas de amor?... Se distinguía él esa noche por su falta de tacto.

—El anillo era mío y me niego a ser examinada en mi vida íntima por un cualquiera que no tiene ningún derecho para ello. Se está poniendo usted pesadísimo.

—¿Yo?... —dijo, moviendo con lentitud la cabeza. — Me

libras esterlinas, que el correspondiente solicitaba se le entregasen a su vieja nodriza, en caso de que se la encontrase, o a los fondos de la clínica, si es que aquella no aparecía.

—¿Cómo sabe usted que ese sujeto no trata de hacerle una ingeniosa estafa? —le preguntó a propósito Michael.

—No sea estúpido—dijo Janice con desdén—. Es usted un pobre repórter policial y cree que el mundo rebosa de criminales.

—Y tengo razón —agregó Michael.

Hasta diez días más tarde, Michael no se enteró de que el desconocido extranjero había llegado a Inglaterra. Ella le llamó y le pidió que la invitase a cenar: tenía algunas cosas importantes que contarle.

—Es usted uno de mis más viejos amigos, Michael—le expresó Janice, hablando entre cortadamente— y me parece que debo decirle lo que ocurre.

Asintió, sorprendido.

De haberse fijado en su interlocutor, hubiera visto ella la palidez del rostro de Quigley, pero, premeditadamente, no le miraba y clavaba sus ojos en las parejas que se agitaban en la pista de baile.

—Preciso que usted le conozca... Quizá opine usted que no es un hombre maravilloso, pero siempre tuve el convencimiento...—por las cartas de él lo sé, claro...—de que lle-

dar a conocer "White face" desde las páginas del "Strand Magazine", permite a LA NACION ofrecer a sus lectores la valiosa primicia que importa la publicación de "Máscara Blanca", especialmente traducida al castellano para este diario, previa adquisición de los derechos respectivos. El público argentino tendrá así oportunidad de conocer y gustar una de las obras más características del célebre novelista y dramaturgo a quien un crítico norteamericano definió no hace mucho como "el Alejandro Dumas de los bajos fondos".



EDGAR WALLACE
(Dibujo de Slater)

autor británico, no estando aún editada en volumen en su idioma original. Un convenio especial con la empresa editorial londinense que va a

aguardaba a que se me aumentase el sueldo para declarar a usted mi amor.

Su voz era muy firme y no revelaba ninguna emoción. No obstante, Janice se obstinó en mantener desviados sus ojos.

—No hay nada de raro en este asunto—prosiguió él—. He oído hablar de casos semejantes. Una muchacha inicia una

lo supongo y sé que no tengo derecho a ser pesado ni a nada. No le pediré que me muestre lo que obtuvo en trueque. Un collar de perlas quizá...

Se alteró ella ante este tiro certero.

—¿Cómo lo supo usted?... Creo que es muy valioso.

Quigley lanzó a la muchacha una larga y ansiosa mirada.

—Preciso "ojear" a ese sujeto, Janice.

Janice observó en el semblante de su amigo una expresión de terror, terror que, evidentemente, sentía por la suerte de ella.

—"Ojear"... No entiendo lo que quiere usted decir.

Trató él, con una sonrisa, de suavizar la aspereza de lo que tenía que manifestar.

—Bueno, sí, efectuar investigaciones acerca de ese sujeto. Se "ojea" un caballo antes de comprarlo...

—No voy a comprarle; es un hombre rico... tiene dos granjas. — Hablaba con frialdad. Trasuntaba su voz un tono de resentimiento —. ¡Ojearle! ¡Caerá usted en la cuenta de que es un criminal! ¡Claro! Si usted no puede establecer esto, su fértil imaginación inventará algo. ¿Quién le dice a usted que no es "Máscara Blanca"? Esa es una de sus especialidades, ¿no?

Refunfuó Quigley. He ahí que se presentaba una oportunidad de aludir concretamente a un tópico enloquecedor.

—"Máscara Blanca" no es una invención; es un hecho. Pregúntele a Gasso.

Gasso, el desgarbado "maitre d'hotel", estaba cerca de la mesa. Michael le hizo una seña, llamándolo.

—¡Ah! ¡Ese "Máscara Blanca"! ¿Pero dónde se mete la tan renombrada policía? El restaurante de mi pobre amigo Bussini está desacreditado por culpa de ese tipo.

En las primeras horas de una madrugada, en ese restaurante de Bussini, había aparecido "Máscara Blanca" y deteniéndose al lado de miss Angela Hillingcote, la despojó en un santiamén de joyas por valor de seis mil libras esterlinas. Realizó la operación en un segundo o dos, antes de que las personas que bailaban se apercebiesen de que el hombre de blanco disfraz surgido de improviso en el local no era un cliente ataviado con un traje de fantasía, y huyó. Un agente de policía estacionado en la esquina de Leicester Square vió a un hombre que cruzaba velozmente en una motocicleta. La presencia de la motocicleta fué notada, también, en el Embankment.

Fué esa la tercera aparición, y la más espectacular, de "Máscara Blanca" en el West End de Londres.

—Mis patronos están inquietos... ¿Quién no lo estaría?... — Gasso, al parecer, compartía la inquietud de los propietarios del Howdah Club. — Felizmente, son gentes impávidas...

Gasso no terminó la frase y clavó la vista en la entrada de la sala.

—¡Ella no debería venir! — exclamó.

Prorrumpió en un grito casi de espanto y se precipitó al encuentro de un huésped poco deseable.

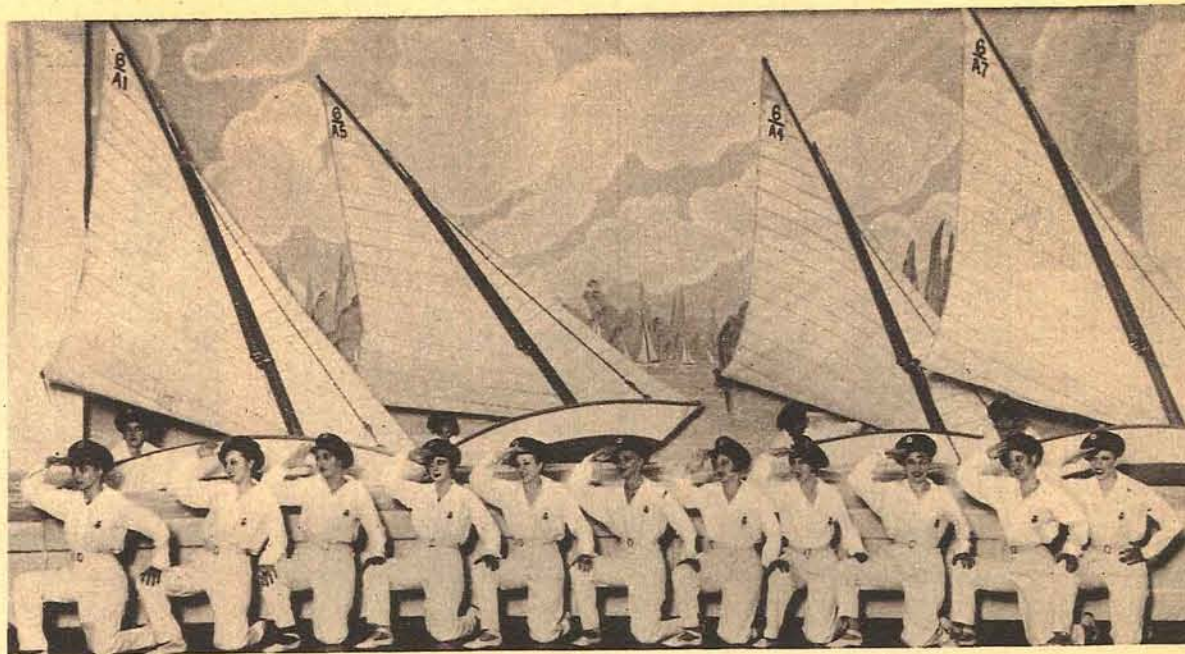
Era la recién llegada una mujer rubia que se hacía llamar Dolly de Val. Le había proporcionado ese nombre un agente cinematográfico de fértil imaginación, que pensó — y con razón — que sonaba mejor que Annie Gootch, que era el nombre que había llevado en sus tiempos de pobreza. No era una buena actriz, porque no puede calificarse de esa manera a una artista que nunca lograba acordarse de todas las indicaciones que le hacían

(Continúa en la pág. 34)

KODAK TEATRAL



En la última revista estrenada en el Teatro Astral, María Ester Pomar luce un magnífico traje de novia



El conjunto de segundas tiples de la misma compañía, en el cuadro "Fiesta náutica", de la revista "Buenos Aires social", original de los señores León A. Alberti y Alberto Ballesteros



Floro M. Ugarte, el prestigioso músico argentino, que acaba de ser designado director artístico del Teatro Colón



Pura Feijóo, tiple cómica que ha realizado más de una notable caracterización, es uno de los elementos destacados de la compañía Vicente Mauri, que actúa en el Teatro Avenida



En la playa Bristol de Mar del Plata: Sofía y Haydée Bozán y varias figuras de los teatros de esta capital toman diariamente un saludable baño de sol

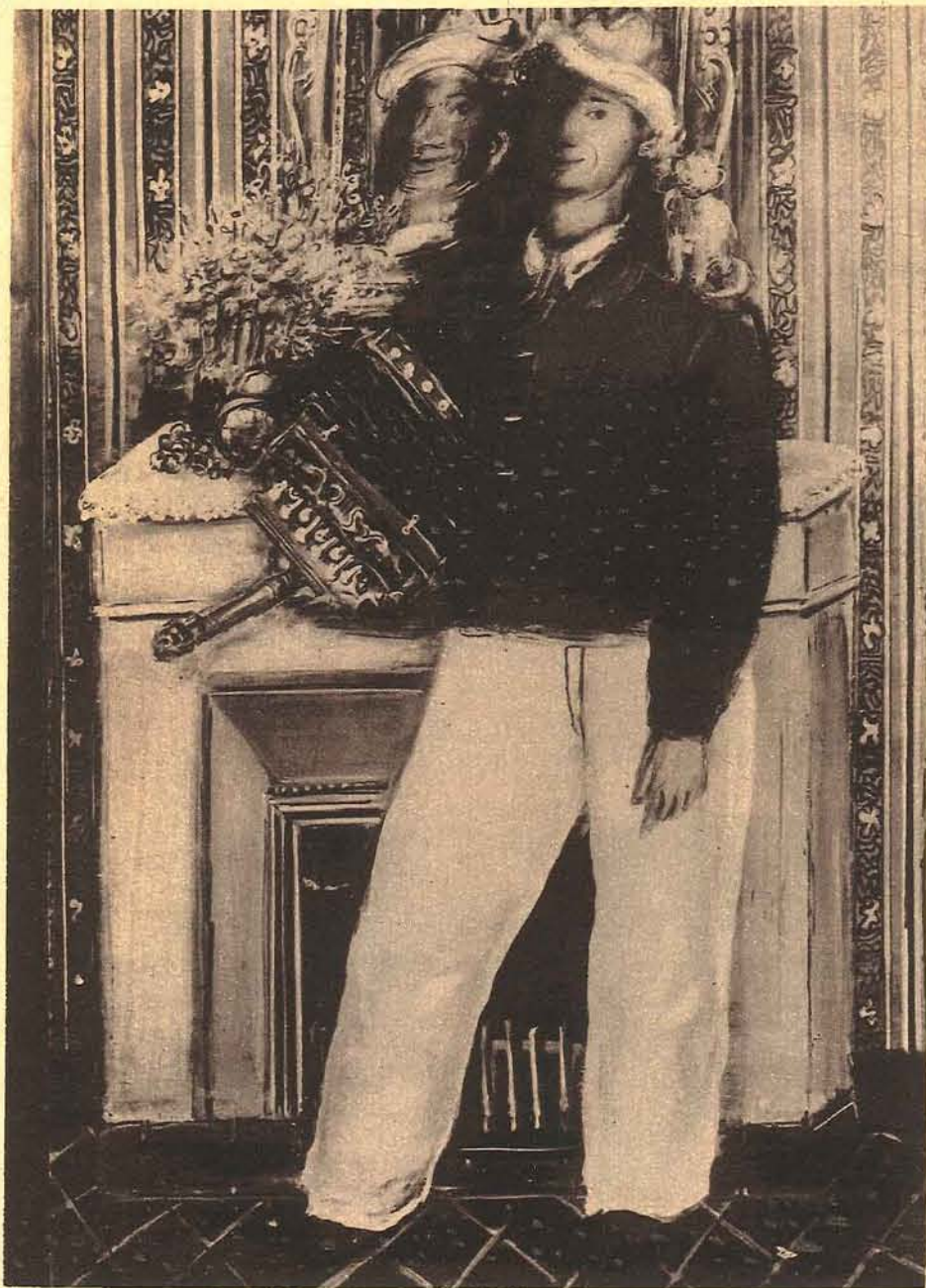
¿
Tiene
usted
el cutis
requemado por el sol?




Si no se atiende usted a tiempo, el cutis se marchita y envejece. Lo mejor es empaparse la punta de los dedos en Crema Hinds y aplicarla suavemente en todas las partes requemadas. Su deliciosa frescura quita inmediatamente el ardor. Su uso continuado devuelve al cutis su blancura y lo conserva suave, terso, aterciopelado.

Pero la Crema Hinds tiene una ventaja más. Evita las quemaduras del sol si antes de salir se pone una poca y en seguida los polvos. Esto protege el cutis y lo conserva deliciosamente fresco, encantadoramente juvenil.

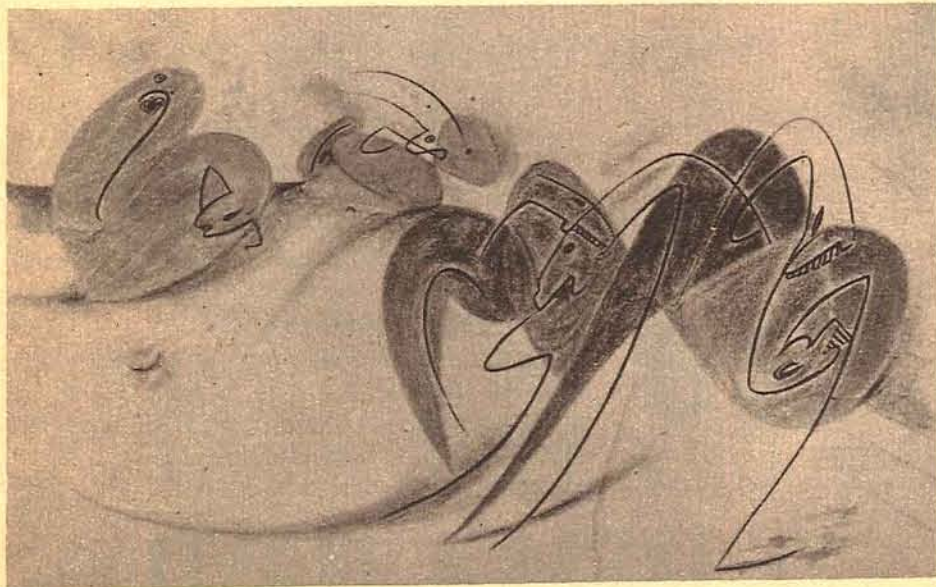
CREMA HINDS



AUTORRETRATO,
por Menkés



EL IDIOTA,
por Maria Blanchard



SERPIENTES, por André Masson



DIARIO DE LA MAÑANA,
por Hernando Viñas

das que los impulsaban a obrar, a reaccionar y a anticipar las necesidades ordinarias de los hombres. Las virtudes humanas que coronan los grandes esfuerzos borran en su generosidad las desdichas y las inquietudes del comienzo.

Ahora bien, observemos a los jóvenes.

¿Considerarán los resultados adquiridos por sus mayores como su propia meta? ¿Se aprovecharán de ellos cómodamente hasta perderlos y perderse ellos mismos? ¿Olvidarán que el orden es aportado por la vida, la disciplina y la calidad de las cosas existentes? ¿Olvidarán que es menester comenzar por vivir para terminar por poner en orden todo lo propio, y que no hay orden ni entre los muertos, ni entre los natos, y con mayor razón donde no existe nada?

Mas para los jóvenes rige ante todo esta verdad vulgar que resume todas las demás: hay que empezar por ser pintor. Es evidentemente todo un problema. Puede decirse que éste es el único que se les plantea. En cuanto al orden, es más bien una necesidad de equilibrio personal que un canon por aprender, como generalmente se suele inclinarse a creer. Si la riqueza personal no logra hallar su forma intensamente representativa, y quien dice forma dice orden, es porque es falsa, o perezosa y está al acecho de todos los abandonos. Empezar por hallar el orden es empezar por perder toda libertad. Si se busca a toda costa una disciplina, ésta no sería sino una disciplina superficial, una obediencia a otros. Para crear es necesario poder obedecerse a uno mismo. Mas antes es menester hacerse uno mismo capaz y digno de ser obedecido. El arte, en todo caso, es hecho de fuerzas que hay que disciplinar, de impulsos que hay que captar y, por así decirlo, de botellas llenas que es menester guardar en la bodega.

El artista comienza por ser montañés; ensaya sus fuerzas vivas en la libertad. La eterna montaracada de la juventud, la necesidad de marchar, desde luego, al matorral, encuentra aquí su morai robusta y sana de siempre.

Resulta muy difícil hablar de los jóvenes en un terreno donde todo se juzga, en definitiva, de acuerdo con la calidad profunda del pintor y conforme al poder humano de la emoción expresada. La autenticidad es el único signo válido en la materia. ¿Pero habrá también que presentirla?

La verdadera juventud no es la que nosotros creemos, aquella por la cual se comienza, sino aquella que se desenvuelve en el momento justo en que el artista conquista su propia libertad. La juventud de un arte es su calidad moral, no es la designación de su edad.

PAISAJE,
por Francisco Borés



HIGIENE DESDE EL FINAL DE PINTURA PREPARACION Y PUJANTE Por ELEF

(Para LA NACION)

Sin embargo, cuántas veces nos dejamos engañar por la fresca fugaz y superficial de una tela de juventud, considerándola como una calidad de fondo y definitiva. Si se tuviera sólo el valor, o más bien la paciencia, de volver a ver dicha tela, se comprobaría todo aquello que le ha ocurrido o lo que de ella queda.

Una obra nueva debe ante todo sorprender, sin duda, y la sorpresa debe ser tanto más fecunda cuanto que no proviene siempre de donde se la esperaba. Pues en nuestros días estamos a la espera de sorpresas artísticas, y hasta especulamos sobre ellas, enterados como estamos de su oportunidad por los ejemplos venturosos de las épocas que nos han precedido.

Una vez desvanecida la sorpresa, queda la obra por sí sola, con su calidad inherente y su vida propia. Entonces comienza el drama; pues en arte, dominio eterno de la excepción, no basta poseer todos los medios de producción, es necesario además tener poder creador.

Muy a menudo el artista creador no se da cuenta de la calidad, o del destino, es decir, de lo que podría llamarse la capacidad de desarrollo de una idea o de un hallazgo habidos durante el trabajo. Preocupado únicamente por la decisión de llegar a una solución buscada con ardor, desprecia lo que surge espontáneamente, algo nuevo y poderoso tal vez, pero provisionalmente indiferente a su tarea; no lo percibe; no corresponde a lo que él pretende; no le facilita la búsqueda y le es imposible entonces comprobar su valor, sus posibilidades y las ideas nuevas que aporta; está identificado con él y él no tiene la perspectiva necesaria para verlo objetivamente y aprehender su sentido real.

Pero un extraño, uno que desde afuera comprueba fácilmente el valor de ese hallazgo en el creador, lo encuentra a su gusto y se lo apropia para aprovecharse de él, no tomará fatalmente sino su lado externo y decorativo y acabará por extraviarse en una idea no hecha a su medida. Como, por otra parte, no posee ni el fondo ni la clave de esa idea, que no corresponde a sus medios, buscará en vano su prolongación natural y lógica. Se contentará entonces con explotar solamente su aspecto, y al primer cambio de dirección, a la primera vuelta peligrosa o no, nos revelará su ignorancia.

Como dijo una vez Picasso: "Los discípulos ven más claro que los maestros."

De todas estas razones se deducen una posibilidad de contralor y un criterio de autenticidad capaces de iluminar las verdaderas capacidades de la juventud.

El estado de rebelión constante en el dominio de la plástica ha instaurado, no sólo una libertad de acción, sino también una libertad de educación casi absoluta. Sin embargo, esto no es sino aparente. El aprendizaje de otrora existe más que nunca, sólo que cada uno lo hace de acuerdo con su propia responsabilidad y esto en pro de sus intereses.

Los pintores que no han tenido la suerte de vivir en sus comienzos un buen periodo de experiencias desinteresadas y de severa disciplina restrictiva, antes de llegar a la formación de su expresión personal, ignoran siempre el beneficio de una "conciencia profesional", virtud capital del pintor. A este respecto cabe señalar dos prejuicios muy frecuentes en

ARTISTICA DE UNA EPOCA HASTA LA DE UNA NUEVA JUVENTUD TERIADE

PARIS, enero de 1930.

nuestra época: el "snobismo de la dificultad" y, por otra parte, el "temor a lo fácil".

Un pintor que no descoló desde sus comienzos, cuyo trabajo fué mucho tiempo humilde, ingrato y difícil, y que requirió mucho tiempo para descubrir sus dotes y allegar su riqueza ulterior, generalmente inspira hoy más confianza que aquel que empieza muy joven con brillo por haber aprovechado muy a menudo de un ambiente favorable. Lo que se aprende sirve mucho menos que lo que se descubre por sí mismo. De esto tenemos ejemplos ilustres y recientes. Pero, de acuerdo con esta idea real, por cierto, puesto que la pintura como la vida se compone del total de las dificultades surgidas y vencidas, de experiencia y de conservación, no hay que llegar hasta promulgar dogmas infalibles para terminar, como muchos, despreciando el don y dudando de la abundancia.

Por otra parte, la facilidad, esta economía de los medios reducidos a su más simple expresión, esta sobriedad espontánea que constituye la característica del pintor auténtico se asemeja, para quien no sabe ver profundamente, a la virtuosidad hábil, a la impotencia de rematar una tarea comenzada, a la suficiencia superficial. Por eso conviene distinguir netamente estos dos estados extremos y no achacar al primero la debilidad del segundo.

Estos dos prejuicios, "snobismo de la dificultad" y "temor de lo fácil", deberían en todo caso caer por su propio peso, en presencia de una verdadera "conciencia profesional".

He aquí la hora confusa de la liquidación. Nuestra época parece querer hacer su balance. Utilidades y pérdidas. Se ve obligada a esta depuración para poder conservar su clase excepcional y continuar aligerada del peso superfluo de los valores inútiles.

Causará sorpresa en general, sin saberse a punto fijo por qué, la brusca ascensión de ciertos pintores que se alejan así muy deliberadamente de sus contemporáneos, ya sea por el artificio de los precios o por el caso que de ellos hace la crítica.

¿Por qué no perduran sino los jefes de escuela?, preguntase a menudo. Y aquí se trata de las escuelas de ciertos grupos de pintores, como de esas escuelas individuales que, al margen de la circulación general, dan por resultado la formación de personalidades independientes.

Es porque ellos solos han tomado iniciativas en la búsqueda constantemente alerta de la pintura. Ellos solos han sentido las necesidades profundas del pintor, y por haber nacido pintores se sienten obligados hacia la plástica. Ellos solos han tenido el valor de arriesgar sus dotes en pro del descubrimiento de su expresión personal, la más simple, la más desnuda y la más directa. Ellos solos, por fin, en posesión de un pensamiento verdadero, han sabido realizarlo y llevarlo hasta su perfección. Los demás han seguido.

Desde la decadencia de la enseñanza académica, decadencia que podría remontarse hasta los Románticos, la pintura actúa dentro de un régimen de libertad. Esta libertad comporta generalmente la enseñanza experimental y la iniciativa personal. De ahí la necesidad de movimientos perpetuos. Gracias a éstos, en medio de un estado de inestabilidad se vuelve periódicamente al equilibrio.

Por otra parte, el orden, y de esto ya hemos hablado, para que sea fecundo debe ser obtenido, "ganado" en el



LLUVIA DE VERANO,
por Hernando Viñes

seno mismo del desorden y enriquecido con las prodigalidades de este último. Acción deseable en cuestión arte, cuya meta es la formación de personalidades. ¿Dónde se formarían mejor que en la "escuela de la vida artística"? ¿No es éste, acaso, el secreto atrayente de París?

No es, por consiguiente, por afición a aventuras o por un deseo incesante de novedad que esperamos algo de las más recientes iniciativas, y que lo esperamos olvidando a menudo talentos muy honestos y estimables y los esfuerzos que realizan. Lo esperamos, al contrario, por una necesidad de orden, por una necesidad de recobrarnos y de remontar la confusión hasta el nivel de las verdades sencillas, de las verdades primeras, las únicas bastante jóvenes, candidas, si podemos decir, y llenas de fe para permitir la continuidad en la creación: verdades que se olvidan, desde luego, y que se pierden con harta facilidad entre las virtudes inútiles, las virtudes de la edad y de la felicidad, que llegan después que el éxito de los objetivos del comienzo se ha convertido en realidad.

Y luego, cada idea importante constituye un punto de partida. Una generación toma de ahí su impulso y, organizando las aspiraciones de su época, la fecunda. Mas la idea inicial yace, al final, agotada, vacía. No tiene ya para los jóvenes ni vitalidad ni significado. Estos precisan, entonces, arrancar de una idea nueva, que a menudo será la contraparte de la precedente y fecundizará su reacción. Eso es todo.

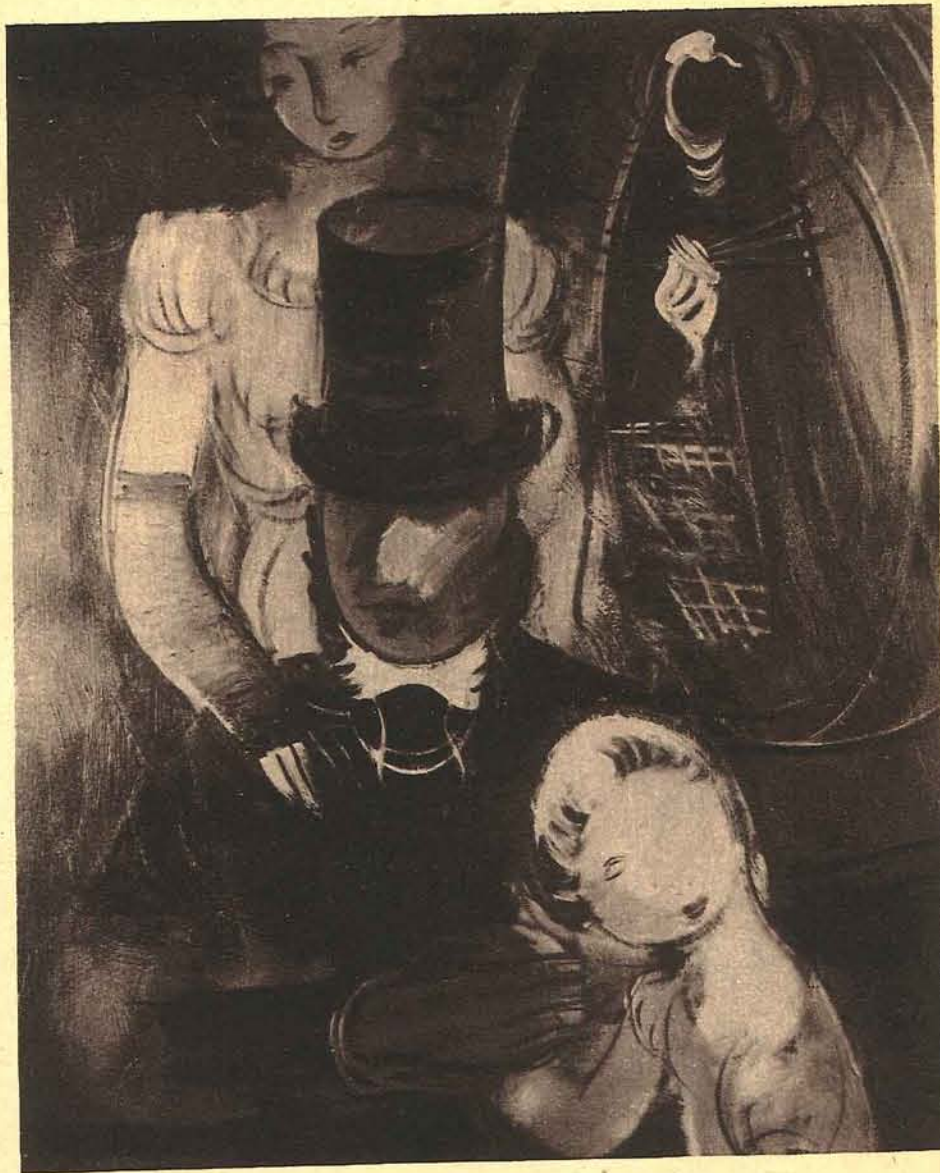
Estas observaciones parecerían ociosas y vanas, y como indiscutibles lugares comunes, en cualquiera otra época; mas en nuestra hora supersensible y saturada de todas las denegaciones revolucionarias antiguas, podrían tener cierta utilidad.

Deseamos tan ardientemente prever hoy el desarrollo del arte en un futuro muy inmediato y hacernos analogías tan fáciles con objeto de alcanzarlo, que no puede haber sino un medio de salir de la confusión así creada: llevar hasta su punto culminante esta sed de observación, este espíritu de investigación, esta curiosidad sustentada por la impaciencia de la especulación.

De este modo tal vez lleguemos a ciertas comprobaciones prematuras y por consiguiente, provisionales; pero por otra parte, corremos el riesgo de deducir las primeras verdades, sumarias aun, del período que comienza y que revela tímidamente sus inspiraciones, sus posibilidades y el bosquejo vago de su figura.

El ideal de la nueva generación se forma lentamente, para aparecer tal vez pronto en el lugar de aquel que fecundó la generación que hoy triunfa.

EL SABADO EN EL CAFE,
por Francisco Borés

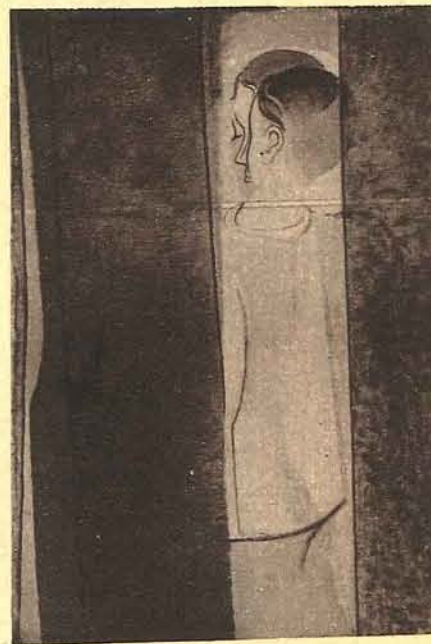


MI FAMILIA,
por Francisco Cossio

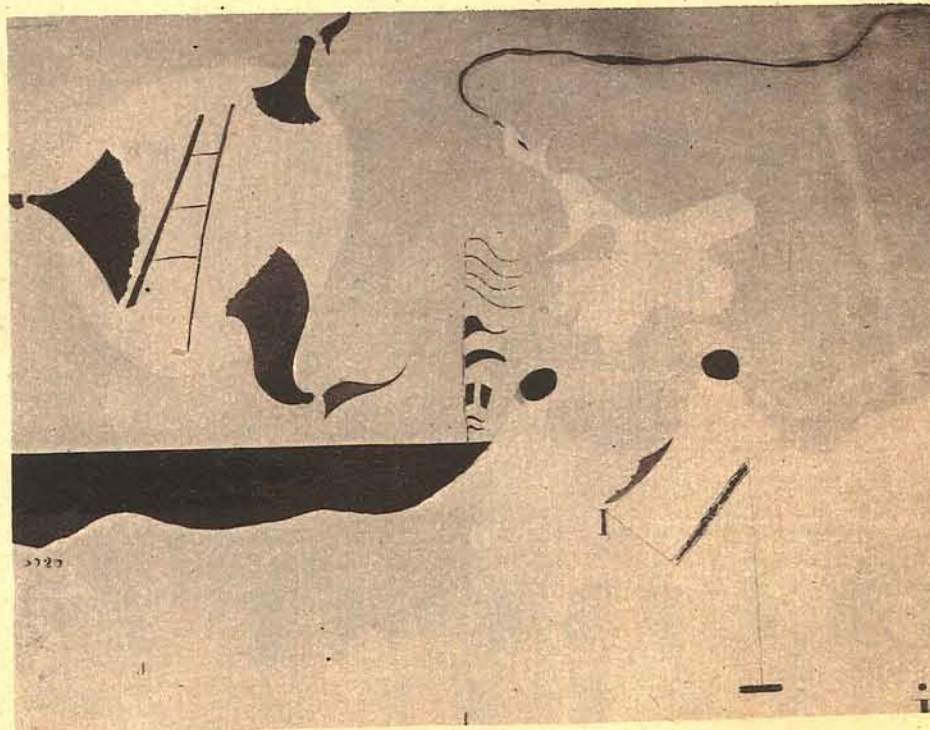
Mas un ideal no destrona a otro por obra de un simple golpe de estado. En el tránsito de una generación a otra nacen reacciones sutiles paralelamente con amistades profundas.

Conocéis los últimos años del Impresionismo, la molición decadente que reinaba en el instante en que Cézanne y Seurat sobrepasaban espléndidamente la ortodoxia impresionista, al prolongar sus investigaciones en el porvenir naciente. La confusión que a la sazón provocaron fué un impulso feliz, una indicación sólida para los pintores que debían llegar, que "ya estaban allí".

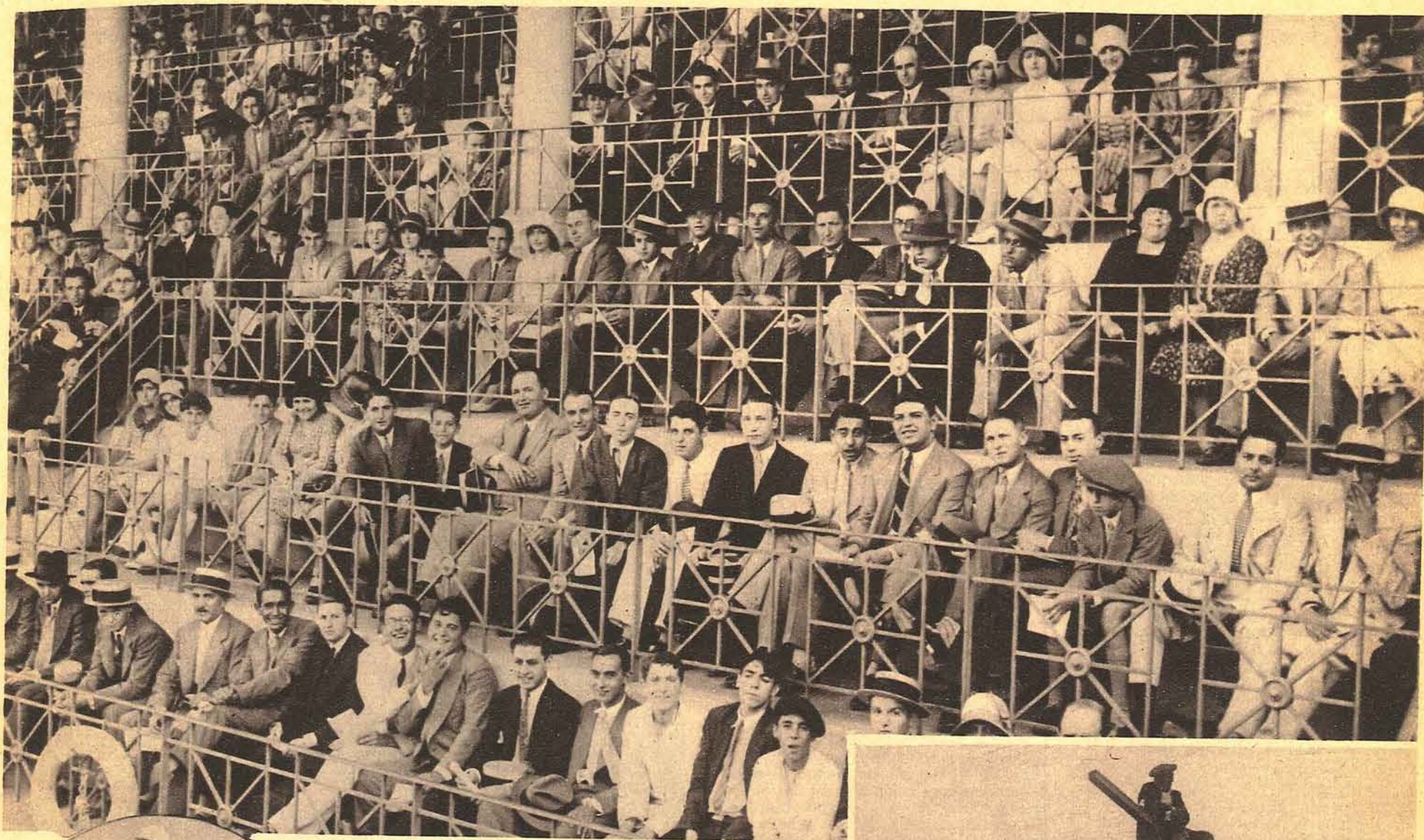
Tal es, poco más o menos, nuestra situación artística actual. Muchos jóvenes se extravían buscando enormes dificultades inútiles y consoladoras, cuando la dificultad es mucho más sencilla y está más cerca de ellos que lo que se imaginan. Por otra parte, la obra de los maestros actuales evoluciona día a día y se prolonga en medio de las primeras afirmaciones de los jóvenes, de su voluntad de crear su ambiente propio y de hallar la forma concreta de su ideal. Pero tenemos confianza; la confusión reinante entre los esfuerzos de los jóvenes y el de sus mayores, lo mismo que los errores que sobrevendrán, nada podrán hacerle. Siempre los hubo. Nada podrá contra la juventud.



LA PUERTA ENTREABIERTA,
por André Beaudin



PAISAJE, por Joan Mir

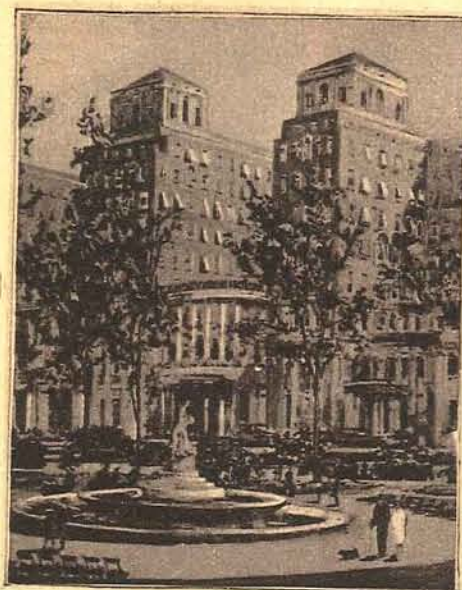


La natación está transformándose en uno de los sports más populares. Esta vista de la amplia tribuna que circunda la pileta del Club de Gimnasia y Esgrima, igualada en muy pocas ocasiones, fué obtenida durante la disputa del último campeonato interprovincial, que se realizó bajo el patrocinio de la mencionada institución

Aspecto de los preparativos preliminares a un match de polo: uno de los peñiceros ayuda a Carlos Cortejarena a completar su indumentaria

MOZAICO PORTIVO

El interés de los aficionados al football en Mar del Plata se puso ampliamente de manifiesto en la reciente visita del primer equipo del Club San Lorenzo de Almagro. Como en las canchas locales, los entusiastas admiradores no escatimaron esfuerzos con el objeto de conseguir un buen punto de observación, y ni siquiera se arredraron ante la perspectiva de una probable y peligrosa caída



EL MEJOR Y MÁS MODERNO HOTEL EN LONDRES, INGLATERRA

Grosvenor House es el único Hotel en Park Lane. Da al Hyde Park, el más regio de los Parques. Esta situado en Mayfair, el centro de la vida social, a poca distancia de Piccadilly y de los Teatros. Confort supremo - Tarifa equitativa - Toda comodidad moderna

500 Dormitorios, cada uno con su cuarto de baño, agua corriente helada para beber y con entradas separadas.

50 DEPARTAMENTOS. RESTAURANT. GRILL ROOM. SALONES PARA BANQUETES.

El mejor Salon en Londres para patinar a hielo.

Oficina St. Phalle para las cotizaciones de la Bolsa Americana.

GROSVENOR HOUSE

EL UNICO HOTEL EN PARK LANE

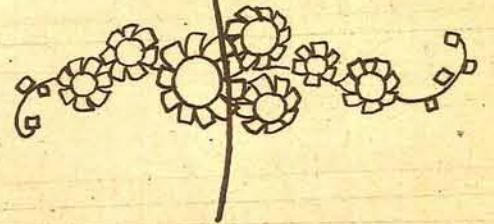
Telegrams

Grosvenor's Audley Londres.

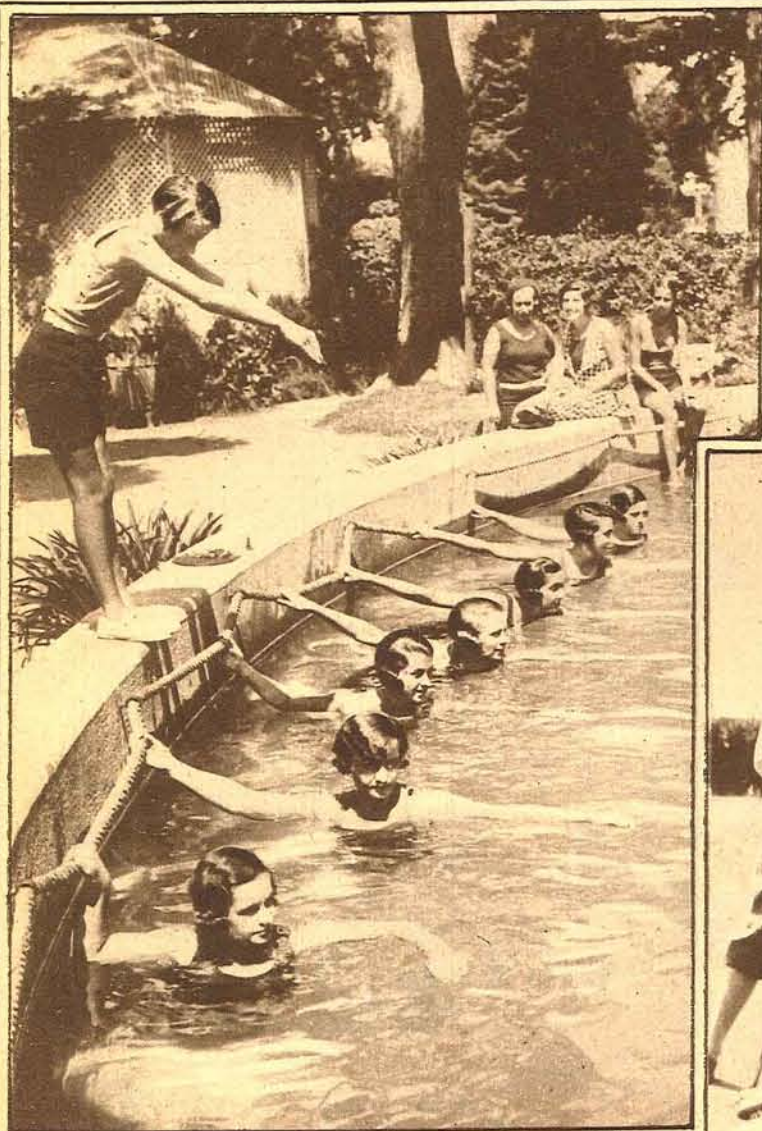
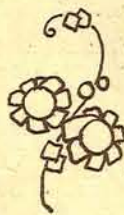
Las últimas presentaciones en Mar del Plata de los profesionales británicos Henry Cotton y Aubrey Boomer congregaron a concurrencias extraordinarias, que determinaron la adopción de ciertas medidas con el fin de que el público no molestara a los jugadores. Vemos aquí a parte de los espectadores, que se trasladan a un green rigurosamente cercados por cuerdas



FILM SOCIAL



No son por cierto las actividades sociales las únicas preocupaciones de las señoritas Josefina y Mercedes Molina Anchorena, quienes demuestran especial predilección por el embellecimiento del parque de su hermosa residencia.



En el momento de largar una carrera de natación en la pileta de la residencia de la señora Noemi López de Lastra, en Punta Chica, se ha obtenido esta fotografía. En ella se ven en el agua, de adelante hacia atrás, a las señoritas María Cristina Bosch Gramajo, María Sara Bosch Gramajo, Enriqueta del Carril, Noemi Lastra, María Florencia Agote, María Rosa Zorraquín Lynch, Estela González de Lastra. En actitud de zambullirse la señorita Carmen Lastra, y, al fondo, de izquierda a derecha las señoritas Celia Vivot, María Luisa del Carril y Ana María Lastra.

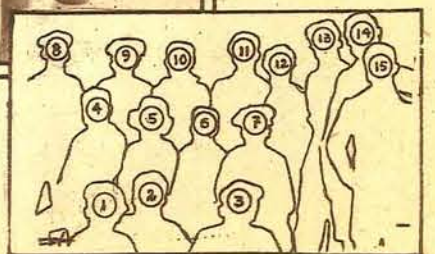


Invitados a la comida ofrecida en Carrasco por las señoritas Angélica y Marta Pueyrredón.

Arriba, de pie, de izquierda a derecha: Alfonso Ciribone Cañas, Raquel García Arocena y Alfredo Larguía (h.); sentados, de izquierda a derecha: Carlos García Arocena, María Carmen Madariaga Anchorena y S. Méndez; segunda fila, sentados: Jorge Basavilbaso Cárcano, Elina Arocena y Margarita Shaw; tercera fila: Marta Pueyrredón, Ramón Santamarina, Luis Leloir y Angélica Pueyrredón.



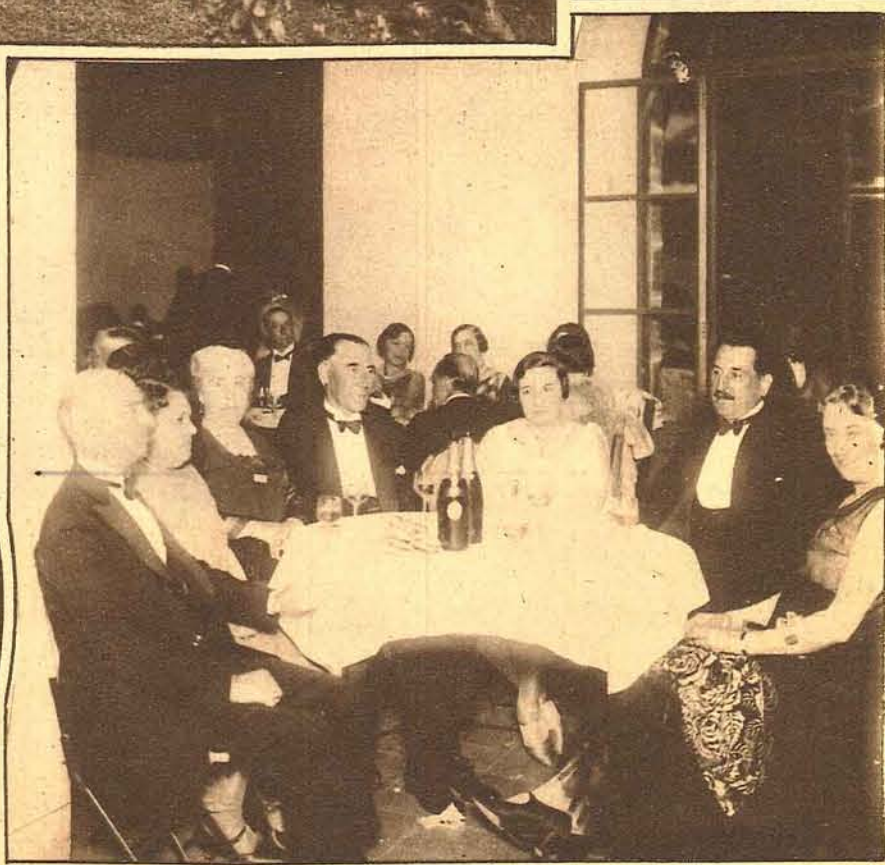
En el entusiasmo con que se inician en el "sport" las nuevas generaciones se comprueba la difusión del golf en nuestro país. 1, Alejandro Anchorena Salas; 2, R. Hilaret (hijo); 3, Alberto del Solar Green; 4, Juan Carlos Riglos; 5, Jorge Gómez Alzaga; 6, Miguel Anchorena Salas; 7, Félix González Alzaga; 8, Federico del Solar Green; 9, Mariano Apellániz Castex; 10, Adolfo Blaquier Unzué; 11, Carlos J. Anchorena Salas; 12, Carlos Gómez Alzaga; 13, Julio A. Pueyrredón Saavedra; 14, Alfredo Aldao Unzué; 15, Juan R. Lezica Moreno.



En las sierras de Córdoba



Entusiastas aficionados que diariamente concurren a los links de "La Cumbre Golf Club". De izquierda a derecha: J. C. Pasmán, Manuel Quintana, Roberto Fontán, Willie Spangenberg, Leslie Smart, Alberto J. Quayat, Jorge Goldaracena, Roberto Maróni y J. Spangenberg.



En la institución citada efectuóse días pasados un baile de fantasía. Mesa ocupada por: Magdalena R. de Tietjen, Marta P. de Durand, Juan B. Durand, Adolfo Rouillón, Teresa T. de Rouillón, María P. de Covernton, R. C. Tietjen, J. Covernton y Germana R. de Aliau.



Atilio Grimaldi, María E. de Grimaldi, Emilio Fontán, Ligia Grimaldi, Mauricio Schoebel, María Luisa M. de Fontán y Matilde Fontán de Schoebel.



Juan, Minetti (h.), Ana C. Moglia de Minetti, Guillermo Fuch, L. Minetti de Palacios, Pedro Piccinini, Berta Hermida de Piccinini, Raúl Hermida, Teresa Minetti de Hermida, Sebastián Palacios.



A. M. de Ruiz Guñazú, Carmen Ford, R. Laplace, Juan Buelink, Carlos Navarro Ocampo, Francisco Beltrán Posse, Carmen Fuch de Ford y M. C. de Ordóñez.

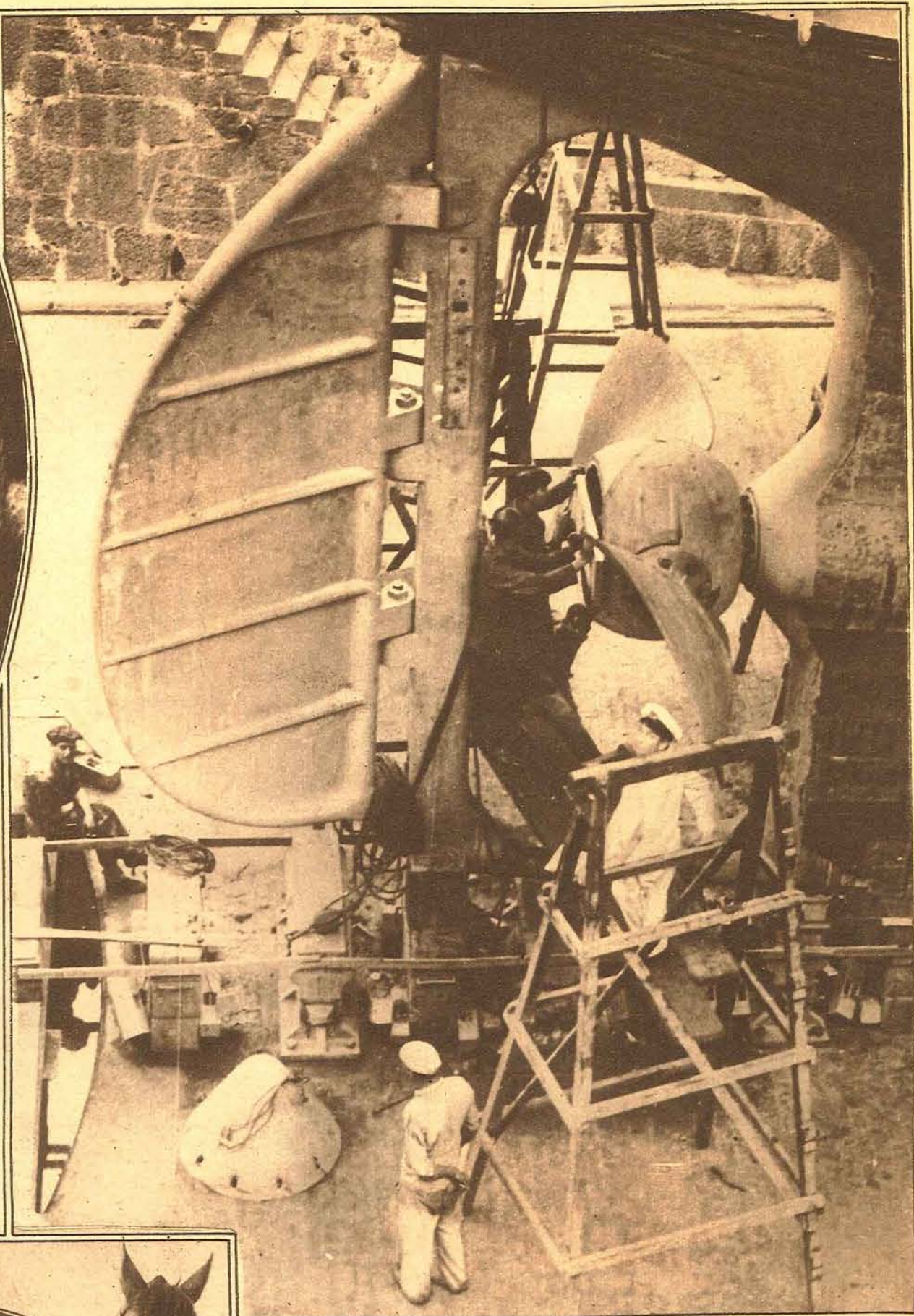




Una conversación interesante.

Instantáneas

La hélice y el timón de la fragata escuela "Presidente Sarmiento" es motivo de minuciosa preocupación de parte del personal encargado de las obras de restauración de la misma.



Los caballos del puerto. Llegando a destino con la carga preciosa y pesada que aguardan las bodegas exhaustas de los buques.



La alegría del regimiento.

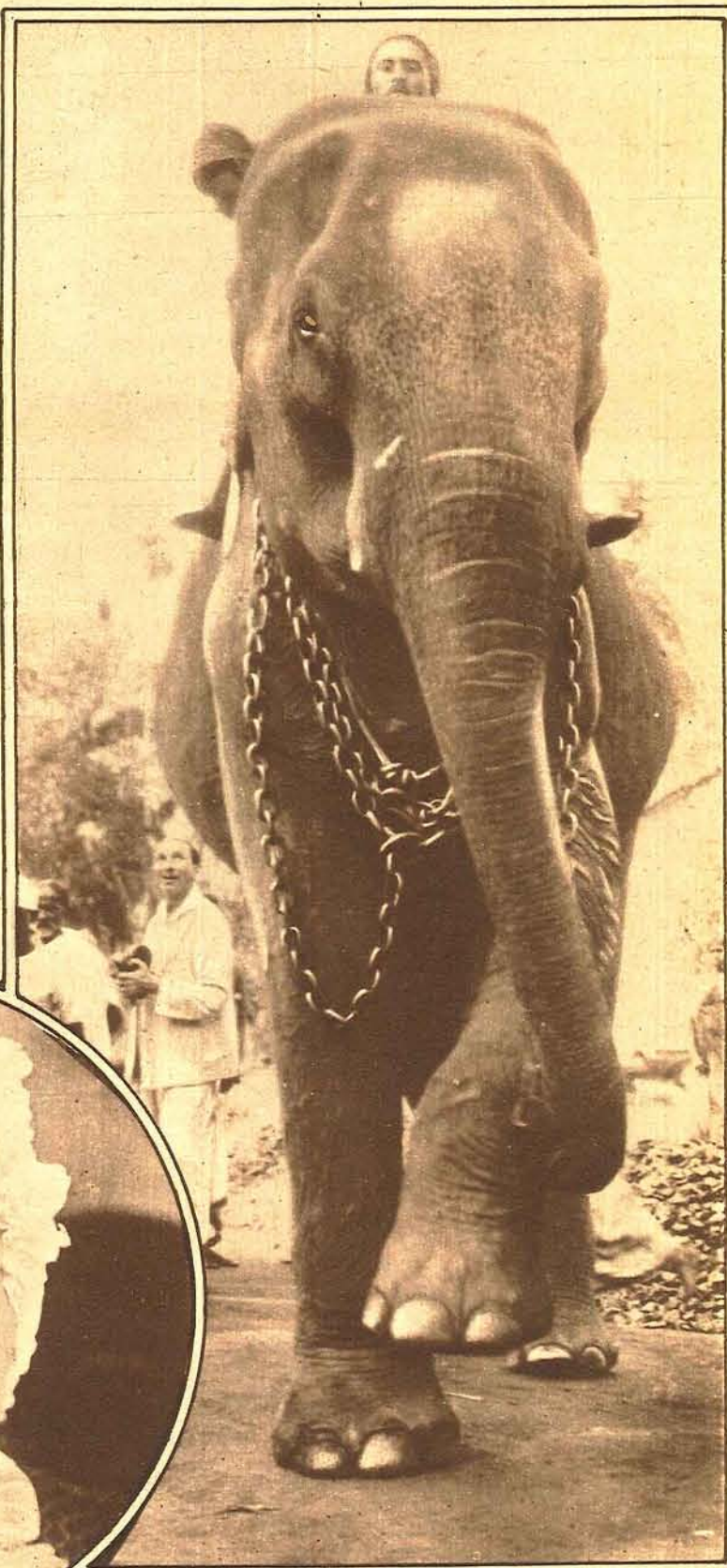
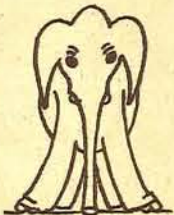


Miss Helen Meany, campeo-
na de natación, ejecutando
una zambullida de espaldas,
en Breakers, Palm Beach
(Florida).

La señora de Pridge, de
108 años de edad, está
considerada como la mu-
jer de más edad en Alema-
nia. Nació en Fallersleben
el 5 de noviembre de 1821.



Uno de los más
grandes elefantes
del mundo fotogra-
fiado en Candee,
Ceylán, mientras
ensaya un paso co-
reográfico.



EVITE LAS QUEMADU- RAS DEL SOL

aplicando sobre su piel Crema de Almendras Glenz.
Sus efectos refrescantes y embellecedores la sorprende-
rán gratamente. Su protección es eficaz y segura.

Precio en la Capital:
Frasco de emayo . . . \$ 0.30
corriente 2.20
grande 4.00

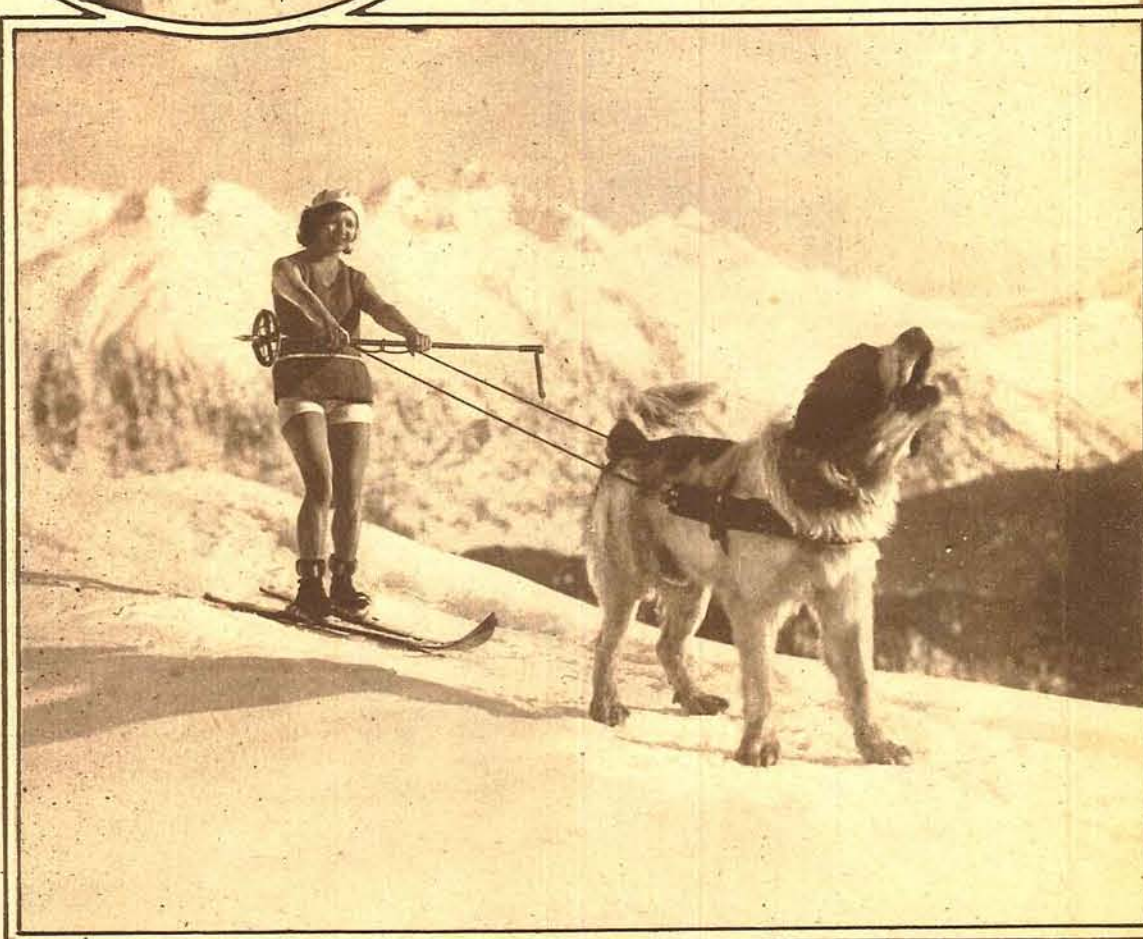
Si su proveedor no la tuviera,
solicítela acompañando el im-
porte más 0.10 para franco,
a los únicos concesionarios.

JORGE GLENZ & Cia.

Lavalle 1667 Buenos Aires

CREMA GLENZ

Elaborada en los Estados Unidos



La artista cinematográfica Lia Mara alterna sus tareas profesionales con la práctica del ski, en
Saint Moritz, teniendo como ayudante al perro San Bernardo que la acompaña.

Todos los trenes que vuelven a Buenos Aires



entran trayéndonos ahora millares y millares de pedidos de "TE PARA DOS". Son los pedidos que suscriben la voluntad y el afán de esa enorme cantidad de hogares de todo el país—hasta del rincón más lejano,—de renovar pronto los momentos agradables que les proporcionaron las primeras cajas de las nuevas y deliciosas



GALLETITAS TE PARA DOS

S.A. ESTABLECIMIENTO MODELO
TERRABUSI

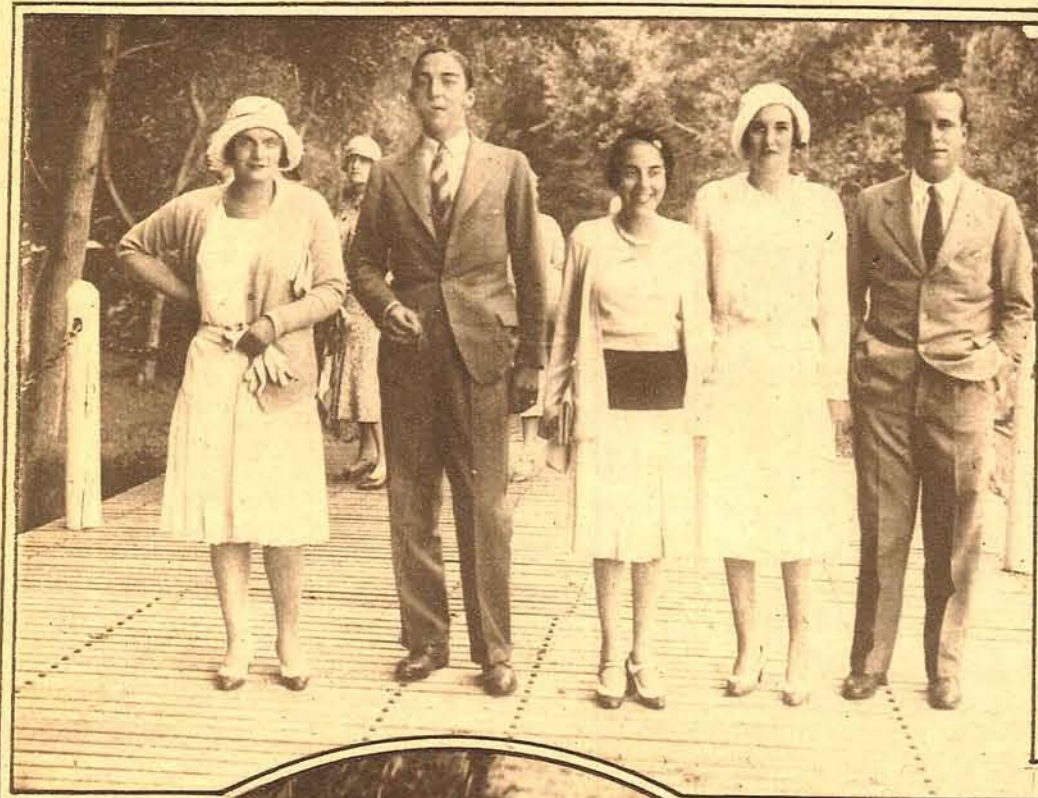
Pídalas a su proveedor

Se venden en todo el país

Del verano en Mar del Plata

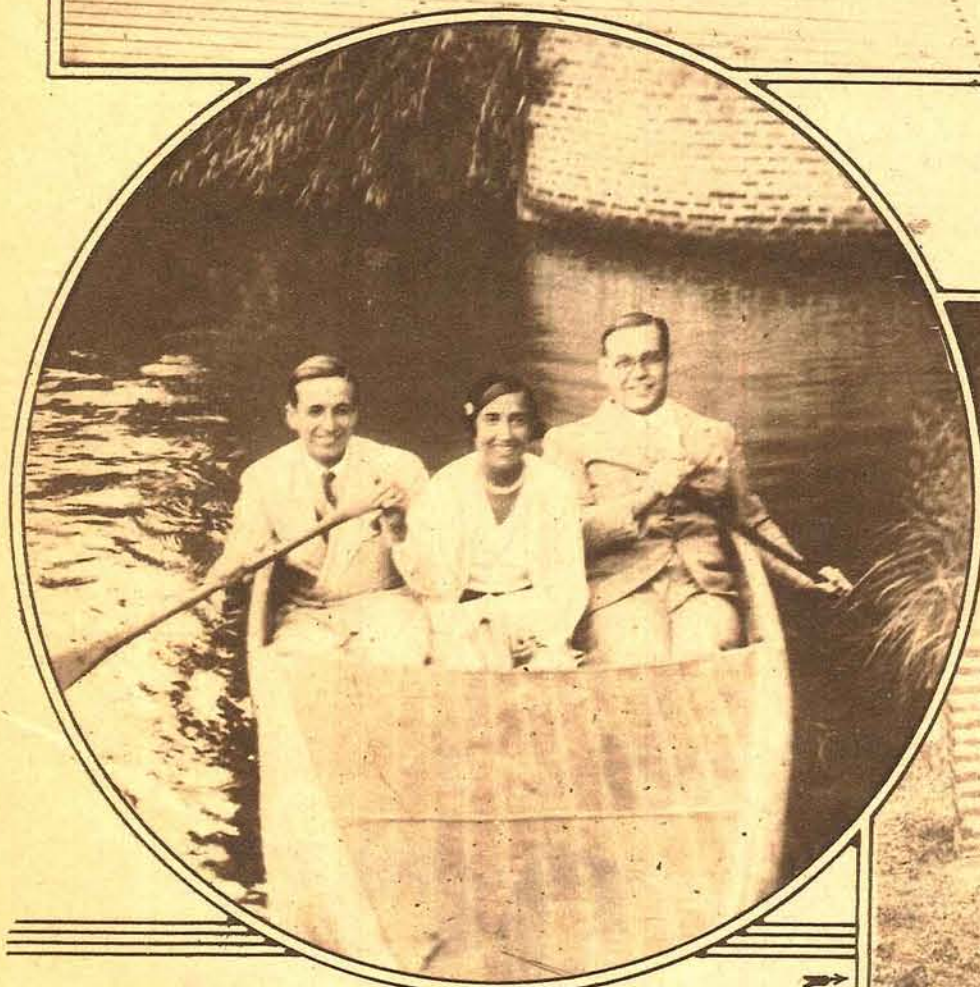


El paseo ofrecido por D. Enrique Anchorena y su esposa, Da. Hercilia Cabral Hunter, a su posesión "El Boquerón", en Mar del Plata, ha sido una nota destacada de la temporada balnearia. Este grupo de invitados está formado, de izquierda a derecha, por Martín Aberg Cobo, Elena Ocampo Alvear, Alberto Tedín, Enrique Anchorena (h.), Delia Carmen Ocampo Alvear, Guillermo Peralta Ramos, Mercedes Inés Leloir Unzué, Narciso Ocampo, Amalia Anchorena y Jorge Figueroa.



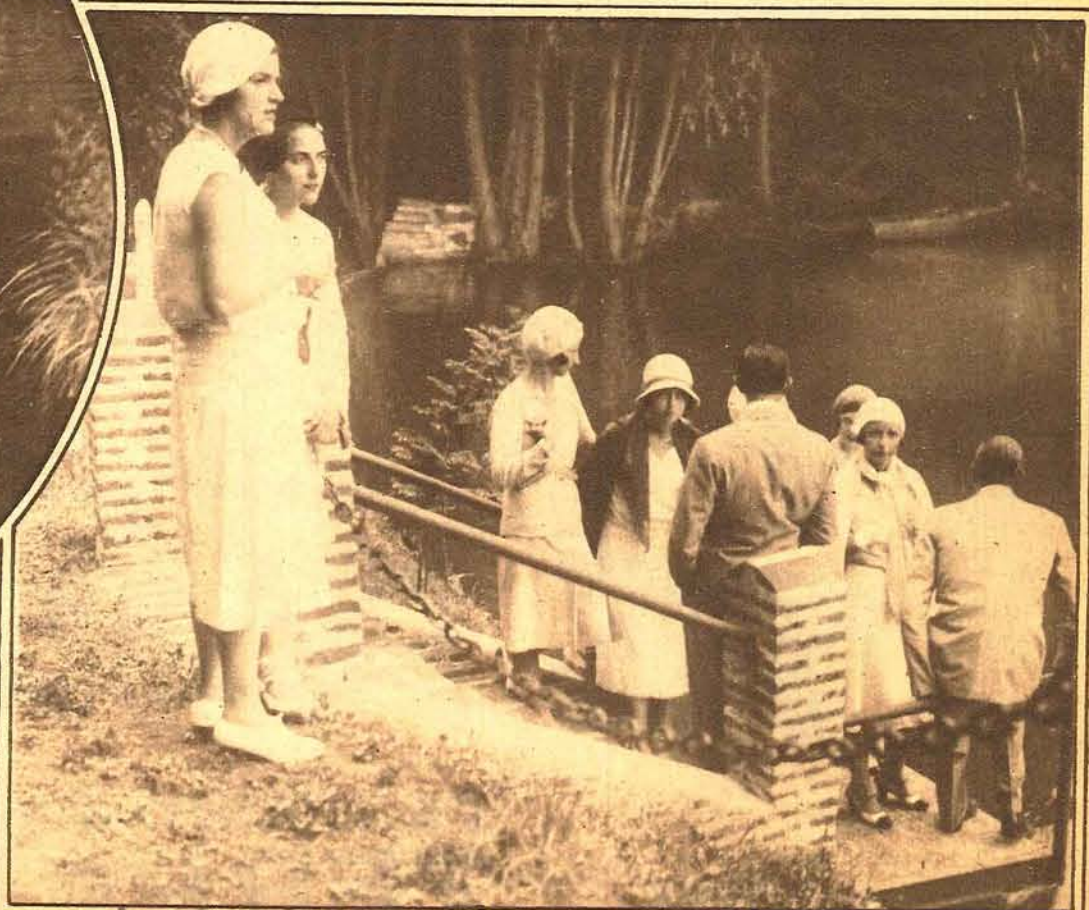
Marta Peralta Ramos, Guillermo Moreno Hueyo, María Elena Larreta Llavallol, Elvira Ayerza y Miguel Alfredo Nougués.

Marta Bosch Alvear y Enrique Anchorena (h.).



Alberto Blaquier, Ernestina Larreta Llavallol y Carlos Demaria Sala.

Susana Pradere Castex, María Elena Larreta Llavallol, Elvira Isabel Sojo, Josefina de Elia y Marta Bosch Alvear.





Sonia Kanster, sobre una barra de hielo, ha apelado a un remedio heroico para combatir el calor.



En Barjols se realiza periódicamente una ceremonia que evoca un episodio de la vida de San Marcelo y que consiste en asar un buey al aire libre. Recuerda esto el buey que San Marcelo envió para salvar a la población del hambre.

POLVOS DE TOCADOR

LUBIN



POLVO LUBIN \$ 0.70
Gran Modelo \$ 1.60



En los perfumes

**NASIBA
AMARILLYS
SOLA MIA
MONJOLY
ENIGMA**



TALCO LUBIN
FRASCO DE VIDRIO
\$ 0.70

LUBIN
Parfumeur Paris

Distribuidores: Rivadavia 4447 - Buenos Aires



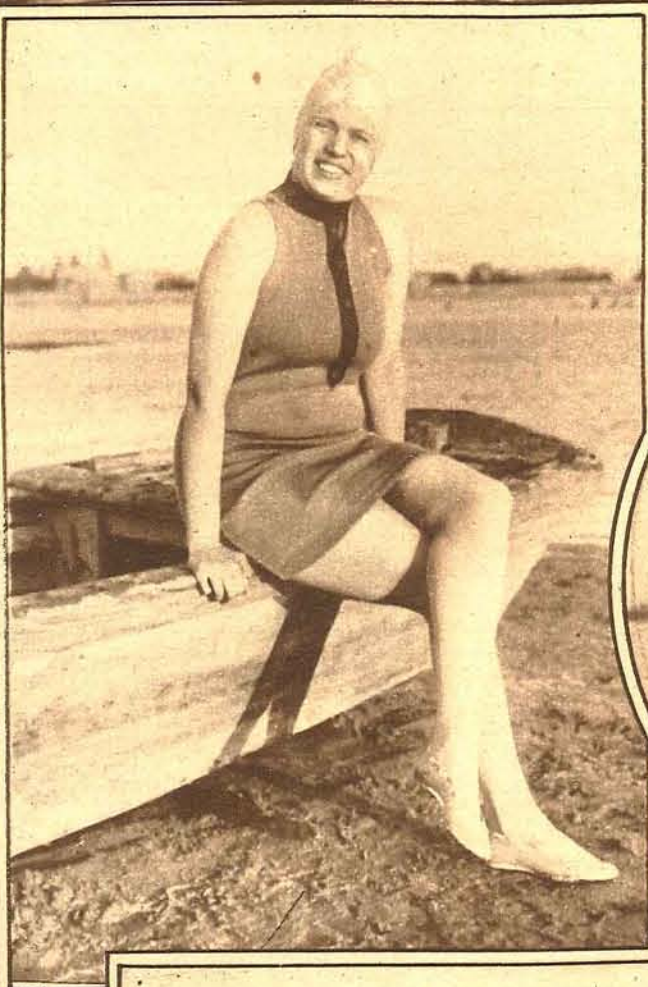
POR LOS BALNEARIOS BAHIA BLANCA

Anita Perriere.

Un aspecto general de la concurrencia al balneario de Bahía Blanca en horas de mayor actividad.



Adela Diamante.



Un terceto interesante.



Juana y María Ester Anfosso descansando después del baño.



CORREO
DEL CINE

quienes aprovechan la excelencia del descubrimiento, la suma de cincuenta centavos por hora. Desde que ha dado con la maravilla registradora, (Tom come regularmente sus tres comiditas diarias. Ha pagado once dólares al contado como depósito por la compra de un auto de novena mano que le cuesta 75 dólares (incluido el motor, ruedas, chasis, etc.) y pagadero en mensualidades de cinco dólares, lo que prueba claramente que el negocio ha resultado bueno.

NI UN SOLO HOMBRE

Uno de los más reputados "studios" de la ciudad cinematográfica se encuentra en visperas de iniciar la impresión de la primera película totalmente interpretada, producida y dirigida por el bello sexo. A excepción de los electricistas y "camaraman" no se verá en el "set", más que al elemento femenino. Esta excepción se debe simplemente a que las damas no han invadido aún los departamentos a que pertenecen los dos gremios.

El argumento de la obra a impresionarse es una adaptación de la popular novela de miss T. Shea, que tendrá a la versátil Ruth Chatterton en el papel principal, a miss Dorothy Azner a cargo del megáfono y a miss Henrietta Cohn, como supervisora general de la producción.



NOTAS

CINEMATOGRAFICAS

Alexander Gray y Bernice Claire en una escena de la película sonora y parlante titulada "No, no, Nanette", de la Warner Bros, que el programa Max Glücksmann dará a conocer la próxima temporada.

CARTA DE
HOLLYWOOD
Por WHITE SCREEN

(Para LA NACION)

HOLLYWOOD, diciembre 1929.

LA VOZ DE LAS ESTRELLAS

A población de esta hermosa ciudad del cinematógrafo se ha dedicado por entero a ejercitar sus cuerdas vocales y en todas partes se oye a damas y caballeros haciendo gorgoritos o entonando canciones de moda.

Las estrellas cinematográficas cuyas voces de contralto o de tenores jamás se habían oído como no fuera dentro de los límites de sus casas, han tomado ahora por asalto a los micrófonos, obteniendo éxitos más o menos halagüeños, según las personas.

Blanches Sweet, conocida actriz del lienzo blanco, ha revelado en "La corista de Hollywood", sus aptitudes de soprano, con tres melodías al estilo Al Jolson. Billie Dove, que aparte de ser conocida como una de las chicas más bellas del cinematógrafo quiere también que se le conozca por sus cualidades de cantante, ha tomado un profesor de canto para ponerse a tono con las exigencias del momento.

También han demostrado buenas condiciones para el canto Mary Duncan, Bebe Daniels, Renée Adorée y Thelma Thood.

UTILIZACION DEL ECO

Tom Geraghty, uno de los tantos miles de "extras" que andan rondando las puertas de los "studios" para pescarse un vale por los reglamentarios 7.50, acaba de descubrir entre las deformaciones raras de la montaña Verdugo, en Hollywood, un cañadón que permite tomar pruebas fonéticas, sin que sea necesario la intervención de ningún aparato mecánico. Infinidad de "extras" y actores van ahora al lugar descubierto, a leer sus partes y diálogos seguros de que a los pocos segundos el eco se encargará de hacerles notar las dificultades fonéticas.

El veterano Geraghty cobra a



En Milán la más activa de las modernas ciudades italianas, la vida social es exigente. Elegantes mujeres de la aristocracia, estrellas del celebrado teatro "La Scala", cantantes y actrices famosas, constituyen la distinguida clientela de Carlos Eugenio. La Casa Eugenio en el Corso Vittorio Emanuele, es el más conocido instituto de belleza de Milán.

"Un masaje de "dos minutos", dos veces por día, con esta maravillosa espuma

es mi primer paso en cada uno de mis tratamientos de belleza",

dice EUGENIO

de Milán

Consejero de belleza de la más distinguidas aristócratas de Italia.

"Bajo las condiciones actuales de la vida moderna es peligroso dejar el cuidado del cutis sólo a la naturaleza", piensa Eugenio de Milán. Este moderno artista de la belleza es consultado por las más distinguidas mujeres de Milán. Viajeros de todo el mundo visitan también su salón. Según declara él a todos sus clientes, el primer paso hacia la belleza es la higiene perfecta del cutis, lograda con el uso dos veces al día de Jabón Palmolive. "Aparte del extraordinario poder de limpieza del Palmolive", agrega Eugenio, "sus emolientes aceites tienen un valor definitivo en la restauración de la salud del cutis."

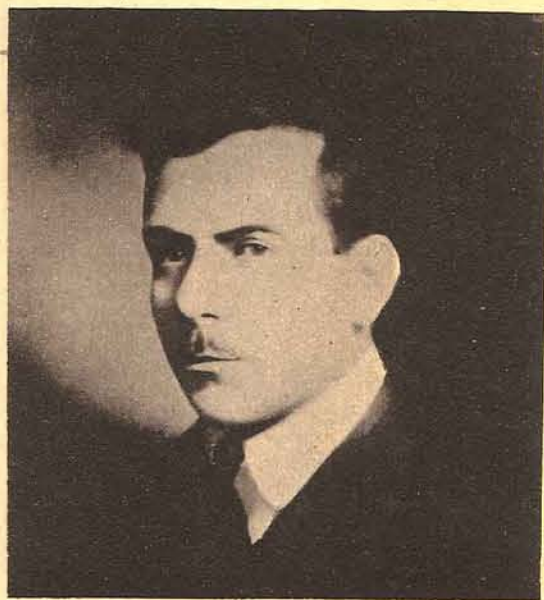
Los más prominentes expertos italianos concuerdan

Dondequiera que usted vaya en Italia encontrará esta opinión confirmada por los mejores especialistas. Desde Palermo en el sud, hasta Venecia en el norte, los especialistas italianos en belleza están unánimemente de acuerdo en este simple método de "dos minutos": con ambas manos empapadas en la espuma del jabón Palmolive, masajear bien el cutis hasta que penetre en los poros. Lávese luego las impurezas extraídas de los poros, primero con agua caliente y después con fría. ¡Tan fácil de hacer y tan efectivo!

Para el baño también

Desde que el Palmolive no cuesta más que los jabones ordinarios, millones de personas lo usan también para el baño.

Usted se deleitará con su refrescante efecto. Más de 16.000 expertos en belleza de toda América concuerdan con los especialistas de Italia sobre la superioridad del Palmolive. Compre una pastilla y vea por qué. Colgate Palmolive Peet Lda. S. A. Ind., Buenos Aires.



"El primer paso en cada buen tratamiento de belleza que yo he realizado, ha sido conseguir la más completa limpieza del cutis. Una lavada superficial no es bastante. El más simple y el más efectivo, según mi experiencia, es el uso constante del jabón Palmolive y agua pura."

Eugenio



El jabón Palmolive jamás se vende desenvuelto

35
centavos
la pastilla

3 pastillas por \$ 1.

JABON PALMOLIVE

EL TRAJE SENCILLO

Por SYLVESTRE DORIAN

La preocupación del momento en el mundo de la moda parisiense es la "petite robe", el traje de todo andar, en lana o en seda, que se usa para todo lo que no exija un traje de vestir. Es el vestido práctico por excelencia; su línea sigue la nueva silueta: talle alto y falda más larga. Los creadores hábilmente los varían de maneras con otros tantos detalles nuevos.

Los más importantes por el momento son los de lana suave, que se llevan debajo del tapado sencillo y pueden usarse sin tapado. Para estos modelos la sencillez prevalece sobre todo lo demás, y esta sencillez constituye su elegancia.

Este factor importante debe tenerse en cuenta especialmente por la modista casera que desea que su traje tenga el "allure" de los modelos parisienses.

Los ruedos de estos vestidos son regulares y relativamente cortos, quedando a unos diez y ocho centímetros debajo de la rodilla, según la figura y la estatura; su mayor distinción depende de la perfección de los detalles. Muy a menudo llevan tablas, y esas piezas tan hábilmente incrustadas, que los modistas llaman "decoupe", demuestran verdadero ingenio en su colocación.

Las telas preferidas son los jerseys y sus derivados, crepe-lla y un tejido nuevo muy suave y flexible llamado "cybelia". Nicole Groult tiene un elegantísimo modelo en esta tela en un tono bordeaux con una hebra blanca que la atraviesa irregularmente. Abrocha a la izquierda con grandes botones y la línea del talle se subraya con un cinturón ancho en cuero del mismo tono. Un detalle muy "recherche" es una franja incrustada en horizontal colocada debajo de las caderas y cruzada en la blusa.

Madeleine, que proporcionó uno de los acontecimientos del año con la apertura de su casa en 1929, exhibe un vestido en paño azul cortado algo en forma con un hábil "decoupe", que señala el talle, cuello volcado y corbata larga doble en terciopelo imprimé. Una franja angosta del mismo terciopelo termina la manga. Para un traje intermedio, ni muy sencillo ni demasiado "habillé", nada queda mejor, como no sea otro de la misma casa, muy distinto, sin embargo. Es un modelo dos piezas, sumamente nuevo y original. La falda es en kasha grege y negro con tabloncillos sencillos invertidos a un costado. La originalidad está en la blusa: en djerse negro con mangas y cuerpo ajustado. Un cuello echarpe cae como jabot adelante, abrochándose con pequeños botones. Una pieza incrustada en diagonal forma la parte inferior de la blusa, abrochándose hasta el cinturón angosto. Un tapado tres cuartos en la misma tela completa el conjunto.

La casa Martial y Armand tiene la especialidad de los detalles; madame Vallet ha preparado algunas creaciones muy ingeniosas con tableados. Ha colocado un jabot ancho sobre un vestido en popeline verde, tan ancho que cubre casi la delantera de la blusa, en tres tonos: verde pálido, obscuro y blanco, plissé muy fino, repitiendo el mismo plissé en los puños.

Premet tiene un traje en alpaca blanco y negro con capa chica, con borde plissé. Patou pone una flor en cuero beige claro y obscuro para alegrar un traje tejido marrón a rayas a lo largo en la blusa y cruzadas en la falda.

DIBUJOS DE
PIERRE FOSSEY

1: Vestido de Premet, en crêpe de Chine color granada.—2: Vestido en shantung blanco marfil con cinturón blanco y marrón; echarpe marfil a rayas marrones

NOVEDADES DE PARIS

Por EVA A. TINGEY

CON los grandes cambios de la moda en los trajes coinciden cambios correspondientes en la ropa interior. Siempre se usa el crêpe lingerie, pero se ven más encajes verdaderos. Los corsés en satén y caucho son más altos y unidos a brassieres, corpiños en satén grueso, en tul o en encaje; éstos pueden usarse separados también.

Sobre la faja o corsé se usan calzones en satén o crêpe y combinación o viso igual o haciendo juego con el traje; generalmente se llevan en color rosa con encaje ocre.

Doeuillet-Doucet tiene un modelo de camión en satén rosa con georgette plissé, terminando la línea del cuello redonda con un volado plissé; otro en crêpe de Chine tiene incrustadas minúsculas hojas en encaje.

Martial y Armand exhiben un modelo muy "reussi" en satén blanco con cuello en V en encaje beige terminado con un moño; en otro modelo, una religiosa o canesú de encaje tiene un moño en satén. En esta casa se han creado también modelos de ropa interior en georgette beige.

Lelong exhibe ropa en satén, georgette y chiffon adornada principalmente con "fils tirés" y bordados; el rosa suele incrustarse muy frecuentemente con celeste. Tiene preciosos saquitos haciendo juego con los camiones. Estos suelen tener cinturones angostos.

Worth tiene un camión muy original cortado como si fuera un vestido, con línea de talle normal, ajustado en las caderas y ruedo en forma.

Los batones o "robes d'intérieur" son en georgette con flores en relieve en terciopelo o en satén matelassé o bordado, a veces adornados con cisne o grandes volados en encaje que llegan hasta la cadera, donde abrochan.

Worth emplea encaje verdadero para la ropa de casa. Los manteles tienen cuadrados con vainillas y centros de encaje de Venecia. Tiene también minúsculas servilletas oblongas bordadas en una esquina, para cocktails. Los últimos pañuelos tienen trabajos en "fils tirés" o linón de color sólo en dos de sus lados.

Redfern compone juegos para cama en imprimé bordados sobre algunos de los colores.



Modelo de traje sastre de Doeulillet Doucet, en lana azul marino

LA SILUETA DE 1930 ES
MUY FEMENINA

Por HENRI PARIS

Al presentar mis modelos llamé la atención de mis clientes sobre algunos de los factores que entraron en su creación. En primer lugar, el traje tiene una estrecha relación psicológica con la época en que se usa. Esto se comprende fácilmente si se piensa en la historia del traje a través de las edades.

Tómese, por ejemplo, la época anterior a la Revolución Francesa, que fué de gran artificialidad y formalidad, y este espíritu se reflejó en el traje, pues sólo en una civilización semejante podían aparecer las pelucas empolvadas, las faldas voluminosas de sedas y satenes magníficos, los encajes y los mil detalles exquisitos. Véase si no lo que sucedió en nuestro tiempo. A raíz de la guerra, las varias actividades desempeñadas por la mujer le hicieron incómodos los trajes de siempre. La actividad y la energía y un cierto espíritu ascético entraron en mucho, y la moda de ese tiempo se simplificó hasta la falta absoluta de adornos y de complicaciones. Los vestidos dejaron de ser objetos de belleza para ser sólo de utilidad.

Han pasado algunos años y ya la reacción se hace sentir. El mundo se vuelve a los encantos y a la gracia que había dejado con entusiasmo. He aquí el móvil sobre el cual he basado mis creaciones. Considero que el cuerpo es un objeto de belleza y trato de realzarla siguiendo sus líneas naturales: sus curvas, el talle normal, sus líneas finas y alargadas.

La silueta de 1930 ha perdido esa falta de forma suelta a que nos habíamos acostumbrado. El vestido moldea el cuerpo, pero sin darle dureza ni incomodidad. Debe ser suave y flexible, pues cualquier ajuste da la sensación de incomodidad y dureza. Es porque este efecto es muy difícil; además, debe tenerse una ropa interior que sea lo más perfecta posible. Hay que prestarle una atención preferente, pues si su corte no fuera perfecto se malograría el efecto. El corsé nuevo no tiene mucho que ver con el antiguo. En seda, en encaje y en elástico, sólo preserva las curvas naturales del cuerpo.

3: Vestido en lana color arena con nervures.—4: Vestido en toile rosa con vivos más oscuros

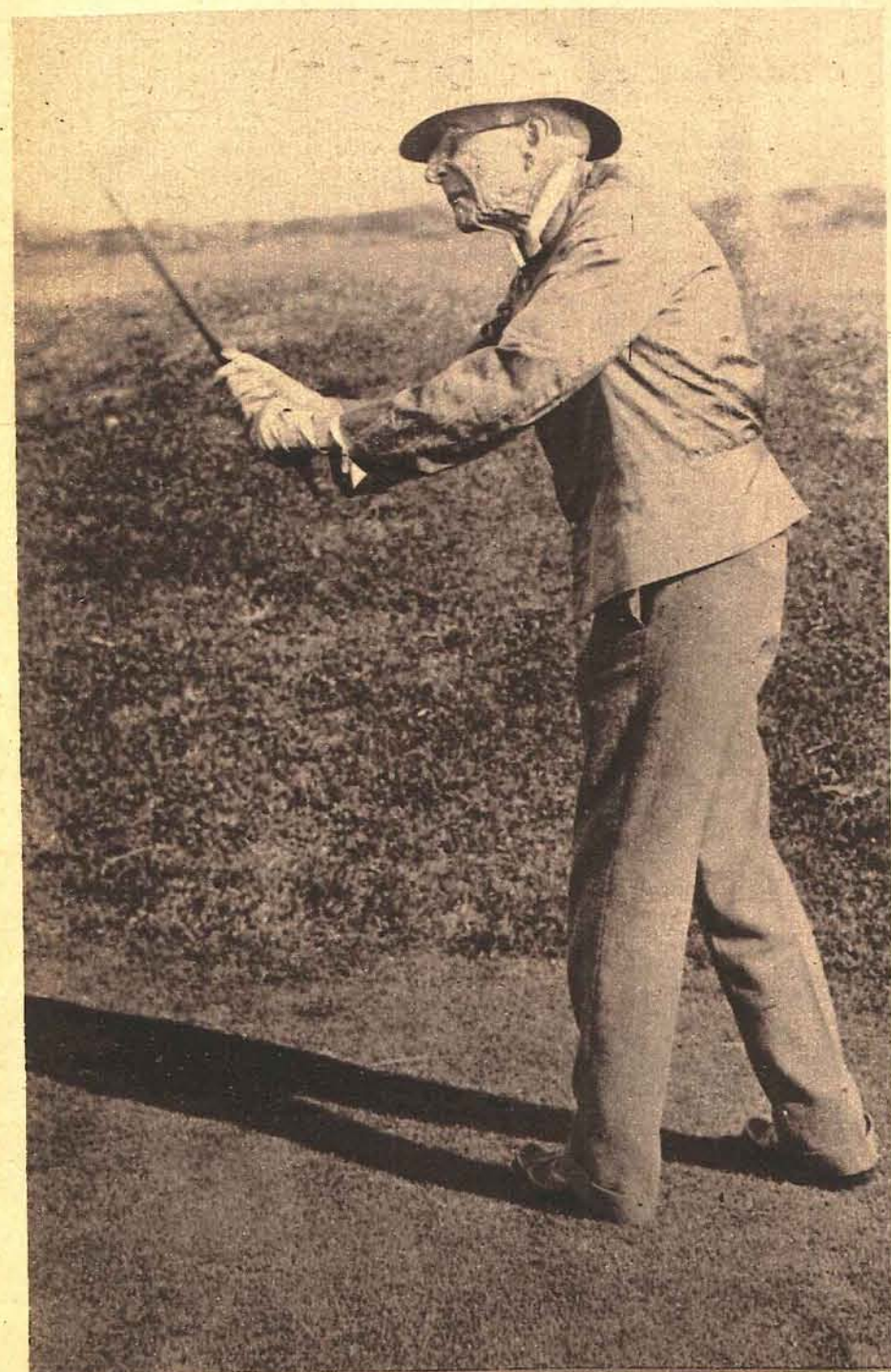


Vestido de tarde de Henri Paris, en crêpe satén negro bordado en cuentas negras



SPORT EXTRAÑERO

Estas jóvenes atletas norteamericanas gustan de practicar los sports que ofrezcan notas de emoción. Al efecto se aprestan a intentar una expedición a través de la "Cueva de la desgracia", río subterráneo que se prolonga en una extensión de una milla a través de las montañas rocosas de Burns, en Oregón



Hermoso efecto de luz obtenido en Saint Moritz en el momento en que el sol se escondía detrás de los altos picos de las montañas



El viejo magnate del aceite, John D. Rockefeller, es un entusiasta del golf, sport que practica asiduamente en los links de Ormond Beach, en Florida. En uno de los últimos campeonatos para veteranos, Rockefeller tuvo la satisfacción de obtener el título de "campeón mundial"



Estos pequeños atletas, hijos del famoso Helmuth, de Alemania, demuestran desde pequeños sus aficiones deportivas. El mayor de ambos, que cuenta sólo 8 años, puede levantar fácilmente con una mano pesas de 25 libras, por lo que es fácil suponer que ambos habrán de seguir las huellas de su padre



Una Indirecta a Tiempo

No hace mucho él indicó que necesitaba ligas nuevas, y al día siguiente recibió un par de

LIGAS PARIS

No Hay Contacto de Metal Con la Piel
El excelente tacto y buen gusto de las mujeres la hicieron elegir en este caso LIGAS PARIS.

Las LIGAS PARIS de elástico ancho tienen fama por lo cómodas que son. Su gran variedad de colores y diseños satisfacen todos los gustos.

DE VENTA EN TODAS PARTES

Fabricantes: A. STEIN & COMPANY
Chicago, U. S. A. — New York, U. S. A.

Concesionario: Paulino Barrio, Talcahuano 177, Bs. As.





Baden-Baden. Vista desde el viejo castillo



Una vista aérea tomada en los alrededores de Baden-Baden



El viejo castillo de Baden-Baden



TRAS Berlín, con sus millones de habitantes, y tras Munich, que es menos populoso pero que tiene más ambiente artístico y está rodeado por admirables paisajes, uno no puede menos que mencionar a Baden-Baden como una de las ciudades alemanas de mayor renombre, como una de las más conocidas en los círculos internacionales. Y es justo que así sea. En efecto, Baden-Baden es una localidad encantadora en donde, por igual, hallan bienestar quienes tienen sufrimientos corporales y quienes se aquejan de fatigas espirituales; es un lugar agradable desde todo punto de vista, dotado de estupendos panoramas; es un sitio en donde hay, asimismo, gran movimiento civilizador; es cómodo, sano y se amolda tanto a las exigencias de la vida mundana cuanto a los deseos eremiticó-líricos: un centro recreativo en donde no predominan los estiramientos pero en donde hay también elegancia.

En la actualidad Baden-Baden es una ciudad que cuenta con alrededor de treinta mil residentes estables y, por consiguiente, resulta ser una localidad relativamente pequeña. Es un reducido centro oficial para la zona central del gran ducado de Baden. Cuenta con tribunales y buenos colegios, si bien es cierto que en su carácter de "pequeña ciudad" badense sólo tiene una importancia local y regional. Ahora bien; en esa ciudad se encuentra el famoso balneario de Baden-Baden, y a su carácter de centro mundial de balneación le debe una fama que lo coloca a la par de Ostende, Niza o Cannes.

La ciudad propiamente dicha—la vieja población burguesa—se distingue por una hermosa iglesia provincial de estilo gótico-romano. Frente a la iglesia se yergue el admirable y vetusto edificio de la Municipalidad; éste fué en sus orígenes de propiedad de los jesuitas y sólo en tiempos más modernos pasó ese palacio de paredes grises y estilo Renacimiento a servir para menesteres profanos. Además, hay en la parte antigua de Baden algunas construcciones provinciales realmente encantadoras, de estilo Imperio. Y con ello parece agotarse la no-

tabilidad histórico-artística de la pequeña ciudad. Sólo quedaría por mencionar una cosa: el monumental castillo de estilo barroco en donde vivieron los margraves de Baden y ulteriormente los grandes duques. (En los tiempos del gran ducado, Baden-Baden rivalizaba con Karlsruhe (la capital) como residencia de la dinastía).

Pero si bien es cierto que las actividades histórico-artísticas de la parte antigua de Baden-Baden no son, en conjunto, demasiado dignas de alabanza, no lo es menos que su "cachet" estriba en la hermosura de sus paisajes y en los múltiples edificios, instalaciones y propiedades que constituyen el balneario internacional.

Indudablemente, la popularidad del balneario de Baden-Baden data de tiempos muy remotos. Fueron los romanos quienes convirtieron a esa localidad en centro de balneoterapia. Cuando las huestes de Roma ocuparon tierra germánica—y eso ocurrió hace alrededor de dos mil años, como es bien sabido—lo que hoy es territorio badense fué lo primero que quedó al alcance de los colonizadores y emperadores, y Baden-Baden pasó a ser (con el nombre de "Aurelia Aquensis") la fuente termal predilecta del septentrion colonial del Imperio. Fueron los romanos los primeros en llegar a las surgientes termales de los alrededores; y así comienza en época remota la historia de las Termas de Baden, cuyas aguas sirven para tratar con buen éxito el reumatismo.

Entretanto, si el valor terapéutico de los baños siguió siendo reconocido a través de los siglos, en cambio la fama mundial de Baden-Baden y su carácter de balneario internacional datan tan sólo del siglo XIX, que fué cuando adquirieron mayor empuje. En 1850 tuvo Baden-Baden sus momentos luminosos. Harto bien sabido es el significado que esa cifra anuaria tiene en la historia universal. Señala la era de la restauración bonaparteana, la fecha de la ascensión de Napoleón III al trono; señala, en la política internacional británica, la época de dos grandes nombres: Palmerston y Disraeli; señala, para la historia rusa, la era de Nicolás I y de la guerra de Crimea. Esta constelación po-

lítica expresó claramente sus opiniones en el balneario internacional de Baden-Baden. Napoleón III amaba y buscaba esta localidad; y allí, en donde hoy marchan de paseo las estrellas de la cinematografía mundial, a aquél lo vieron nuestros abuelos pasear su famoso bigote y hacer compras vestido con "redingote et chapeau haut-de-forme". Y aun hoy se encuentran en Baden-Baden pequeños cuadros de aquellos días, en los que, por ejemplo, se representa a Napoleón III en el elegante bazar ubicado cerca de las termas, en momentos en que compraba uno de los famosos "relojes de cucú" hechos por artifices de la Selva Negra. Si es cierto que el llamado Segundo Imperio dió mucho "cachet" al bal-

neario de Baden-Baden (cuyo nombre, como es lógico, se debe a las surgientes termales), hay que reconocer, asimismo, que los británicos y los rusos no se quedaban a la zaga con respecto a la Francia napoleónica. En efecto, por aquella época los británicos eran asiduos visitantes del balneario y han seguido siéndolo hasta la fecha, mientras que el contingente de viajeros franceses ha disminuído algún tanto. Y también los rusos acuden con frecuencia desde entonces. Baden-Baden es centro en donde tiene sus devotos la iglesia anglicana; pero también hay una iglesia rumana (la llamada Stourdza-Kirche) y una capilla rusa cuya galana cúpula oriental puede verse raras veces desde algunas localidades próximas al Rin. Para seguir con los recuerdos, diré que también fué Baden-Baden la residencia preferida de uno de los grandes poetas rusos que ya no parece gozar de las simpatías de la presente generación: aun hoy vemos una placa colocada en una modesta casa, por la que se nos recuerda que Ivan Turgenieff vivió y escribió algunas de sus obras en Baden-Baden.

CIUDADES
ALEMANAS
**BADEN-
BADEN**
POR
WILHELM
HAUSENSTEIN
(Para LA NACION)
MUNICH, enero de 1930.

Este extraordinario "cachet" histórico del famoso balneario internacional, ese "cachet" que comenzó en el siglo XIX, vió disminuída algún tanto su significación, como es lógico suponerlo, durante los años de la conflagración mundial; pero quien tenga nervios siente aún hoy cómo tiene Baden-Baden el sello de la era de Napoleón III y de sus contemporáneos británicos, rusos y alemanes. Quien tenga capacidad de

percepción será capaz de seguir hasta la fecha las huellas y la acción de aquel período que para Baden-Baden fué típicamente clásico. Yo mismo he experimentado en mi primera juventud, allá por el 80, los reflejos de aquella época: ¡cuántas veces vi al príncipe ruso Mentschikoff que pasaba silbando en su troika por las calles y bulevares de Baden-Baden! El príncipe iba recostado, con aspecto solemne, cual el señor de antiguo estilo que era; sobre el collar de los tres caballos sonaban los cascabeles y en el pescante tocaba una larga trompeta el lacayo del príncipe.

Claro está que ya no existe este Baden-Baden; es que tampoco estamos en la época en que vivieron figuras semejantes. Pero subsiste siempre el carácter internacional de Baden-Baden, y por sus proporciones actuales, por las leyes de la vida social, cabe decir que el cambio es mínimo. Todavía vemos cómo las carreras de Iffezheim, cerca de Baden-Baden, constituyen uno de los grandes acontecimientos europeos, en los que se reúne la "crème" social del hemisferio occidental. Todavía se dirige a Baden-Baden todo aquel que puede. Y a los huéspedes procedentes de la vieja Europa se suman también los que vienen de ese continente que nosotros llamamos "nuevo", los huéspedes americanos. Los anglo-americanos de los Estados Unidos son numerosísimos, pero también los latinoamericanos están representados por un círculo de elegantes huéspedes. Señoras y señoritas sudamericanas de extraordinaria y cuidada hermosura añaden por doquier una nota nueva y encantadora en el "bouquet" internacional de este centro balneario.

Como es natural, determinados elementos de la ciudad son estables. En el suelo brotan nada menos que veinte fuentes termales cuyas aguas son captadas con fines balneoterápicos y para ser bebidas, las cuales pertenecen, en parte, al Estado y en parte a los grandes hoteles. Dichas fuentes, con una temperatura natural que llega hasta setenta grados (Celsius), conservan en la actualidad su potencialidad curativa en idéntico grado que hace dos mil años. El paisaje es de una belleza indiscutible. La ciudad se halla ubicada entre

las primeras colinas de la región septentrional de la Selva Negra, cuya altura alcanza hasta mil metros. El conjunto de montañas forma una selva maravillosa y perfumada, densamente poblada de abetos; más aun, está surcada por cómodos senderos y caminos para el tráfico automovilista que llegan hasta las cumbres. La famosa arte de jardinería de Baden-Baden no sólo da a los jardines públicos y privados un aspecto asaz natural, sino que contribuye en alto grado a embellecer todo el paisaje. La comodidad de los hoteles ha evolucionado paralelamente a la marcha del tiempo, y en la actualidad llega al más alto "standard". Baden-Baden tiene un desarrollo colosal como ciudad de villas y jardines. El invierno es relativamente suave para la región cisalpina de Europa; la primavera tiene una grandeza floral que casi coloca a la comarca al nivel de las zonas tropicales; el otoño es perfectamente tolerable desde el doble punto de vista del clima y del paisaje. Los alrededores y las comarcas, algún tanto más alejadas, brindan mil y una ocasiones para encontrar solaz a todos aquellos que no sólo quieren dedicarse a los entretenimientos del teatro, de la música o de la vida social típica de los balnearios medicinales: la vecina ciudad de Karlsruhe parecería pedir que la visiten; el exquisito Friburgo—ubicado en la parte central de la Selva Negra—tampoco se halla muy lejos; en la vecindad inmediata de Baden-Baden se encuentra el castillo Favorite, de estilo barroco; sin molestia alguna cruza uno la próxima frontera renana para pasar a Estrasburgo y Alsacia, que ahora son tierra de Francia; y hasta el mismo París se encuentra tan sólo a unas siete u ocho horas de viaje en tren rápido...

Los paseos típicamente rurales son fácilmente realizables; y quien guste de probar buenos vinos y quiera paladear los de la comarca, encontrará sobradas oportunidades en todos los alrededores de Baden-Baden. Porque el centro balneario está ubicado en la proximidad de la región vinífera de Baden, que todavía no ha sido apreciada en todo su valor.

Por último, también Heidelberg está cerca... pero a esta localidad le dedicamos ya un artículo aparte.

El sanatorio de Baden-Baden

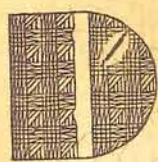


Vista de la ciudad desde una eminencia



EL CAPITAN DE LOS SIETE MARES

POR EL CAPITAN
JOHN THOMAS RANDELL



El inmediato ordenó que fuera izado a bordo, y después de levantar una exposición se le dió piadosa sepultura en el mar. Naturalmente, se trataba de una persona asesinada a bordo del "schooner" próximo. En efecto, cuando éste levó anclas, pasando al lado del Hazel Myra, el capitán Paul Myra interrogó a los hombres que dirigían la embarcación acerca de quién había sido el hombre asesinado a bordo de su buque. Los citados enmudecieron primero, y luego ofrecieron a Paul la suma de 1000 dólares si se callaba. Pero mi amigo les repuso que pondría la cuestión en conocimiento de las autoridades.

Entonces la cosa cambió de aspecto. La oferta se trocó en amenaza y los criminales le advirtieron que en el caso de que los delatara su banda sabría vengarse en él.

Como entre los contrabandistas de alcohol las amenazas no dejaban de cumplirse por regla general, el capitán Myra prefirió no hacer la denuncia para no correr el riesgo de ser atacado de improviso.

El invierno transcurrió así. Todos los meses una persona llegaba hasta nuestro barco en una lancha trayéndome una boleta de depósito de un banco determinado. Yo guardé esos documentos con el mayor cuidado. Descargamos el resto de nuestro cargamento y regresamos a Halifax, Nueva Escocia.

Y cuando llegué comprobé que todas aquellas boletas de depósito eran falsas. Aquellos canallas cuando supieron que les había hecho fracasar un robo de alcohol en St. John, de Terranova, no tuvieron la menor intención de pagarme un solo centavo. Mi indignación no tuvo límites, y de buena gana hubiera liquidado a todos ellos de otros tantos tiros, pero me contuve.

Me trasladé entonces a Nueva York.

Allí supe que un individuo, a quien se conocía con el mote de Kid Hebillá, se hallaba a punto de cerrar un gran negocio con aquellos canallas. Le conté todo lo que me habían hecho, y el negocio fracasó.

—Eso me basta—me dijo Kid Hebillá—, no entro en negocios con esos puercos.

Kid Hebillá había obtenido este apodo por el artículo, que constituía el orgullo de su vida. Era en aquellos tiempos uno de los comerciantes más fuertes de alcohol en Nueva York, y por sus manos pasaban entre cinco y diez mil cajones de bebidas por mes. Era lógico, pues, que pensara en gastar su dinero en alguna cosa, para convencerse a sí mismo de que era rico.

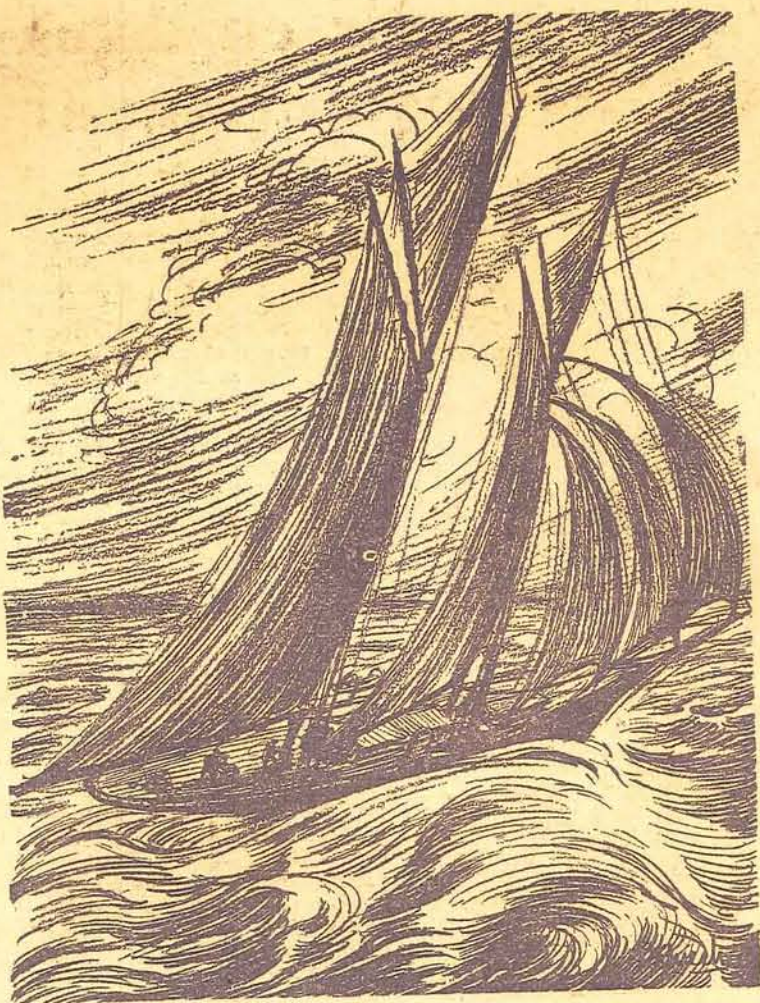
Por eso encargó a un famoso joyero la confección de una hebilla para su cinturón, que era una placa de platino de tamaño excepcional, llevando su monograma en diamantes, de las cuales ninguno costaba menos de mil dólares.

Dos días después de haber visitado a Kid Hebillá, vino a verme un sujeto, conocido en Broadway por el mote de Mike.

—Randell—me dijo—le voy a dar un consejo. Cuando arruinó usted el negocio del sindicato en aquel cargamento del Dieuze, por el que le hicieron trabajar gratuitamente todo el invierno, ello sólo fué el comienzo. Ahora les ha hecho usted fracasar su negocio con Kid Hebillá, y puedo asegurarle que han resuelto vengarse de usted enérgicamente. Por lo tanto, lo mejor que puede usted hacer es mandarse a mudar lo antes posible.

—El que se va a mandar a mudar en seguida va a ser usted—le contesté—, vaya usted de nuevo hasta quienes lo enviaron y dígales que llevo un revólver encima y que estoy dispuesto a usarlo en cualquiera de los canallas que quieran echarme sobre el lomo.

Mike se fué no sin antes recomendarme que no quedara en



...pero puedo asegurar que el "schooner" no hacía menos de 20 nudos por hora...

Nueva York. Sin embargo, quedé allí aun más de un mes, sin que nadie me molestara.

Pensé en dedicarme nuevamente a mi mina de yeso; pero era el caso que todos los contrabandistas de Nueva York conocían mis actividades anteriores y todos sabían que podían confiar en mí. Todos los locales clandestinos estaban abiertos para mí. Difícil que nadie conocía mejor Nueva York en aquellos días que yo.

Por otra parte, en aquella época eran muchas las embarcaciones que cambiaban diariamente de propietario, por lo que decidí emprender el negocio de la compra y venta de buques, ganando en cada una de esas operaciones alguna buena comisión.

En esos días supe que el Madeline D., mi viejo "schooner", estaba nuevamente en venta. Amaba a ese barco como un niño. Había ganado mi corazón por ser el "schooner" más veloz que surcaba las aguas en aquellos tiempos.

Era en diciembre de 1926. Había ido a un gran restaurante, donde sabía que podría tomar una buena copa de whisky con soda. El solo hecho de entrar en ese local significaba que regresaba a las actividades de contrabandista de alcohol. En efecto, durante la comida, un hombre se acercó a mi mesa y se presentó. Su nombre me era familiar. A su vez, me presentó a dos amigos.

—Estamos buscando un buen "schooner" para llevar alcohol—me dijo el hombre—¿conoce usted alguno por Nueva Escocia?

—No es necesario ir a buscarlo allí—les dije—pues hay uno muy bueno en Nueva York.

Nos trasladamos a la Isla de los Estados, donde se hallaba anclado el Madeline D. y lo inspeccionamos. El barco les gustó y lo pagaron dentro de las 24 horas. Yo fui citado a su escritorio, para cobrar mi comisión por el negocio.

—Además—me dijeron cuando concurrí a su oficina—nos gustaría contratarlo a usted como capitán de ese barco, con quinientos dólares de sueldo y una comisión semestral.

Después de tomar las medidas del caso, para evitar de poder ser estafado nuevamente, acepté el cargo, recibiendo entonces las instrucciones correspondientes.

Hemos comprado un cargamento de alcohol en San Juan de Terranova, me dijo el dirigente de la nueva sociedad; usted deberá ir lo antes posible a buscarlo y volver después a la Línea de Alcohol. Nosotros haremos el trabajo aquí en Nueva York.

—La estación está demasia-

do adelantada para efectuar un viaje a Terranova en un barco de ese tipo—les contesté.—Tendremos que afrontar un tiempo malísimo, sin contar con que posiblemente quedaríamos aprisionados entre los hielos.

Pero fué inútil discutir con aquellos hombres, porque noté la menor idea de lo que era la navegación, y, en consecuencia, no me quedó otro recurso que emprender el viaje a San Juan de Terranova a fines de diciembre. El motor del "schooner" apenas si funcionaba. Sólo me consolaba la idea de tener a bordo una tripulación buena, compuesta por entero de marinos avezados.

Durante los dos primeros días, el tiempo fué excelente; pero después aumentó el viento, obligándonos a sacar casi todo el velamen. No sé a ciencia cierta qué velocidad alcanzamos en ese tiempo, pero puedo asegurar que el "schooner" no hacía menos de 20 nudos por hora, impulsado por el fuerte viento huracanado.

Para mejor, el frío comenzó a hacerse intenso y todo el barco fué cubriéndose de hielo. Eso constituía una seria dificultad.

Di orden de arriar el trinquete.

Los marineros corrieron a cumplir la orden, pero las drizas estaban completamente cubiertas de hielo. Tuvimos que efectuar esfuerzos titánicos para bajar aquella vela, y, justamente en el momento en que ya estaba abajo, se rompió. Se trataba de una vela que no había sido usada antes; pero seguramente tendría alguna parte delicada y por allí se rompió.

Conservando tan solo las velas de tormenta, el Madeline D. se deslizaba sobre el agua como un pato.

La temperatura había descendido aún más y llegaba a cero grados. El hielo lo cubría todo. No quedaba, pues, otro recurso que alcanzar la corriente del Golfo para salvar nuestras vidas.

Felizmente no distaba mucho la corriente del agua templada y poco tiempo después ya no había hielo a bordo. Pero nuestra situación no debía mejorarse. En efecto, poco después me anunciaron que había dos pies de agua en la bodega. Ello se explicaba teniendo en cuenta que el barco hacia agua a través de las juntas del casco. Era, pues, necesario llegar hasta las Bermudas. Comprendí que la situación se tornaba grave.

Los hombres fueron colocados en las bombas, para achicar el agua y en esa posición durante 24 horas, en que con-

ANDANZAS POR EL MAR

ILUSTRACION DE
PEDRO DELUCCHI

tinuó el fuerte viento. Después comenzó la calma y permanecimos algún tiempo sin adelantar. Aprovechamos ese tiempo para arreglar el trinquete y lo colocamos nuevamente. Poco después un vapor apareció en el horizonte, acercándose a nosotros. Cuando se hallaba a una distancia relativamente corta, nos preguntaron desde a bordo si necesitábamos auxilios. Di orden de contestar negativamente y el vapor siguió su ruta. Poco después una sudestada comenzó a soplar nuevamente, y a las tres de la tarde del día siguiente nos hallamos tan sólo a una distancia de 10 millas de St. Davids, en las Bermudas. Un remolcador vino a nuestro encuentro y nos llevó hasta el puerto.

Mi tripulación estaba agotada. Durante varios días las bombas no habían dejado de funcionar ni por un minuto. De allí fuimos remolcados hasta Hamilton, donde existía un dique seco. Comunicué lo ocurrido cablegráficamente a los propietarios del "schooner", los que me autorizaron a efectuar las reparaciones necesarias, las que duraron seis semanas. Una vez concluida esa operación recibí instrucciones de cargar 2500 cajones de whisky en las mismas Bermudas y dirigirme hacia el Norte, para vender dicho cargamento en la Línea de Alcohol, frente a Atlantic City.

El viaje se realizó sin incidentes. Llegados al punto indicado, vendimos 500 cajones al precio de cincuenta dólares cada uno, sin el menor tropiezo. Pero la suerte no debía durar.

Los buques del Servicio de Guardacostas de los Estados Unidos aumentaron su actividad y repetidas veces nos obligaron a alejarnos de la costa. Además, sus persecuciones tuvieron como consecuencia, que las lanchas particulares, que venían a buscar las bebidas, resolvieron cesar sus operaciones, esperando momentos de menor peligro.

Durante varios días reinó una inactividad completa. Además, el agua y las provisiones comenzaron a escasear. Ello nos obligaba a regresar nuevamente a las Bermudas. Ninguna embarcación se atrevería a abastecernos allí. Por otra parte, era imposible acercarse a la costa, pues hubiéramos caído en manos de los guardianes de la Prohibición.

Resolvimos, pues, regresar a las Bermudas y tomamos rumbo al Cabo Hatteras.

En eso, una mañana, alrededor de las ocho, se nos acercó el guardacostas Menhasset.

—¿De dónde vienen y a dónde van?—me preguntó el comandante de la nave a través del megáfono.

—Venimos del Norte y nos dirigimos al Sur—le contesté en la misma forma.

—Bueno, ya que lo toman ustedes a broma, les acompañaremos—nos contestó el oficial

de la armada norteamericana.

—¿Tiene usted mucho carbón a bordo?—le pregunté.

—Sí. ¿Por qué?

—Porque lo van a necesitar—le contesté riendo—tenga en cuenta que este barco camina...

—Eso lo veremos—me respondió.

A propósito—le grité— andamos escasos de agua, ¿me cambia usted veinte galones de agua por otros tantos de whisky?

—No—me contestó secamente.

Entonces no tendrá usted inconveniente en que tomemos la delantera, cuando se haga más fuerte el viento; porque queremos llegar a algún lugar en que haya agua dulce.

No le será tan fácil escaparse de nosotros—me contestó— porque estamos dispuestos a seguirle a donde vaya.

Así terminó la conversación. El viento era escaso y sólo recorriamos cuatro millas por hora, de modo que el guardacostas nos podía seguir con facilidad; pero poco después el viento se tornó más fuerte y nuestra velocidad fué aumentando a diez y después a diez y seis millas por hora. El guardacostas sólo hacía doce millas, de modo que a las dos de la tarde, lo perdimos de vista. No sé lo que su comandante habrá pensado de nosotros.

Tomé rumbo hacia las Bahamas; pero el viento cambió y no me quedó otro recurso que acercarme a la costa de Florida. Ya no nos quedaba casi agua a bordo. Es cierto que teníamos 2000 cajones de whisky; pero con ellos no era posible apagar la sed.

Nos detuvimos a una distancia de 12 millas de la costa de Florida, echando anclas para evitar de acercarnos más y entrar en las aguas territoriales de los Estados Unidos.

Poco después, un vapor se acercó a nosotros. Era un barco japonés del tipo de los "Maru", perteneciente a la Osaka Shosen Kaisha. Por señales le ofrecí en cambio un cajón de whisky por un barril con agua y cincuenta libras de arroz. Cerramos el negocio. Pero no teníamos nada para acompañar con el arroz y algunos días más tarde, todos estábamos cansados de la dieta oriental.

Entonces se acercó un vapor norteamericano. Puse las banderas de auxilio. El vapor se acercó. Le pregunté al capitán si estaba dispuesto a cambiar provisiones por whisky.

—Le voy a dar las provisiones, pero no quiero whisky—me contestó.

En efecto, impartió instrucciones para que nos fueran entregados algunos alimentos; pero apenas había desaparecido de la cubierta, cuando el jefe de máquinas y el mayordomo de a bordo nos echaron una línea, izando a bordo el cajón de whisky, que habíamos ofrecido.

Poco después, el viento cambió nuevamente y pudimos trasladarnos hasta Settlement Point, en las Bahamas. Entramos en el puerto, de arribada forzosa.

(Continuad)

¿ESTA USTED HERNIADO?



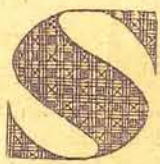
Si Ud. está herniado es seguro que habrá usado bragueros y fajas más o menos cómodas, e infinidad de otros métodos para curar la hernia, pero sin resultado; es también muy posible que habrá sido OPERADO una o más veces sin conseguir la cura deseada. Por tales motivos debe Ud. desear esos VIEJOS SISTEMAS que ya no sirven para nada.

Todas las hernias (quebraduras), se reducen radicalmente reteniéndolas en forma suave y cómoda y endureciendo el tejido muscular al propio tiempo. Este método ha producido cientos y cientos de curaciones en todas clases y en brevísimo tiempo, y puedo darle inmejorables referencias de personas respetables y bien conocidas que han sanado con su aplicación sin sufrir ninguna molestia.

No importa que su hernia sea muy antigua y voluminosa. Este método ha sanado hernias de más de 40 años y de un tamaño enorme.

Escríbame sin demora, y a vuelta de correo recibirá gratis un precioso folleto que regalo a todos los herniados, explicando el método único que necesita para sanar la hernia en el hogar.

Pídale ahora mismo, a **S. MORASSUT (ESPECIALISTA)**
SARMIENTO 1584 **ROSARIO (Argentina)**



SEGURAMENTE que las tiendas de la calle Florida atraen en estos momentos a las señoras y señoritas de Buenos Aires de la misma manera que las vidrieras de la Quinta Avenida en Nueva York nos atraen en la actualidad.

Los vestidos amplios y largos, que barren el suelo con sus pliegues; los zapatos cuyas puntas asoman modestamente; las líneas bien definidas de la cintura, no se habían visto aquí desde la época en que nuestras madres eran jóvenes, en las postrimerías del siglo pasado. Los miramos fascinados, y al mismo tiempo horrorizados. Algunas de nosotras los compramos; otras nos detenemos vacilantes, y otras les volvemos desdeñosamente la espalda.

Porque, en resumidas cuentas, las que hemos sido juvenitas independientes y libres de cuidado, ¿deseamos, acaso, ser damas, vale decir, damas tales como eran nuestras madres cuando los carruajes marchaban con moderación a lo largo de la Avenida? Les tenemos cierto recelo a las polleras largas. Hemos oído el antiguo refrán: "La ropa hace a la dama". Y... francamente, no estamos seguras de querer ser damas... es decir, damas en la antigua acepción de la palabra. Porque las damas del tiempo de nuestras madres no podían jugar al golf; ninguna de ellas habría soñado en pilotar un aeroplano (si los hubiera habido en aquellos tiempos), ni menos aun en dejarse caer de uno de ellos con paracaídas, como lo acaba de hacer una recién casada con su esposo. ¿Cómo habría podido una dama del siglo XIX hacer durante su luna de miel una gira aérea sobre Centro y Sud América como lo hizo hace poco la señora de Charles Lindbergh? ¿Qué hubiera hecho de

¿Podrá el traje convertir en dama a la "flapper" norteamericana?

sus voluminosas polleras al manejar su máquina cinematográfica? Pues la señora de Lindbergh fué fotógrafa oficial durante la jira que ella y su esposo, en compañía de un científico, realizaron sobre las regiones casi desconocidas de Yucatán.

Sin embargo, es indudable que la nueva moda se ha adoptado hasta cierto punto en Nueva York. La "flapper" de polleras cortas y rodillas sedosas constituye todavía un espectáculo común durante el día, pero si se trata de encontrarla de noche, la búsqueda resultará vana. La joven que hallamos en la mayor parte de los espectáculos nocturnos en nada se asemeja a la "flapper"; sus polleras descienden graciosamente hasta los pies o arrastran su cola brillante por la alfombra. Tiene un cierto encanto en sus modales y sabe cruzar un salón sin tropezar con las pieles extendidas en el suelo, y sin echar a correr.

La verdad es que nos estaba cansando un tanto la "flapper" en sus aspectos más exagerados. Habiase tornado vieja y cansadora; poseía una voz demasiado chillona y sus travesuras aburrían. No obstante, como acabamos de decir, su sucesora no ha logrado una victoria indisputada. La oposición no procede tan sólo de las "flappers", que sostienen su derecho a seguir siéndolo, sino de las abuelas, cuyas líneas desafían toda tentativa de reparación. Hay otras mujeres que presentan razones más graves... mujeres que antaño lucharon por la abolición del corsé y de las polleras largas por perjudiciales a la salud. Estas mujeres ven en la ropa otros aspectos, además del de



La "flapper" neoyorquina — "Miss 1930" — vista por uno de sus mejores intérpretes, el dibujante norteamericano John Held (junior)

servir para cubrir el cuerpo con continuas variantes, de acuerdo a un capricho fugaz. Dicen que el traje ejerce una influencia muy notable sobre la manera de pensar y obrar.

Josephine Crowder

(Para LA NACION)

NEUE YORK, enero de 1930.

Lucharon por la reforma en los trajes, cuando las polleras que barrían el suelo no eran sólo un disfraz divertido (como ocurre ahora con frecuencia), sino un símbolo de esclavitud a la tradición. Combatieron el corsé por considerarlo dañoso a la salud; al mismo tiempo trabajaron en pro del establecimiento de gimnasios en las escuelas de niñas, que tanto han contribuido a transformar a la mujer moderna, "flapper" o señora, en físicamente sana y libre. El corsé, las polleras largas y las líneas de la cintura bien definidas... cosas todas que exige la nueva moda, son enemigas de las mujeres que lucharon por desterrarlas. Son los grillos de que se despojaron tras larga brega, y las que trabajaron contra éstos no están dispuestas a darles la bienvenida ni ven qué razón puede haber para dárseles.

Su protesta se ve apoyada por la poderosa protesta de todo el complicado mecanismo de la vida moderna; protesta voceada por todos lados. "Los nuevos trajes son preciosos de noche, para no hacer nada, pero, ¿cabe concebir lo que sería llevar polleras que envuelven los tobillos durante el día?"

Paris vería con agrado que se usaran a todas horas del día, porque Paris considera todavía que el lugar de la mujer está en el salón o en el "boudoir", fuera de una excursión a la cocina de vez en cuando; pero la mujer norteamericana conduce autos y aeroplanos; se escurre por las calles atestadas de gente; baja y sube de un salto en el taxímetro o en el subterráneo; juega al tennis y al golf, y sabe cuánto más cómodo es

jugar con la menor ropa posible. Está por ver si abandonará esa libertad, y volverá a amoldarse a su modo de ser para que Lyon fabrique más sedas y Worth recobre su antiguo imperio.

Según un periódico neoyorquino, la nueva moda está siendo adoptada o rechazada en los principales colegios de señoritas de los Estados Unidos. Parece que las alumnas de Wellesley ansían un cambio, y han alargado perceptiblemente sus polleras; pero cuando se piensa en las boscosas colinas de Wellesley, donde las alumnas patinan, andan en skis y se divierten durante el invierno, no puede evitarse la pregunta de qué preferirá Wellesley: ¿las polleras o los deportes? El Colegio Radcliffe desdén la nueva moda, salvo cuando sus alumnas van a Harvard a bailar; entonces acatan, a regañadientes, los edictos de la moda.

El Colegio Smith, donde se graduó hace poco la conocida Ana Morrow, esposa de Lindbergh, ha adoptado un término medio. Las polleras largas se verán mucho en té y bailes, pero en el campo de deportes del colegio y en la ciudad se exhibirán las rodillas.

Claro está que es muy aventurado profetizar lo que harán o no harán las mujeres; pero, hasta ahora, la "flapper" norteamericana no se ha rendido. Algunos de sus vestidos recordarán el siglo XIX, pero ella permanece todavía tan moderna como el avión que la lleva a través del continente, y que pronto la conducirá a la América del Sur.

Por eso es que tiene un cierto temor a las polleras largas. No quiere perder su modernismo, y en las nuevas modas el casco de aviadora y el traje de exploradora se codean con la larga cola y los encajes.

Y hasta ahora aquéllos parecen ser los más populares.

LA VUELTA DE LEON DAUDET

(Continuación de la pág. 12)

jero: evitaba referirse en público a los asuntos internos de su país. Eso era tanto más tentador cuanto que eso era lo que más se esperaba de él...

En sus artículos, en sus conferencias no hubo más que de literatura, y aun en este terreno, sin ocultar sus opiniones, sabía eludir los temas demasiado ardientes. Y, en el fondo, el público se lo agradeció. Por otra parte, este marco literario, Daudet se mostró conferencista incomparable, conquistó millares de oyentes. Los que al principio no fueron a sus conferencias más que para ver la "facha" del señor de quien se habla tanto, volvieron para oír al extraordinario despertador de ideas que es este gran polemista.

También se tenía en cuenta su conversación: "Es, sobre todo en la mesa, un conversador chispeante, lleno de anécdotas, de recuerdos, de ocurrencias; sus mejores libros sólo son la exacta reproducción de sus conversaciones. En Bruselas, donde hay más oradores que conversadores, esto causó maravilla. Los círculos más diversos se lo disputaban. Es indudable que ha dejado en Bélgica sólidas amistades, aun entre las personas que, en un principio, recelaban sus violencias de lenguaje y sus ataques partidarios. Gracias a su buen humor, a su buen apetito, a su tacto de desterrado modelo y también, por supuesto, gracias a su talento, este condenado de "derecho común", este proscrito, este conspirador, hizo, por último, en Bélgica, excelente propaganda francesa."

La masa del público francés se mostró algo menos rá-

pida que la de Bélgica en la apreciación de los nuevos florenes que León Daudet acababa de agregar a la corona de su país. La parte más selecta lo comprendió y sintió primero, las eminencias literarias sobre todo, pero no debe creerse que el régimen democrático acuerda a un gran escritor una influencia comparable a la de un financista internacional. Entretanto, nuestros escritores, exaltados por la admiración y el entusiasmo, se decidieron a proceder. Cinco de ellos, pertenecientes a todos los partidos, los señores Daniel Halévy, Roland Dorgelès, Georges Duhamel y los hermanos Tharaud, presentaron a la Sociedad de Gentes de Letras una moción pidiendo que ese centro, que comprende seis mil autores, le pidiera al Sr. Doumergue, presidente de la República, que hiciera por fin uso de su derecho de gracia. M. Doumergue, actuando muy constitucionalmente, transmitió el pedido al consejo de ministros. Pero éste no hizo nada. Eso ocurría la pasada primavera. Los escritores se sorprendieron. Un pequeño número de diarios les hizo eco. Reiteraron el pedido sin obtener ni la atención de una respuesta negativa. Los franceses no están acostumbrados a estos procedimientos. M. Fernand Vanderem comenzó en "Candide" una campaña enérgica contra una falta de cortesía demasiado flagrante. El nuevo presidente de la Sociedad de Gentes de Letras, M. Pierre Benoît, el famoso novelista de "L'Atlantide" y de "Mlle. de la Ferté", repitió la gestión sin obtener siquiera un "no". Pero el Ministerio cayó. Benoît se dirigió a los sucesores. Igual silencio. Nueva caída ministerial en octubre pasado. Nueva gestión. Esta vez la respuesta fué evasiva. Por último, a M. Georges Lecomte, de la Academia

Francesa, se le ocurrió hacer insertar en el gran diario de la democracia radical, "La Dépêche", de Toulouse, un noble, elocuente y caluroso artículo, insistiendo respecto del inico rigor con que se trataba a un padre enlutado que pedía justicia, y sobre la vergüenza que importaba proibir de su patria a un gran escritor, cuyo genio y cuya gloria honraban a Francia.

Las numerosas agrupaciones parisienses y provincianas de Acción Francesa no dormían. En muchos departamentos sus periódicos, semanales o mensuales, habían redactado cuestionarios destinados a los representantes locales en el Parlamento y, salvó los enemigos personales de León Daudet, casi todos los diputados y senadores interrogados, aun los radicales socialistas y los socialistas, se pronunciaban contra un destierro que juzgaban anormal, lamentable o indigno. Corría una palabra de orden: "el destierro de León Daudet es una infamia". Circulaban innumerables peticiones y se recogían las firmas de gentes de todas las profesiones, obreros, comerciantes, campesinos, abogados, médicos o grandes personajes, y esto importó un movimiento de opinión tan vivo y tan repentino, que el mundo político se impresionó, especialmente la Cámara de Diputados. El jueves 19 de diciembre se produjo un espectáculo, anunciado la víspera, pero en el que pocos creían: cuatro adversarios políticos de León Daudet, M. Marin, nacionalista, católico y muy republicano; M. Mandel, republicano nacional e israelita; M. Herriot y M. Daladier, los dos grandes jefes del Partido Radical Socialista, fueron a pedirle a M. Tardieu, ministro del Interior, el regreso de León Daudet. Conviene decir, para mayor exactitud, que en ese momento, M. Georges

Lecomte salía del gabinete del ministro con la promesa formal de que los suplicantes serían satisfechos. Así fué, en efecto.

Tal es el ritmo lento y luego vehemente que caracteriza a veces a los movimientos de opinión francesa. La incubación puede ser larga, el trabajo obscuro, silencioso, paciente, y los que creen a Francia incapaz de perseverancia no la han observado en las empresas de largo aliento. Es verdad que en cierto momento la "furia" se desata y, como en este caso, la palabra de orden "¡Daudet, Daudet!", es dada en el buen momento y un solo minuto basta para conmover y conseguirlo todo.

León Daudet no dijo una palabra, no hizo un gesto para que se le permitiera volver. No contrajo ningún compromiso, ni nadie lo contrajo por él. Ha vuelto con la frente alta, libre, absolutamente dueño de sus decisiones, sin haber cumplido su pena inica, sin haber concedido nada al rencor de sus enemigos, policiales, judiciales o políticos. Si alguien ha triunfado no ha sido una ley traicionada por indignos y por criminales. Ha sido él solo.

Pero la verdad es más alta aun. Ha sido dicha por los amigos de Daudet, al publicar en su diario que "si los 'came-lots du Roi' libertaron a Daudet, quien lo ha hecho volver ha sido Francia".

Francia es la que ha vencido. Francia es la que vencerá cada vez más en este sombrío asunto.

Porque nada ha concluido. Las condiciones de la vuelta de León Daudet decretan la nulidad del veredicto de un jurado vergonzoso, de la sentencia de la corte servil, de los abusos de poder, de las denegaciones de justicia que los siguieron; todo ha sido anulado, borrado, y sobre la tabla rasa no queda más que el pobre pequeño cuer-

po ensangrentado de Philippe Daudet, con las pruebas evidentes de su asesinato.

El acto de fuerza inhumano y justo brota de la cabeza y del corazón francés, abre la puerta a otros actos de reparación y de castigo.

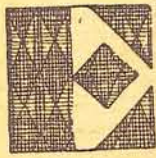
Esos actos no se producirán fácilmente, por supuesto. Es el comienzo de una lucha entre la entidad que se concreta con el nombre de policía (pero no es toda la policía, pues las personas y los buenos servidores abundan en ella) y León Daudet, fortificado por sus largos sufrimientos, fortificado por su doloroso destierro y apoyado por todas las fuerzas de acción francesa, adherentes, aliados y simpatizantes.

★

La policía era fuerte en 1925, tan fuerte que ese año singular un congreso de sus comisarios pudo significarle al gobierno que oponía su veto formal a toda encuesta imparcial respecto del asunto Philippe Daudet. Por poderosa que fuera entonces la Acción Francesa, parecía que eternamente se estrellaría contra esa roca.

La policía es menos fuerte en 1930: algunos asuntos misteriosos u oscuros o equívocos, la han colocado en posición bastante delicada, y aquellos que hace cinco años ponían en duda la acusación de Daudet, creyéndola en verdad demasiado horrible, acaban por decir que, al fin y al cabo, todo lo increíble de ayer se ha vuelto hoy bastante verosímil.

Una opinión comenzaba también a esparcirse y se había robustecido en los años siguientes: se creía que la Acción Francesa, debilitada en razón del fracaso electoral de León Daudet en las elecciones legislativas de 1924 y en el escrutinio senatorial que lo siguió. Eso importaba olvidar que la Acción Francesa no ha hecho nunca del plano electoral el te-



L 20 de noviembre último murió en Roma a los cuarenta y cinco años un romano: Francisco Rocchi, director del Real

Gabinete de Restauraciones, a cuyo cargo había llegado, no obstante las dificultades que es corriente surjan en el camino de un hombre genial, debido a su extraordinaria e insólita facultad de "curar los metales enfermos".

La figura de Rocchi se vio siempre envuelta en una atmósfera de misterio. Y el misterio ha ido en aumento por su muerte prematura y porque es muy probable que con Rocchi desaparezcán también gran parte de los secretos químicos conquistados por él durante años y años de tenaz y dura fatiga. Rocchi no había formado una escuela y ni siquiera logró fijar orgánicamente y por escrito el sistema de sus propias fórmulas. Era un autodidacta de volcánico ingenio, nunca satisfecho de los resultados obtenidos y ansioso siempre de investigar nuevos problemas. No obstante su trabajo haya sido sancionado y demostrado por los hechos, hay en la figura espiritual de este investigador algo fabuloso, como si se tratase de un viejo alquimista, de un buscador de la piedra filosofal o de un colega de Faust. La muerte, que es justiciera, ha servido, por lo menos, para atraer la atención del público y de los periódicos sobre este genial e infatigable trabajador, y hoy día se empieza ya a hablar de él como de uno de los más audaces y profundos químicos modernos.

Las investigaciones de Rocchi van encaminadas hacia estos dos puntos principales: el estudio de las enfermedades de los metales y también de los antiguos materiales de trabajo (ámbar, mármol, maderas preciosas, etc.); el estudio y la reconstitución de los procedimientos técnicos de trabajo entre los artistas griegos, etruscos, romanos y de la Edad Media. Fueron tan extensas sus investigaciones en este segundo campo, que puede decirse que Rocchi haya recogido el material completo para escribir la historia comparada de la técnica entre los antiguos. Los amigos, ante el temor de una muerte prematura, insistían para que Rocchi tomase un ayudante o

EL MEDICO DE LOS BRONCES ANTIGUOS LAS ENFERMEDADES DE LOS METALES

POR
OLINDO
MALAGODI

(Para LA NACION)
ROMA, enero de 1930.

tales más o menos vulnerables y que las enfermedades se propagan entre ciertos bronce, objetos de plata, etc., de los museos, del mismo modo que son atacados por un bacilo los individuos de una población o de un cierto barrio. Como ha escrito uno de los más inteligentes críticos de sus trabajos, el periodista Luis Bottazzi: "Rocchi partía del principio de que la descomposición y las deformaciones a que son suje-



FRANCESCO
ROCHCI
(DIBUJO DE
GINO PARENTI)

tas las antigüedades son debidas a las mismas causas, y se desarrollan con ritmo igual o parecido al de las enfermedades y descomposiciones animales y vegetales. Estaba convencido de que entre los objetos antiguos los hay propensos y los hay inmunes a las enfermedades." Al llegar a este pun-

to, y dado que Rocchi se mostró siempre celoso de sus secretos técnicos, parece que estemos a punto de entrar en el campo de la magia o de la alquimia. Pasemos, pues, a las pruebas concretas de la bondad de los métodos de Rocchi, que parecen en gran parte fundados sobre aplicaciones autoelectrolíticas.

Tantos y de tal importancia son los objetos antiguos "curados" y reconstituídos por los cuidados de Rocchi, que forman parte de los varios museos, que el principal periódico literario italiano: "Italia Letteraria" ha pedido formalmente que por gratitud sea puesto sobre cada uno de ellos un cartel con la siguiente inscripción: "Reconstituído por Francisco Rocchi". Un espejo etrusco de bronce, del Museo Vaticano, se hallaba convertido en una superficie verde y polvorienta. Rocchi lo "curó" y hoy en día se puede admirar, donde existía una especie de lepra metálica, una delicadísima escena: un hombre y una mujer que conversan sobre el lecho de un triclinio mientras a los pies del lecho un diminuto Amor juega con un perro, rodeado de un bellissimo follaje decorativo. Una Osiride egipcia, del Museo Arqueológico de Florencia, padecía la disgregación salina; es decir, que se transformaba en un montón de pequeños cristales que atraían la humedad del aire y se disolvían como sal de la cocina. En el 1919 Rocchi paró la labor corrosiva, y el bronce precioso adquirió de nuevo, y aun conserva, una pátina de color malaquita, sana y brillante. Del mismo modo él hizo recobrar la integridad a dos estatuas de gimnastas etruscos del siglo III, antes de Cristo; a la célebre "Kore", de Velletri, hoy día en el Museo de Villa Julia, en Roma; a un Sócrates y a una Diótima, del Museo de Nápoles; a la así llamada "petti-ta Barberini", joya religiosa de oro de grandes dimensiones, con sesenta leoncitos esculpidos, que se remonta a los tiempos etruscos antes de la fundación de Roma, etc. Hemos nombrado tan sólo algunos objetos, los de cierta importancia

y accesibles al público, por encontrarse en algunos museos. Ya que una enumeración completa de todos ellos no sólo sumaría varios miles de objetos, sino que para el lector no especializado resultaría sumamente confusa y monótona.

La naturaleza electroquímica de las enfermedades de los metales había ya sido estudiada por Pinkener, que consiguió la restauración de antiguos bronce, reduciendo los óxidos por medio de la electrolisis. Este método presentaba el inconveniente de destruir la pátina y otras importantes características de la superficie del objeto, pues esta superficie adquiría un aspecto granuloso, como si hubiese sido frotada con esmeril. Rocchi (por lo que nos es dado entender) no sólo transformó este procedimiento demasiado genérico, adaptándolo a la naturaleza especial de cada metal y de cada aleación, sino que creó otros sistemas, aprovechando el análisis químico, el arco voltaico, los rayos X, la autoelectrolisis, llegando a distinguir las varias enfermedades de los metales y a fijar, para contrarrestar cada una de ellas, el correspondiente remedio. Los objetos antiguos, durante su larga existencia, se habían cargado de energía eléctrica y química, como unos verdaderos acumuladores naturales, y eran estas energías las que acababan por roer y destruir los mismos objetos. Rocchi lo que hacía era que se descargasen los objetos de estas energías turbulentas, poniéndolos en baños electrolíticos en contacto con soluciones de los mismos ácidos y sales que los habían infectado. Nada ya de intervenciones brutales, como son las de la lima, del raspado o del fuego, ni siquiera la electrorreducción que llevó a la práctica Pinkener. Lo que se obtenía con Rocchi era que el objeto enfermo fuese puesto en condiciones de "curarse lentamente y por sí mismo", con completa garantía de no alterar para nada su propia integridad artística.

Nada más, por ahora, se puede decir o conjeturar. Pero lo que no cabe duda alguna es que ha procurado incalculables beneficios al patrimonio artístico mundial, y no sólo al de Italia, la actividad misteriosa de este joven y desventurado "médico de los metales".

rreno natural de su acción política. Siempre ha apuntado primero a las inteligencias y luego a la calle, y ni en un terreno ni en el otro no se ha afectado por las derrotas ante las urnas.

Se ha podido pensar con más razón que se le había asestado un golpe serio, suscitándole deplorables desinteligencias con Roma, el desfavor del Papa, las censuras y las "condenaciones" de Roma y del episcopado. Lo único que se ha conseguido con esto es demostrar su fuerza.

En efecto, los numerosos católicos, los más puros, los más ardientes, los más fieles que pertenecen a la Acción Francesa, en su inmensa mayoría, se han negado a separarse de ella. Protestan de la integridad de su fe y de su sumisión romana, pero sostienen también que se ha cometido un trágico error de hecho en su detrimento por la autoridad eclesiástica. Ni la amenaza de privación de los sacramentos, ni su negativa efectiva, aun en artículo de muerte, no han vencido esa firmeza en hombres ni en mujeres, conocidos por su ejemplar devoción a la iglesia.

Algunos de ellos, que tenían reputación de verdaderos santos, el barón Tristán Lambert, el comandante Roger Lambe-lin, han sido conducidos al cementerio sin sacerdote, sin ninguna ceremonia religiosa, pero eran seguidos por una multitud

muy contrita que recitaba más oraciones y más piadosamente que en muchos entierros honrados con las pompas de la religión. Lo que se ha visto en París se ha repetido en infimas aldeas. Así también la pompa de los casamientos de Unión Francesa ha disminuido, los sacerdotes pueden ser obligados a no concurrir a ellos más que de sotana negra y en el domicilio de la novia. Pues bien; las más grandes familias de Francia se han avenido con este régimen, así como muchas de obreros, de artesanos y de campesinos. Así también, de arriba abajo de la escala social, se han roto noviazgos por negarse la novia a abandonar la Acción Francesa o porque el novio mantenía inquebrantable la misma fidelidad. De modo que el vínculo político y moral era robustecido y comprobado. Único resultado: la presión material ejercida por la jerarquía religiosa ha hecho perder a nuestro diario algunos miles de abonados que, reclutados el año anterior, no pertenecían a los batallones de Acción Francesa propiamente dicha, pero nuestra Liga, si ha recibido tres o cuatro mil renuncias, ha hecho diez o doce mil nuevos militantes; los "camelots du Roi", los estudiantes y la multitud de los simpatizantes no han cesado de aumentar, y floreciente por el número, la Acción Francesa ha ganado en solidez,

puesto que es imposible decir que se está con ella sin fortificar la declaración de guerra a la República con un acto de resistencia respetuosa, pero firme, a la errónea e inadmisiblemente exigencia de la autoridad eclesiástica. Lo que debía matarla le ha dado, pues, mayor vitalidad.

★

No hay que darle crédito a una prensa de información que no puede siempre decir la verdad; los que el 2 de enero vieron la multitud inmensa que llenaba los andenes, los patios, las vías de acceso de la estación del Norte, boulevard Denain, calle de Dunkerque y las arterias próximas, saben lo que representan como fuerzas numéricas y simpatías apasionadas el nombre de León Daudet y el de la Acción Francesa.

El gran golpe que acaba de ser dado inopinadamente es una grave demostración de poder y de influencia, pero no es tan aislado como podía creerse. Este acto ha sido precedido por otras intervenciones menos ruidosas, pero quizá tan importantes, por ejemplo la parte que la Acción Francesa tomó el verano pasado en el movimiento nacional contra la ratificación de las deudas americanas, y, algo más tarde, contra los resultados de la primera conferencia de la Haya. Esta última agitación decidió la caída del ministerio Poincaré.

Los miembros del nuevo gobierno partieron para La Haya el mismo día y por la misma vía que recorría Daudet de Bruselas a París. Los dos trenes se cruzaron como dos símbolos. Muchos franceses se han preguntado con este motivo hacia qué destinos es llevada la República, y muchos conciben muy grandes esperanzas nuevas para las ideas que representan M. León Daudet y sus amigos: esas ideas son bastan-

te radicales, como es sabido, pues ellas consisten en reemplazar en el Gobierno el sistema democrático republicano por una monarquía tradicional, hereditaria, antidemocrática y descentralizada. No hace cien años que Francia carece de este régimen; pero reanó noventa años y puede decirse, sin temor de errar, que a él le debe nuestra patria la organización, el poder y casi literalmente la vida.

EL AHORRO
INSTITUCIÓN ARGENTINA DE CREDITO
ESTABLECIDA EN 1911
LAVALLE 305 BUENOS AIRES

Una cuenta bancaria

ahorra preocupaciones y
siempre produce ventajas.

ABRA Ud. SU CUENTA

en el Banco "El Ahorro": porque abona el 3 o/o de interés anual en Cuenta Corriente y el 8 o/o en Caja de Ahorros, pudiendo usted efectuar depósitos o hacer cobrar sus cheques desde las 9 a las 17 horas. Este Banco, además, coloca todo su dinero en créditos sobre propiedades, bien garantizado.

Los depósitos y sus intereses
pueden retirarse en cualquier
momento.

Opera desde hace veinte años a
completa satisfacción de sus
clientes.

LECTURAS
INFANTILES

VIVIA una vez en Madrid un marido muy curioso y desconfiado que deseaba saber todo lo que hacía su esposa cuando él se ausentaba. Muchas veces interrogaba a la criada, pero como ésta mentía de buena gana, acabó por no creerle nada. Para colmo de desgracia, siendo mercader de lanas, tenía que viajar continuamente y cuando volvía al hogar, su mujer se quejaba de lo mucho que se aburría en su ausencia y del trabajo continuo que se veía obligada a hacer.

Un día, encontrándose en Barcelona, el mercader vió un hombre que vendía un magnífico papagayo blanco.

—¿Quién quiere comprar al rey de los papagayos!—gritaba el hombre!—¡Lo vendo por sólo diez duros! ¡Es el animal más maravilloso que existe! Dice todo lo que ve. Todo lo sabe. Baila, canta, ¡Todo lo ve! ¡Todo lo sabe! ¡Veinte duros y me arruino!

El madrileño, asombrado, preguntó al vendedor si realmente el papagayo era capaz de repetir lo que había visto.

—¿Que si es capaz?—replicó el hombre.—Ya lo verá usted mismo. Dime, papagayo, ¿qué sucedió anoche?

El animal cerró un instante sus párpados grises sobre sus pequeños ojos y dijo:

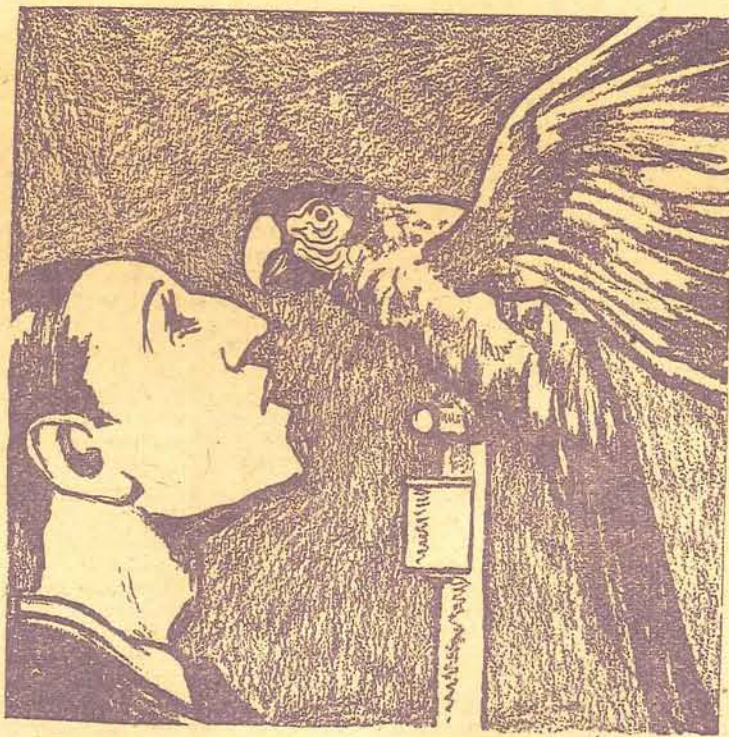
—Anoche llegaste bastante tarde y como hiciste mucho ruido, me despertaste. Estabas completamente borracho...

—No hay que creerle—interrumpió el vendedor—estaba algo alegre, pues había comido con unos amigos.

—Te acostastes sin desvestirte—siguió diciendo el papagayo—y esta mañana al verme, dijiste: "Si encontraré hoy al imbécil que quiera comprarme por cinco duros..."

—Señor, perdóneme. No he dicho el imbécil sino el "extranjero"—corrigió el vendedor.

—Está bien—dijo el madrileño—este animal me conviene.



ILUSTRACION DE JUAN CARLOS HUERGO

Yo seré el imbécil, pues te lo compro.

Durante el viaje nuestro hombre se divirtió en hacer contar al loro lo que veía, felicitándose por tan preciosa adquisición, y cuando llegó a Madrid le recomendó repetidas veces que se fijara bien en todo lo que pasaba en su casa, para repetirse lo después, prometiéndole toda clase de recompensas si lo hacía bien.

Su llegada fué festejada con toda clase de manifestaciones de alegría, y el mercader se apresuró a regalar el papagayo a su mujer. Lleno de curiosidad, no se detuvo a descansar, sino que pretextando negocios urgentes salió a la calle. Cuando regresó, por la noche, preguntó al papagayo qué había sucedido desde su partida.

—Conforme cerraste la puer-

ta—respondió el loro—tu mujer exclamó: "Buen viaje", y dirigiéndose a la criada le dijo que volvía a meterse en la cama y que le llevara allí una buena taza de chocolate caliente. Luego llamó a gritos: ¡Enriqueta! ¡Enriqueta!", y cuando apareció una joven que yo no conocía, se pusieron a conversar, y tu mujer dijo: "Figúrate que el tonto de mi marido acaba de llegar, y como es tan odioso, no quiere llevarme esta noche a La Opera. Todo lo que me ha traído de Barcelona es un loro. ¡Valiente porquería!" La porquería era yo! "Sin embargo—añadió—es menos feo que el mono de mi marido!" Luego mandó a Luisa que le trajera toda clase de manjares que comieron sin convidarme y se presentó una vendedora que le vendió un anillo de zafiro. Después de mucho re-

EL PAPAGAYO

gatear se lo dejó en cincuenta duros y dijo que recordara que le debía ya unos setenta y cinco duros.

—¿Estás seguro de lo que dices, papagayo?—preguntó el comerciante.

—Segurísimo. Guardó el anillo en un cajón, diciendo que al tonto de su marido no se le ocurriría nunca ir a buscarlo ahí.

—¿Qué más hizo?—preguntó el hombre.

—Se vistió, se perfumó y dijo a la mucama que iba al Paseo y que si llegaba el mono (supongo que ese era Vd.) le dijera que había ido a la Adoración del Corpus. Pero llegó antes que usted, se desvistió y se puso a esperar.

—¿Qué horas de llegar, señor mío!—exclamó la astuta mujer al ver entrar a su marido—. He trabajado el día entero y estoy tan cansada! Si hubieras estado en la casa, el tiempo me habría parecido menos largo.

Es de imaginar que el comerciante no pudo contener su indignación al oír estas palabras y la discusión duró hasta altas horas de la noche.

Al día siguiente la señora llamó indignada a su mucama acusándola de haber contado todo a su marido. En vano la doncella protestó jurando por Dios y todos los santos que no había dicho nada; su patrona le dió un par de bofetadas, para enseñarle a callarse la boca.

Como esta discusión se repitió varias veces y la señora pudo comprobar que no era Luisa la que contaba a su marido lo que sucedía en la casa, empezó a desconfiar del loro.

—No puede ser otro más que él—aseguraba Luisa—. El señor sostiene con él conversaciones

interminables cuando la señora no está en la casa.

—Si es él, ya sabré cómo hacerlo callar—respondió la señora.

Llevaron entonces al loro a un cuarto, que cerraron del todo, dejándolo a oscuras. Después de un rato, el animal sintió un ruido que le pareció ser un trueno y quedó convencido de ello al empezar a sentir el agua que caía sobre él. Prendiendo y apagando la luz lograron convencerlo de que eran relámpagos, y durante una hora no dejó de caer sobre el desgraciado loro un verdadero diluvio.

Cuando su amo volvió unas horas después, la jaula estaba en su lugar acostumbrado y el loro tenía las plumas completamente secas.

—¿Cuéntame lo que has visto hoy—ordenó el amo.

—¿Qué quiere que haya visto con semejante diluvio!

—¿Qué diluvio?

—Pero el que ha durado esta tarde más de dos horas, dejándome muerto de miedo!

—Entonces también sabes mentir!—exclamó el amo fuera de sí—. ¿Pretendes hacerme creer que ha llovido esta tarde?

Si lo que me contabas los días anteriores era igualmente cierto, has conseguido hacerme desconfiar de la mejor y más fiel de las mujeres. ¡Me lo pagarás, maldito papagayo! Con razón decías que el que te comprara sería un imbécil. ¡Pero no lo seré más tiempo!

No tardó el comerciante en retorcer el cuello al pobre animal.

Se reconcilió con su mujer y vivió desde entonces muy feliz, pues no trató más de saber lo que no le querían decir.

"MASCARA BLANCA"

(Continuación de la pág. 14)

los autores y que incurría con frecuencia en errores.

Pero muchas personas la juzgaban atrayente y, con el transcurso de los años, había reunido una considerable fortuna e invertido una buena parte de ella en comprar alhajas, hasta tal punto que en los clubs nocturnos de Londres se la conocía por "Dolly Diamantes".

Los gerentes de tales clubs, cabarets y restaurantes nocturnos sentían cierta nerviosidad desde el caso de miss Hillingcote, y cuando Dolly encargaba una mesa, se apresuraban a recurrir a Scotland Yard y al superintendente Mason, que tenía a su cargo la zona C, pero que desempeñaba un puesto ejecutivo en el departamento central, para que se enviase un par de agentes de investigaciones, que, aunque vestidos como los demás concurrentes, hiciesen entrever su calidad de detectives. En esas circunstancias, se encontraba a éstos, generalmente, paseando en el vestíbulo o bebiendo subrepticios vasos de cerveza en la gerencia.

Mas Dolly no comunicaba de antemano sus intenciones algunas veces. Caía, resplandeciente, de súbito en el club, rodeada de hermosos jóvenes; se habilitaba con celeridad una mesa en el repleto salón, y los mozos la servían con extraordinario entusiasmo, compartiendo la impresión momentánea de que aquella mesa estaba en una situación de privilegio.

Esta noche, llegaba sin heraldos al Howdah Club y Gasso, que era latino, elevó los brazos, inflexible como Cupido, y dijo unas cosas en italiano que sonaron con un dejo muy romántico en los oídos de quienes sólo entendían inglés.

—¿No hay sitio!... ¡No seas estúpido, Gasso! ¡Claro que hay sitio! En cualquier parte, ¿no les parece, muchachos?

Colocaron, pues, una mesa cerca de la puerta; Dolly se sentó y encargó "consommé Julien", pollo a la Maryland...

—No me agrada mucho, se-

ñora, — dijo Gasso, sobrecogido de temor — que venga con tan magnífica pedería... ¡Vea usted el caso de miss Hillingcote!... ¡Qué desgracia!... Ese "Máscara Blanca"...

—¡Oh, no seas estúpido, Gasso! — estalló Dolly —. Y que traigan, luego, una "coupe Jacques" y café...

Los bailarines rusos habían salido a la pista de baile y repetido por tercera vez su número. Se oyó de pronto:

—¡Arriba las manos!

Dolly, que había visto cómo los rostros de sus compañeros se ponían repentinamente blancos, se dió vuelta en la silla y miró hacia atrás. Un hombre estaba situado en la puerta de entrada del salón. Usaba un levitón que le llegaba a los talones y su rostro estaba cubierto por un trapo blanco con dos agujeros a la altura de los ojos. Tenía una pistola automática en una mano y con la otra, desnuda, accionaba.

Se produjo una especie de tizeretazo y el largo collar de diamantes que refulgía en el cuello de Dolly se partió en dos. Esta helada de espanto, contempló cómo la joya se desvanecía en un bolsillo del sujeto.

Los hombres se habían levantado de las mesas, las mujeres daban chillidos, los acompañantes de Dolly se mantuvieron cómicamente agrupados.

—¡Sigámosle, ! dijo alguien con voz estentórea.

Pero el hombre del trapo blanco había desaparecido y ya los servidores del club, que se ocultaron al ver a aquél, salían de sus escondrijos.

—No se mueva. La sacaré de aquí en un minuto. — La voz de Michael era imperiosa, mas Janice la oyó cual a través de un sueño. La llevará a casa; debo acercarme hasta el diario. ¡Si se acobarda, me enojaré con usted!

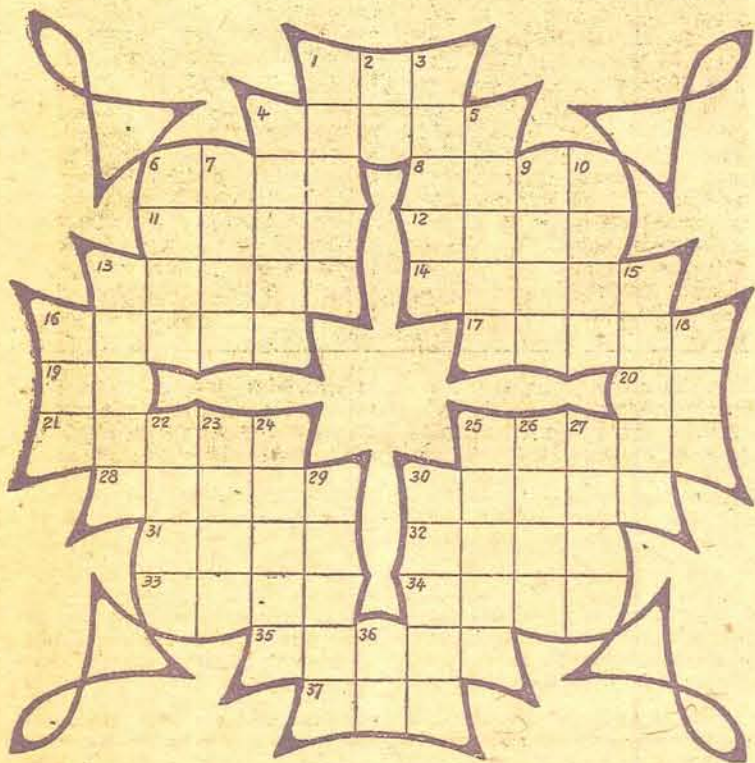
—No me acobardaré — musitó ella.

Consiguió salir antes que llegase la policía y encontró un coche de alquiler.

—Parece un sueño — expresó ella, ya en el vehículo —. ¿Quién es él?... —

—No sé — contestó Qui-

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

Horizontales

1. Nombre de un signo aritmético.
4. Dícese de los individuos de un pueblo primitivo que habitó el centro del Asia en época muy remota y de quienes proceden todos los pueblos jaféticos o indoeuropeos.
6. Juego de naipes, parecido a la brisca.
8. Pedazo de pan empapado en cualquier líquido.
11. Artículo.
12. Sociedad de recreo.
13. Que impide el paso de la luz.
14. Hacer sentir ira.
16. Galicismo por fábrica.
17. Ser docto en alguna cosa.
19. Nota musical.
20. Conjunción copulativa que

21. Cierto pajarillo de varios colores.
25. Resultado feliz de un negocio, actuación, etc.
28. Puerto chileno que estuvo en litigio con el Perú.
30. Reflejo o reverberación de la llama.
31. Indios sudamericanos.
32. Instrumento que por ficción poética se supone que hace sonar el poeta lírico al entonar sus cantos.
33. Nombre bíblico de mujer.
34. Emplear.
35. Parte del zapato que, sobresaliendo a un lado y otro, sirve para ajustarlo al empeine del pie por medio de cintas, botones o hebillas.
37. Pronombre demostrativo.

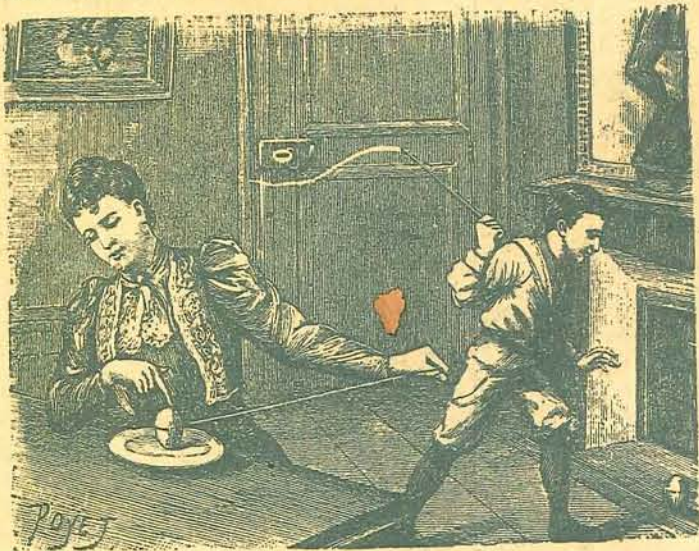
Verticales

1. Asido, agarrado, sujetado.

2. Percibí con uno de los sentidos.
3. Cada una de las vueltas de una espiral, o el conjunto de ellas.
4. Ejerce acción una substancia química sobre otra, combinándose con ella o simplemente variando su estado.
5. Navegante español del siglo XVI, que vino al Río de la Plata, donde fué muerto por los indios, en el año 1515.
6. Apreté mucho una cosa cerrando sus poros o intersticios.
7. Juntén, hagan una de dos o más cosas.
9. Libre y exenta de toda mezcla de otra cosa.
10. Marinero turco libre que se empleaba en las galeras a falta de forzados.
13. Cueva donde se recoge el oso para abrigarse y para criar sus hijuelos.
15. Utilidad o beneficio que rinde anualmente una cosa, o lo que de ella se cobra.
16. Ave de unos veinte centímetros de largo, de plumaje pardo, y que se asemeja a la perdiz.
18. Corriente de agua continua que va a desembocar en otra o en el mar.
22. Especie de bisontes que viven en los montes del Cáucaso.
23. Vasiija de madera, de forma de media cuba.
24. Hijo de Dédalo, que huyó con él del laberinto de Creta con unas alas pegadas con cera, y habiéndose acercado demasiado al Sol, se derretió la cera, se le despegaron las alas y cayó el imprudente al mar.
25. Nombre de mujer.
26. La ley de los mahometanos, derivada del Alcorán.
27. En sentido figurado, atractivo.
29. Cocinaré un manjar de una cierta manera especial.
30. Movimiento de ascenso de la marea.
36. Preposición inseparable que denota fuera o más allá, privación, atenuación del significado de simple y, a veces, no es más que partícula expletiva.

UN HUEVO TROMPO

TOMAD un huevo duro (siempre son más seguros para hacer experimentos) y colocadlo sobre un plato, manteniéndolo parado con un dedo, que apoyaréis suavemente. Si anteriormente habéis enrollado unas cuantas vueltas de hilo de acarreto, al que



tiraréis bruscamente, imprimiréis al huevo un movimiento de rotación igual al de un trompo y lo veréis girar durante un tiempo sobre la punta en el hueco del plato.

Si queréis hacer que el huevo viaje por todo el cuarto girando bajo los golpes de un látigo, sería más prudente adoptar el huevo de madera que, seguramente, encontraréis en el costurero de vuestra mamá. Todo consiste en ensayar de hacerlo durante unos minutos con un poco de paciencia.

gley. Y añadió: —Nunca me ha dicho usted el nombre de su romántico enamorado; ¿cómo se llama?

Los nervios de Janice estaban en tensión. Necesitaba el estimulante de una ira justificada para recobrar el equilibrio y aquí se le presentaba una ocasión de desahogarse.

Michael Quigley escuchó sin pestañear el desahogo verbal de su amiga.

—Apostaría a que es un buen mozo y no un feotazo e infeliz como yo! — exclamó con rabia. — ¡Oh, Dios mío, qué tonta es usted, Janice! Yo me encontraré con su enamorado. ¿En dónde reside?

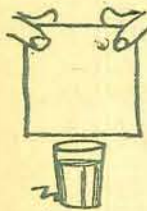
—No lo encontrará. —Estaba a punto de llorar. —Y no le diré en qué lugar reside. ¡Espero que jamás volveré a verme con usted!

Rechazó Janice la mano que su compañero le tendía para ayudarla a bajar del coche; y no contestó a sus "¡Buenas noches!" de despedida.

Furiosísimo, Mr. Quigley tomó por Fleet Street abajo. Todas las recriminaciones y ataques que esa noche descargó contra "Máscara Blanca" las escribió pensando en el hermoso y romántico viajero procedente del Africa del Sur.

COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR

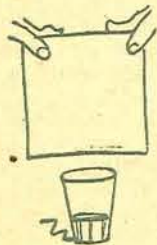
El líquido que desaparece



Cuando levante el pañuelo habrá desaparecido parte del líquido. Todos podrán comprobar la notable disminución de éste.



Coloque un pañuelo sobre un vaso al que habrá llenado casi por completo de agua, y llame la atención del público sobre la cantidad de líquido que contiene.



El secreto consiste en colocar de antemano una esponja debajo del pañuelo, que chupará parte del líquido que contiene el vaso.

UN DEFECTO INCURABLE

UN niño cansaba a su mamá con sus continuas preguntas, y ésta le aconsejaba corrigiera ese defecto.

—¿Sabes? — le dijo un día ya sin saber que decir —, una vez la curiosidad mató a un gatito.

Esto pareció hacer gran impresión al niño que quedó silencioso durante un rato, pero luego no se pudo dominar y preguntó:

—¿Qué era lo que ese gatito había querido saber?

LA RENTA DE LOS REYES

EL Rey de Inglaterra recibe anualmente la suma de £ 470.000, de las cuales £ 110.000 son para su uso particular. Tiene además las rentas del ducado de Lancaster que ascienden a £ 50.000 por año.

La reina María continúa recibiendo la anualidad de £ 10.000 que le fueron votadas para su uso particular cuando fue princesa de Gales.

La viuda de un rey recibe £ 70.000, habiéndose pagado dicha suma a la reina Alejandra.

El príncipe de Gales recibe una anualidad de £ 70.000 y la princesa una de £ 10.000, la que se aumenta a £ 30.000 si llega a sobrevivir al príncipe.

Los hijos menores del Rey de Inglaterra reciben £ 10.000 por año desde que cumplen veintiún años y esta suma se aumenta hasta £ 25.000 cuando se casan.

Las hijas del Rey sólo reciben £ 6000, siendo esa la suma que se paga anualmente a la princesa María.

ACTOS HEROICOS

EN todas las épocas, en todos los pueblos y en todas las clases de la sociedad se han encontrado personas dispuestas a dar su vida heroicamente por sostener una idea. Guillermo, obispo de Roskilde, detuvo un día en la puerta de la Iglesia al Rey danés Zwend, sobrino del célebre Canuto, diciendo:

—¡Atrás! ¡No tengas las audacia de acercarte al altar de Dios, tú que no eres un Rey sino un asesino!

El rey Zwend era un hombre poderoso, autoritario y feroz que acababa recientemente de hacer asesinar a varios servidores suyos, sólo para llevar a cabo una broma cruel.

Al oír las palabras del valiente obispo, varios guardias del Rey desenvainaron sus espadas y se preparaban a matar al que tan imprudentemente hablaba a su señor. Este agachó la cabeza, sin bajar la cruz que sostenía en alto, cerrando con ella la entrada al templo, y les dijo que lo podían matar, pues estaba dispuesto a dar su vida por la causa de Dios. Sin embargo, el Rey, volviendo a mejores sentimientos, ordenó a sus soldados que guardaran sus armas; volvió al palacio, donde

se quitó la ropa real, y vestido con unos humildes harapos y descalzo, volvió a la iglesia, donde lo esperaba el obispo. Después de darle el beso de paz, el prelado lo condujo a la sala de los penitentes y sólo después de tres días le dio la absolución. Desde entonces el obispo y el Rey se hicieron grandes amigos, tanto, que Guillermo pedía a Dios que no lo separara de su amigo, aun después de muerto.

Su ruego fué atendido, pues los dos murieron casi al mismo tiempo y fueron enterrados juntos en la catedral de Roskilde, donde uno había enseñado y el otro había aprendido la gran lección de la misericordia.

HOTEL PARA GOLONDRINAS

LOS vecinos del pueblo brasileño de Campiñas se pusieron un día de acuerdo en que era necesario cambiar el mercado existente, por otro mucho mayor.

—Tenemos que echarlo abajo y edificar otro, pues somos más del doble de la población de lo que éramos, y ha quedado ridículamente chico —, decían unos.

—Sí, pero si hacemos eso — objetaban otros — destruiríamos miles de nidos de golondrinas.

Los brasileños son muy amigos de los pájaros, y sobre todo de las golondrinas que destruyen las moscas y mosquitos.

Después de muchas discusiones, las autoridades municipales resolvieron edificar un nuevo mercado en otro lugar, y abandonar ese exclusivamente para los pajaritos.

Mientras las golondrinas anidan, el local está a su entera disposición; donde se oían antiguamente los gritos de los hombres, no se oye actualmente más que el canto de los pájaros, pero cuando ellas emprenden el vuelo hacia otras regiones, voluntariamente, la municipalidad se encarga de hacer limpiar prolijamente el antiguo mercado. Hay centenares de miles de nidos; ni el mayor "rascacielos" americano tiene más dormitorios que este famoso hotel de golondrinas, curiosidad que visitan todos los turistas al llegar a la ciudad de Campiñas.

EL INSTINTO DE LA CAZA

GENERALMENTE se cree que la caza, requiriendo una cierta inteligencia, es practicada sólo por seres de elevada organización. No sucede así sin embargo, puesto que hasta los más humildes insectos la practican. Las larvas de las hormigas-león, cavan en la arena una especie de embudo, en el fondo del cual se colocan al acecho. Todo insecto que llegue a pasar por ahí cae en ese embudo y es devorado por la larva. Es la caza con trampa.

Por otra parte, si la víctima pretende escapar, la larva hace caer sobre ella una lluvia de tierra.

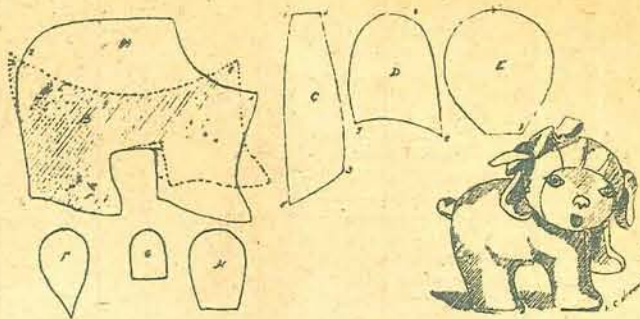
La larva de las cincidelas actúa de otra manera, pero no con menos astucia, para conquistar los pequeños insectos que le son necesarios para su alimentación. Ella cava en el suelo un agujero vertical, en el cual se mantiene arqueándose como deshollinadores en una chimenea, cuidando de que su cabeza, que es de forma achatada, se encuentre justamente al ras del suelo. Si un animalito cualquiera llega a pasar por esta verdadera trampa viva, la larva se hunde inmediatamente, arrastrando con ella a su víctima, a la que no tarda en apretar entre sus pinzas y en devorar.

El oso hormiguero practica también su método especial de caza. Saca su larga lengua pe-



gajosa y la estira en el suelo: los insectos que se acercan a ella quedan adheridos, sin poderse despegar, y cuando la cantidad de ellos es suficiente, el oso hormiguero entra la lengua devorándolos a todos. Otras veces introduce su apéndice lingual en los hormigueros, retirándolo cada vez repleto de hormigas. ¡Eso son días de fiesta para él!

COMO SE HACE UN JUGUETE SENCILLO



UN PERRITO

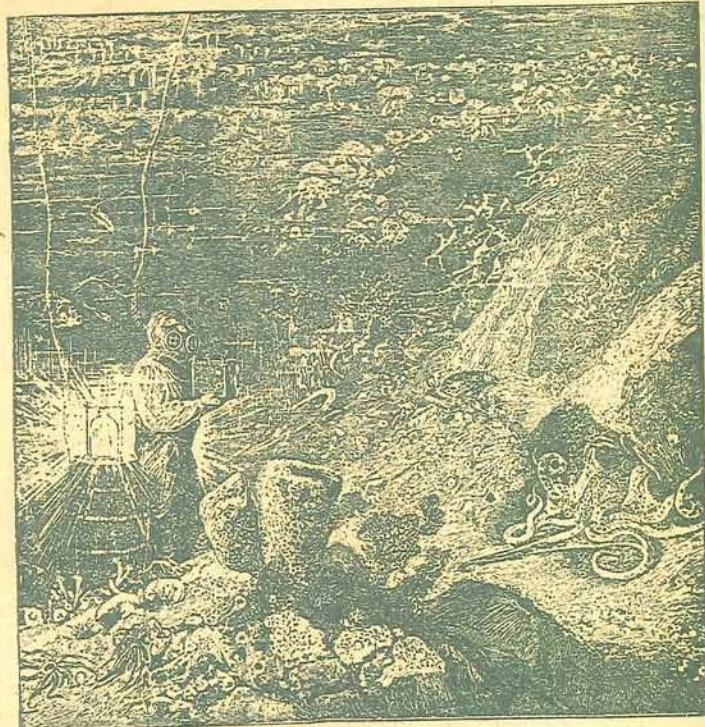
Material: terciopelo blanco para la pieza E, marrón para las plantillas F y de cualquier otro color para las restantes. Ya

cortadas las distintas piezas (cortando de cada una tantas como indica el número en ellas inscripto), se unen las dos A por el lomo y las dos B (parte rayada) por sus bordes 2-1. Hecho esto se cosen las piezas A y B de modo que coincidan 2 con 2 y 1 con 1, dejando sin coser los extremos de las patas en donde se colocan las plantillas F. La cabeza se obtiene cosiendo 4-1 con 5-8. Luego las dos mitades de la cabeza se unen por 3-3, y por último la pieza E se cose a las anteriores, haciendo coincidir el punto 6 con el 5 y el 7 con el 8. Se vuelve el trabajo al derecho y se rellena con paja o panna. Se le pegan las orejas (H), la cola (G) y la lengüita, de paño rojo. Se marca el hocico con hilo negro grueso, y finalmente se colocan los ojos, de vidrio, y un gran moño de color del cuerpo, con lo cual tendréis un delicioso perrito.

EL PULPO

UN pulpo mediano es un animal de ochenta centímetros de largo; su cuerpo carnudo, de forma ovalada, soporta una cabeza grande y bastante rígida en la que se encuentran dos ojos extraordinariamente parecidos a los de los gatos. Más arriba, la cabeza termina en ocho grandes brazos que van afinados hasta sus extremidades y cubiertos del lado de adentro por numerosas ventosas que permiten al animal apoderarse de su presa. En el centro de la corona que forman sus brazos, se encuentra la boca, armada con un pico que se podría comparar al pico de un loro.

El animal en reposo es de color amarillo pálido, análogo al de la arena, pero no es uniforme, formando ondulaciones que recuerdan el mármol. Si al nadar el animal se traslada de un punto en que hay arena a otro distinto, se puede observar que su piel cambia de color con extrema rapidez. En cualquier lugar que se



encuentre, el animal se confunde con los objetos que lo rodean. Además de la facultad de cambiar de color, el pulpo posee la de enturbiar el agua que lo rodea cuando se encuentra atacado por algún enemigo. Posee para ello una glándula bastante grande, llamada la bolsa negra, que contiene un líquido negrozco. Cuando se ataca un pulpo, éste contrae bruscamente su glándula y tinte de negro todo el agua que lo rodea. Al mismo tiempo su piel se pone completamente negra, de manera que es absolutamente imposible saber dónde se encuentra el animal, el cual aprovechándose de la sorpresa del enemigo, se escapa escondiéndose entre las rocas.

Este cambio de coloración se produce gracias a unos pequeños órganos diseminados dentro de la piel, a los cuales se les ha dado el nombre de cromatóforos. Son pequeños cuerpos de forma algo redondeada y coloreados de diferentes maneras. Alrededor de ellas se encuentran pequeñas fibras musculares que al contraerse las hacen aumentar de volumen. Gracias a estas contracciones, más o menos fuertes, se deben los cambios de color. En estado normal estos cromatóforos forman una pequeña bolita y son a penas visibles, pero al agrandarse, su coloración se hace cada vez más oscura.

TALCO PARA CABALLERO

Ninguno en el mundo puede igualar al Mennen, especialmente creado al efecto.

Usar Mennen es usar lo mejor

SUPER-TALCO NEUTRO MENNEN

Ahora solo 0.70 centavos

Distribuidor para la Argentina: H. E. HERZFELD. BUENOS AIRES. Río de Janeiro 229.

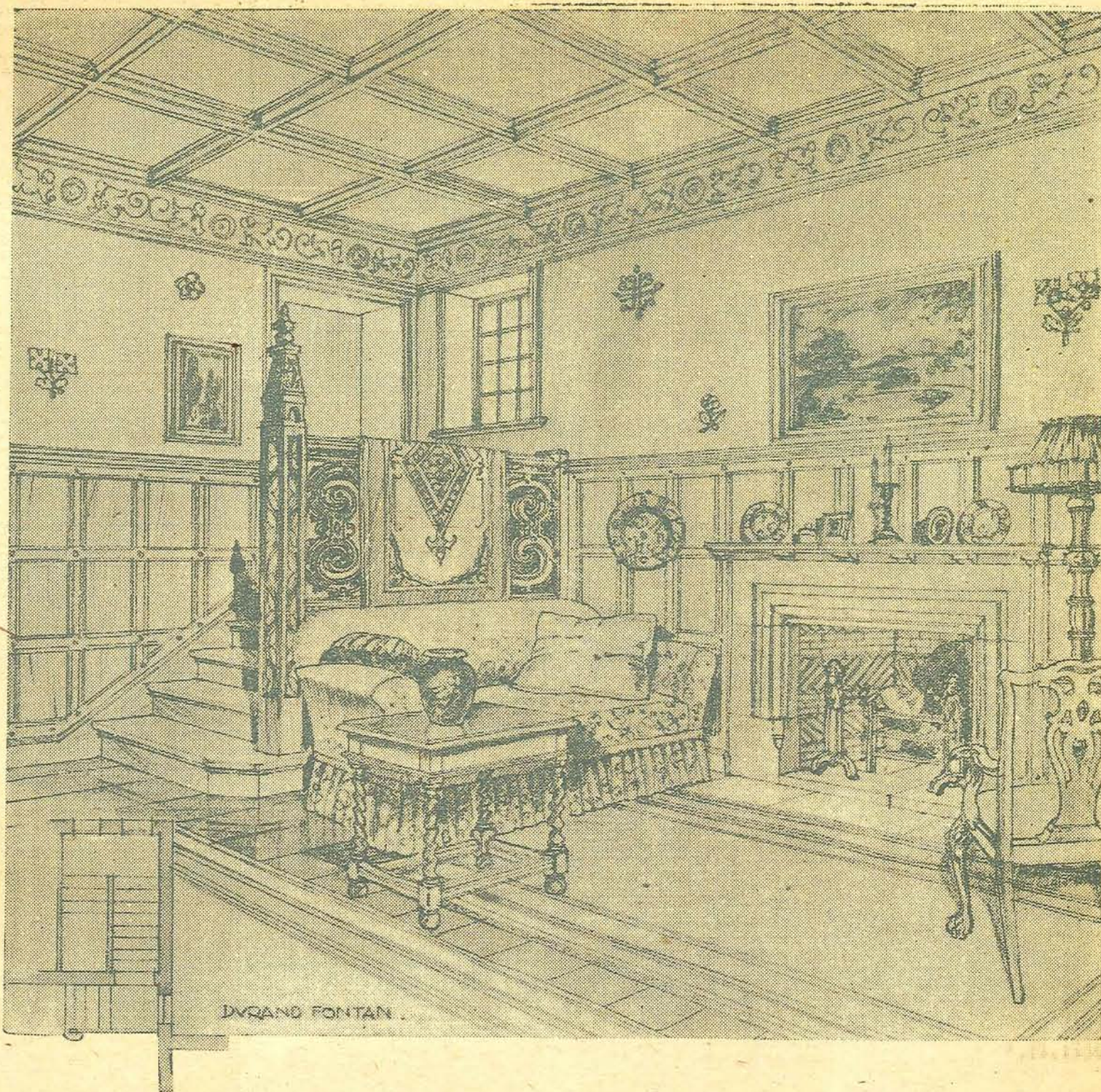
DETALLES DECORATIVOS DEL "LIVING ROOM"

POR

ENRIQUE DURANO FONTAN

POR mucho que la disposición del "living room" deba responder a conceptos generales casi uniformes, en cuanto al carácter, al destino y a la ornamentación, lo cierto es que las ideas aplicables a esta clase de recintos son muy variadas y de ahí que la individualidad del decorador o de la dueña de casa puedan acreditarse sobradamente, mediante la unidad y la variedad del mobiliario y con ayuda de la forma y del tamaño que se quiera darle. El proyecto que ilustra el grabado muestra una escalera oculta parcialmente y cuyo arranque forma parte del "living room" y contribuye a realzar su aspecto. Se trata de una escalera clásica, semejante a las que existieron en muchos castillos italianos del "cuatrocientos" con su baranda suntuosa y llamativa. La ornamentación interna, toda en madera tallada, es simple, pero ello no obsta a que proporcione una sensación de riqueza sin aparatosidad. Una estufa de regular tamaño sirve de centro de reunión en las noches de invierno y, al efecto, un cómodo sofá y uno o dos sillones constituyen su complemento adecuado. La iluminación se hace por "placards" laterales, a fin de prevenir la asimetría que resultaría al ubicar un centro de luz en el cielo raso, con evidente desventaja para el arreglo irregular y movido del mobiliario.

La iluminación natural es tenue y permite obtener una impresión de reposo y de austeridad. En lo alto de los revestimientos de madera que recubren los muros, la amplia faja blanca contribuye a la difusión de los rayos luminosos. Un cuadro sobre la estufa y otro en el tramo inicial de la escalera, unidos a diversos candelabros, piezas de plata, porcelanas y biscuits, complementan la nota artística y personal tan adecuada en estas circunstancias. El cielo raso a casetones, pintado en tono semi-oscuro en molduras y gargantas, y con un fondo claro en los paños lisos, añaden un encanto especial a todo el conjunto. La alfombra, lisa y sin contrastes violentos, entona con la coloración general de la habitación.



Un detalle importante es el de que la madera de los revestimientos y escalera reciban un lustre a muñeca, con lo cual se obtendrá un efecto agradable

de algo bien terminado. Hay que huir de los colores demasiado oscuros, pues los días en que vivimos no se prestan para que el espíritu de los mo-

radores de una casa resulte abrumado por decoraciones técnicas y desagradables. Estamos en el siglo del color. No los abandonemos bajo la sola

acción de una moda efímera, que pretenda trasladarnos a épocas y regiones de las cuales nos hallamos por cierto muy distantes.



ALMAS ARGENTINAS EN PARIS

(Continuación de la pág. 13)

podría ser, de quién se acordaba ahora todo su ser. ¿Quién? ¿Quién? Y exageraba el ademán de aplastarse el occipital con las manos. Se sintió argentino, pero con fondo ruso. El

veneciano se había perdido en la lontananza.

Se acordaba de bandoneones en el campo, exprimiendo la noche, abrazando nostalgias, apretando el pecho de lo lejano.

—Esta noche voy a tocar el bandoneón y el bandoneonista beberá contigo.

—¿Con ese tipo?

—Ese tipo soy yo... Y él es el que beberá champaña aquí.

—¿Otro antojo? ¿Qué borracho saca en ti la cabeza ahora?

—Todos tocamos en un bandoneón vacío a nuestros antepasados.

Se levantó y salió a buscar el médico del cabaret, al "maître" que todo lo puede consentir.

En el rincón del guardarropas se vio que tramaba con él algo perentorio y raro, porque sacó tres veces la cartera y engurruñó como papeles de seda varios billetes franceses.

Volvió. La luz se apagó como para volver al tango.

El requirió el chal de Edma, se lo ató al cuello.

—Ahora — la dijo — soy el hombre que bebió bandoneón años y años... Tú ten prudencia... Tienes que saber ser mi mujer. No puedes ser mi pareja como lo serías de cualquiera de esos franceses que no han tenido más que un horizonte... Y tú bailarás con el que voy a substituir.

Perfecto se sentó en la misma hamaca del tango.

En uno de los "ras" secos del bandoneón se oyó el golpe de una caja al caer y se vio avanzar al bandoneonista de pañuelo de seda al cuello hacia aquella dama que bebía champaña, abandonada, sola, con el gesto extraño de echar humo a su propio cigarrillo.

Edma se vio mezclada en el baile en brazos del desairado profesor.

Perfecto notó que se daba en él con fuerza de otro hombre aquel deseo de tocar el bando-

neón que era como féretro de sus difuntos, como cámara negra de recuerdos.

El regalo que había hecho a los músicos venció en éstos la posible aprensión a que desafiase y Perfecto se sentó entre los de la orquesta, en uno de aquellos banquillos de arruinados.

La estrangulación del bandoneón se oía con más frenesí que nunca. Perfecto tenía antigua ansia de aplastar el aire en conserva con estrujamiento de recién vuelto a llegar.

Desafinación de vinagería había en el aparato estrangulado por la vesania amorosa de Perfecto. Todas las parejas se entrelazaban en las notas arrastradas y desolladas del bandoneón.

Edma bailaba con el bandoneonista en vacaciones.

—Yo soy ahora lo que debí ser — dijo el bandoneonista substituido, en la serpentación del tango.

Edma callaba. ¿En qué apuros la colocaba Perfecto! Volvió a encontrarle en otro, como en el primer baile que bailaron, y, sin embargo, no podía hacerle caso porque ahora estaba comprometida con aquel hombre que tocaba el bandoneón en pleno retortijón del alma.

—¿Pero no se dará cuenta — pensaba Edma — de que nos mece en una voluptuosidad difícil de resistir?

Todas las parejas estaban cansadas de aquel tango tan largo cuando se encendió la luz.

Todos aplaudieron, pero pronto se apagó el aplauso al ver

que el bandoneón se movía, como sintiéndose lleno de la epilepsia de la noche.

Era de ver a todos espantados como si sospechasen que llevase dentro un gato negro, como si fuese una broma macabra de aquel argentino con pañuelo de lunares.

Perfecto mostró el revés abierto de aquel gran bandoneón y sacó un niño que lloraba al agror de la noche como el Moisés de los nuevos tiempos.

La madre, la pobre florista del cabaret, aun por muy bien que la hubiesen pagado su resignación, acudió al llanto del niño:

—¡Recogedlo! — dijo solemnemente Perfecto—. ¡Es el tango de mañana!

Se ovacionó el truco y Perfecto dió la mano al profesional que había estado con su mujer y se acercó a ella para ver si tenía el lunar negro de la infidelidad de las malas palabras.

Ella le besó. Perdonaba en él la comicidad de la burla porque había superado la tragicomedia en la última parte de la noche.

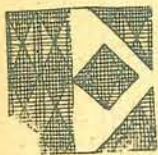
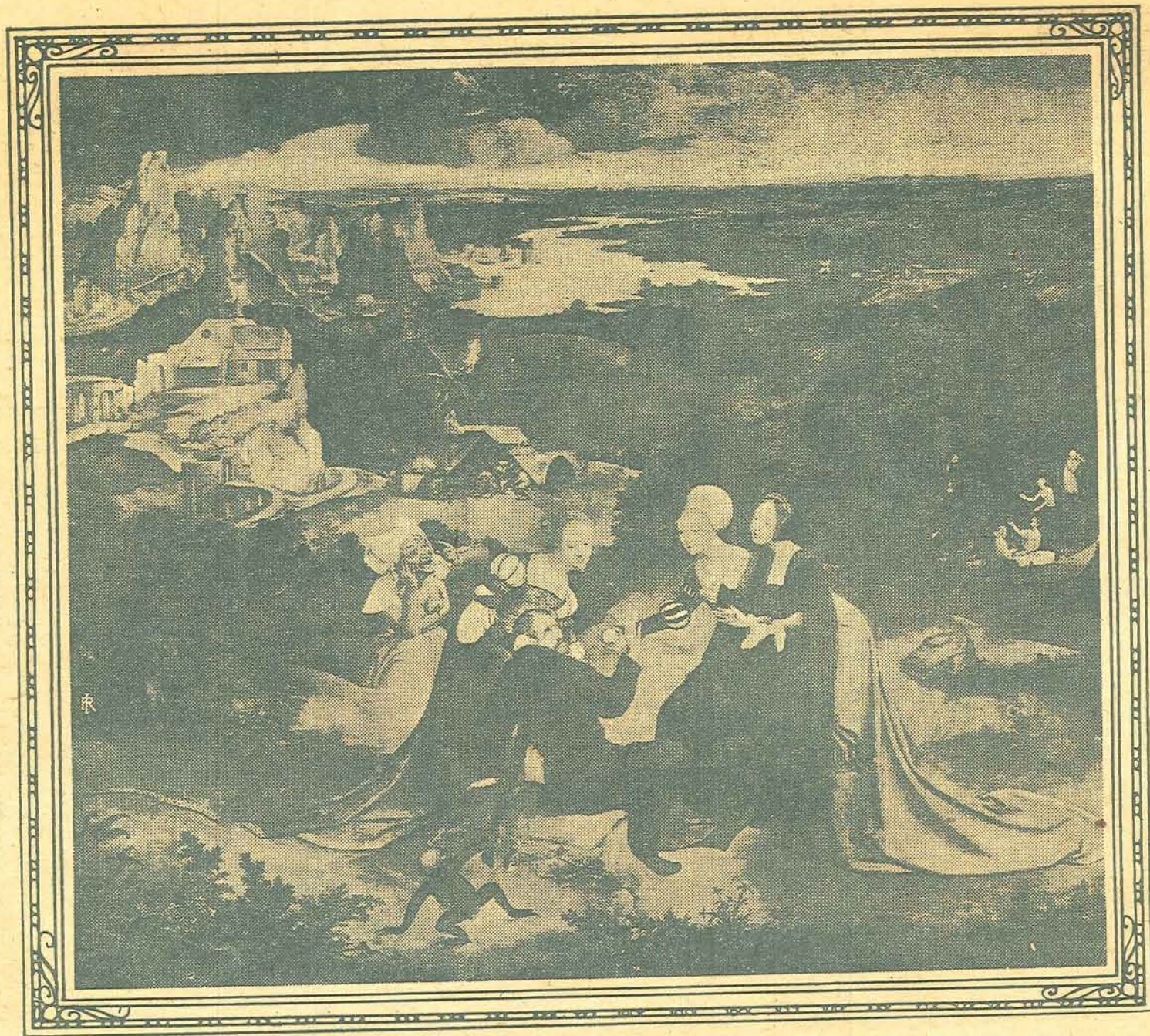
—Ahora vámonos — dijo ella apoyando la cabeza en su hombro como si tuviese sueño de no dormir nunca.

Una nueva ovación les premió al salir.

Detrás se quedó la estela del llanto del tango de mañana.

Los dos se iban a besar como padres después de la tregua de haber lanzado un hijo, ya abandonado el celo de padres y recobrado el celo de amantes.

Las tentaciones de San Antonio, cuadro de Patinir con figuras de Quintín Matsys (Museo del Prado)



SPANA posee, entre el Museo del Prado y el Monasterio del Escorial, el más copioso conjunto de pinturas originales de Joaquín Patinir, a quien Alberto Durero llamaba "Nuestro Joaquín, el buen pintor de paisajes".

Con poco menos de lo que se sabe de Patinir por los documentos y los libros se hace hoy un pintor misterioso. Pueden resumirse brevemente los datos que quedan acerca de su persona. Nace, por los años de 1475 en Bouvignes, según las mejores probabilidades; las investigaciones recientes han desechado la fecha de 1485 y el lugar de Dinant, admitidas por Gevaert en su obra sobre los primitivos flamencos. En 1515 se inscribe en la Guilda de San Lucas, o sea el gremio de pintores de Amberes, a continuación de Gerardo David, con el cual no faltan indicios de que trabajara en Brujas, entre el comienzo del siglo y la fecha de su inscripción como pintor en Amberes. Hubo de lograr una posición desahogada, porque consta que en 1520 compra una casa en la Rue Courte de l'Hôpital y se sabe que tuvo por lo menos un aprendiz. Le retrató a punta de metal en 1521 Alberto Durero, que hizo otro retrato del pintor para sí; estos dibujos no se conservan o no están identificados. A falta de ellos hay un grabado de Cort, en el libro de Van Mander, el Vasari flamenco.

Alberto Durero le trata con familiaridad. "Me invitó a su boda — escribe en el relato de su viaje — honrándome mucho; y vi en ella dos bonitas comedias, la primera especialmente pia y devota". Eran las segundas nupcias del pintor, con Juana Nuyts, de la que tuvo una hija llamada Petronila. En primer matrimonio estuvo casado con Francisca Buyts, de

la que tuvo otros dos, Brigida y Ana, de una de las cuales fué tutor, según parece, el pintor Quintín Matsys.

Y ya sólo se tiene de Patinir la noticia de su muerte, ocurrida en Amberes el año 1524, y quizá no en la mayor prosperidad, porque la viuda vendió la casa en el mismo año.

◆ ◆ ◆
¿Cómo fué Patinir? Sus noticias biográficas nos representan un buen burgués, al que nos inclinamos a atribuir costumbres apacibles, un hogar quieto, ornado con obras de arte — se sabe que Durero le regaló estampas de Hans Baldung — y un taller en que su pintura iba lográndose lentamente en plácidas obras de paisaje, tocadas con motivos de devoción. Queda, sin embargo, un testimonio, en Van Mander, que nos lo pinta como "personaje vulgar, dado a la bebida"; dice que "pasa días enteros en la taberna gastando escudos, hasta que la necesidad le impulsa a tomar los pinceles". Es un testimonio a distancia de muchos años, indirecto, y la idea que del pintor dan, sobre todo, sus cuadros, no se conforma con esa realidad viva. Pero tampoco hay inconveniente en darla por buena. El trabajo del artista sería su redención. Un trabajo que es todo templanza.

◆ ◆ ◆
Patinir interesa hoy, sobre todo, por sus paisajes. Es un paisajista, en el tiempo en que el paisaje, por sí mismo, no se considera tanto género de pintura como fondo de asunto principal.

Fondo es, en efecto, de episodios a veces importantes por su tamaño, como en el San Cristóbal del Escorial o en las Tentaciones de San Antonio, del Prado. Ambos, con toda la fuerza de sus figuras, valen, sobre todo, como paisajes. ¡Qué finura, sin embargo, en la expresión de las tentadoras, cu-

JOAQUÍN PATINIR Y SUS PAISAJES

POR
ENRIQUE DIEZ CANEDO

(Para LA NACION)
MADRID, enero de 1930

Cantar de arriero

Vengo bajando desde la puna con una llama y una vicuña.

Con una llama para mi ñaña, y una vicuña para mi cumpa.

¡Moñitos rojos en las orejas como las chinas sobre las trenzas!

Tatay, qué lindo, tatay, qué digo:

¡Cómo enamoran por esos cerros — más que las chinas — a los arrieros,

La miruñita de las llamitas y la alhajura de las vicuñas!

Rafael Jijena Sánchez

ya naturaleza infernal apenas se traduce en las largas colas, apiñadas en torno al eremita a quien van guiadas por una terrible vieja! Pero las figuras de este cuadro son de Quintín Matsys, y el San Cristóbal tiene quizá origen en Durero, de quien se sabe que le regaló cuatro dibujos del santo en papel gris, con toques de blanco, y otras figuras más, dibujadas a pluma, en 1521.

La colaboración con Matsys está reconocida desde 1574: "Las figuras son de mano de maestro Coytin y el paisaje de maestro Joaquín"; y otro cuadro, un "Descanso en Egipto" del Institute of Artes, de Minneapolis, reúne también los nombres de los dos artistas. Es probable su colaboración con Gerardo David. La comparación del "Descanso en Egipto", del Prado, con una Virgen del mismo Museo, atribuida a David, en el legado de D. Pablo Bosch, confirma la probabilidad. Y el llamado "Maestro de las medias figuras" y Joos van Cleve son también colaboradores suyos.

Patinir es ya un "especialista". Un siglo más tarde, Rubens se rodeará de especialistas para las flores, los animales, los fondos de paisaje en sus grandes lienzos. A Patinir, más que como proveedor de fondos para otros pintores, se le ve ayudado, servido por ellos. Las figuras quedan absorbidas por el paisaje.

◆ ◆ ◆
Paisaje de amplias extensiones, de hondas lejanías, con vastos cielos en que navegan altas nubes; accidentado con aguas y rocas; poblado de suaves arboledas y erguido, de pronto, en mesetas abruptas. El azul de la distancia envuelve los otros azules, los verdes, que cantan una sinfonía como de ensueño. No es paisaje del natural, por supuesto, ni la época lo imponía; es paisaje de estudio, hecho, al parecer, más que con apuntes, con recuer-

dos, poetizados por una imaginación amable.

Se ha querido buscar al paisaje de Patinir localización en los paisajes del Mosa (Fierens-Gevaert); es probable la influencia de los fondos de la escuela lombarda. Recordando los más ilustres, el de la Virgen de las Rocas, el de la Gioconda misma, se advierte alguna semejanza. Pero no vale la pena de insistir demasiado en el arte y traza de esta composición del paisaje.

Aun no se busca a la naturaleza para hacer su retrato, como se hace el de una persona. Aun se combina, según observa Friedlander, un juego de perspectivas, mirando las horizontales desde lo alto y las verticales de frente, en estos paisajes principalmente analíticos, aunque den una impresión general que ya colma por sí sola el sentido de la contemplación.

"Tenía una manera particular de tratar el paisaje, con mucho cuidado y finura", escribe Van Mander. Y habla como de una marca especial de cierta figurilla de hombre agachado que no siempre se ve, por fortuna, en Patinir. El P. Sigüenza, tan buen conocedor de arte, les pone algún reparo: "Otros quadros ay de un Aleman o Flamenco — dice en su descripción del Escorial — llamado Ioachimo, de excelentes paysages al olio, aunque no de mucho dibujo."

A España vinieron por encargo de Felipe II; alguno es de Guevara, nuestro primer coleccionista particular, de cuya testamentaria se adquirieron para las colecciones reales; y en la almoneda de D. Juan de Austria se mencionan unas Tentaciones de San Antonio cuya descripción corresponde al cuadro del Museo, aunque no las dimensiones.

Hay pintores para el gran público, pintores para las mujeres, pintores para pintores; Joaquín Patinir es un pintor para poetas.



NA vieja estampa y un libro de ayer me invitan a acercarlos mediante unas cuantas reflexiones. La estampa es del

siglo XVI, y pone a nuestra vista una pequeña ciudad amurallada y apacible. Labores de campo y embarcaciones que mariposean sobre las aguas latinas. En primer término, un galán, toca en mano, esboza los gestos del amor rendido. Al fondo, un arco iris prepara buen ingreso al cortejo de las venturas.

Barcelona era entonces una pequeña cosa, aunque muy grata de habitar. Ya mucho antes la había visitado un hijo de la florentina Alessandra Macinighi, el cual dice a su madre en 1446: "E una bella terra; e tutte le case che vi sono, ogni casa si ha il terrazzo, e molto bello. Ed evi dovizia d'ogni cosa", es decir, nada faltaba allí, según el buen Lorenzo di Matteo. En su día, Cervantes hablará del "mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro", suave escenario para la corteja y la virtud del esfuerzo catalán. Siglos adelante, la riqueza española, hábilmente dirigida por la aguijada del arancel, fecundará esas bellas aptitudes y Barcelona llegará a ser una gran ciudad, honor de España y del Mediterráneo. Cotejese la graciosa estampa del siglo XVI con la imagen actual. Como en el caso de Madrid, un poblachón atrasado, y bastante afecto a todo mal gusto, se volvió ciudad vitalmente enérgica.

Ahora el libro, M. Ernest Foissac ha escrito una novela: "Catalunya" (román catalán). El libro ha de ser leído por quienes busquen tras de su título alusiones a la cuestión catalana, un eco de agitaciones y violencias que no puedan conocerse por otros medios. Mas os digo que el desengaño les acompañará desde las primeras páginas. Se trata de un folletín vulgar, en el que nada trasciende del problema catalán. Es extraño que en Francia, donde el menor aficionado sabe evitar la "fourdeur" o pesadez—pecado vitando para el espíritu galo—, aparezca esta mole de lugares comunes, tan inhábilmente zurcidos. Libros como éstos fomentan la errónea idea de que el francés escribe frivolamente y sin enterarse. Según M. Foissac (p. 42), "después" significa "lentement", y la lengua española se habla "por más de setecientos millones de personas". No nos vendría mal. ¿Pero hay alguna lengua hablada por setecientos millones de personas?

Este insignificante volumen sólo interesa como reflejo de la inquietud de ciertos catalanes, que buscan en el extranjero plumas complacientes que recojan sus anhelos nacionalistas. El motivo primario para tan insubstancial relato fue la conversación con un transeúnte en las calles de Barcelona: "¿Viene el Rey alguna vez a Barcelona? —¿Qué rey?, me contestaron. El tono de enojo y de altanería con que fueron pronunciadas estas palabras me reveló toda la profundidad del problema catalán; sobre todo cuando añadió: —¿Qué vendría a hacer aquí? Tenía ante mí a un patriota lleno de ardor y de resentimiento".

He ahí, en efecto, la cuestión en su aspecto más vulgar y llamativo: un complejo de

EL REGIONALISMO CATALAN Y EL DE OTRAS PARTES

animosidad y resentimiento, que turba el sentido e inhibe la razón. El enojo ocupa el lugar de los argumentos y llena el mundo con el clamor de sus quejas.

Al pasar rápidamente las hojas de ese libro, contemplaba la Barcelona de hace cuatro siglos y la de hoy, espléndida, a tono con el resto de Europa. Tal progreso se realizó en España—no bajo España—, viéndola la amargura y la prosperidad comunes. ¿Cómo acontece, pues, que muchos barceloneses muestren rencor y desafecto hacia la vida general de España y se consideren más oprimidos y vejados que el resto de los españoles? Desconocer el hecho—o, lo que es lo mismo, execrarlo—es situarse en trance de no entenderlo. Hay catalanismo, sí. Al obser-

francesa, que tan alta civilización representa, que es tan lengua nacional como la otra, y es la hablada en la capital y la más influyente desde los días del emperador Carlos V. No acontece así, sin embargo, porque no sólo con razón se fraguan los destinos humanos. Hay de una parte la presión alemana, que incita a cultivar el flamenco, desde el cual se llega al alemán, como desde el dialecto valón se va al francés (con la diferencia de que el alemán no fué nunca la lengua de Bélgica). Pero más fuerte que ese impulso es la acción de la masa rural, el bajo clero y la pequeña burguesía, que agitan y revuelven la política del país, con el fin de que su habla sea reconocida como lengua universitaria, curándose poco de lo que en el

para ella: natural y justo es que así sea. Trata de florecer en la penumbra incierta donde las causas y los efectos rompen su eslabonado maridaje, y allí donde los deseos—cóncavos y prensiles—suscitan más que razones.

Las naciones constituidas por pueblos de diferente raza, de distinto estrato histórico o de variedad de lenguajes y de religiones, necesitan estar superando continuamente los impulsos disgregatorios mediante la acción enérgica de una idea, muy templada a su vez por el imperativo moral. Cuando tales condiciones se aminoran, entonces, frente a esa lógica y esa ética en ruinas, suele alzarse la psique, que exige satisfacciones de muy inmediata urgencia: nos interesamos no por el gran país que se nos

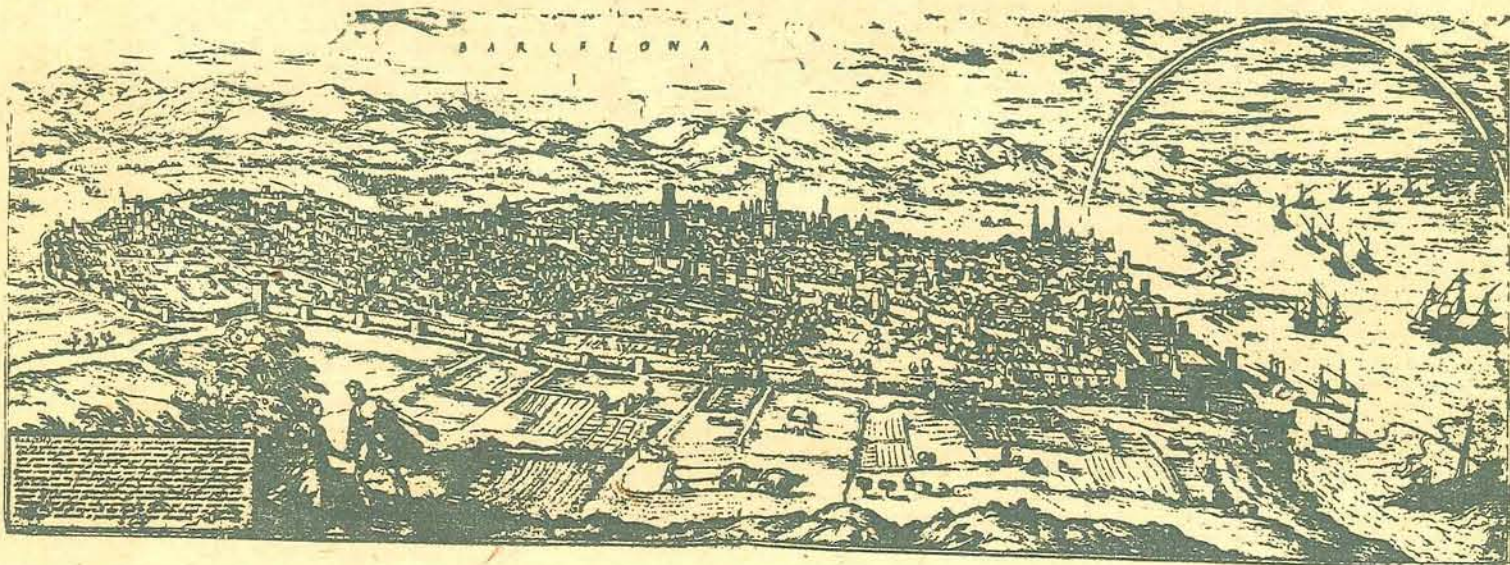
piñan con el cordobés? E así de esta manera, no todos los vasallos de la corona real de España son de conformes costumbres ni semejantes lenguajes". A fines del siglo XVIII decía aún el coronel Cadalso: "Dentro de la España hay variedad increíble en el carácter de sus provincias. Un andaluz en nada se parece a un vizcaíno; un catalán es totalmente distinto de un gallego; y lo mismo sucede entre un valenciano y un montañés. Esta Península ha tenido siempre variedad de trajes, leyes, idiomas y monedas".

Es innegable, de todas suertes, que algunas fuerzas unificadoras no han cesado de actuar, porque de otro modo no existiríamos como país, ni habría sido posible hacer frente a los impulsos centrifugos de ciertas regiones. Lo cual no impide que cada provincia considere las demás como extrañas, y que Barcelona sienta indiferencia hostil hacia los castellanos. No creo posible una desmembración violenta de España, pero ya es bastante enojoso que se den en nuestros días esas formas de alejamiento moral. Y es que nos ha faltado la empresa común (fuera pequeña o grande), el negocio, la mera curiosidad, en suma, cultura. Las villas y las comarcas adquieren así aire primitivo e ingenuo, y la menor particularidad les hace creerse únicas y sobresalientes. A su vez, Madrid no se esfuerza por convertirse en una sensible an-

tena de la conciencia nacional, porque ni lo catalán, ni lo gallego, ni lo vasco se hallan representados en el cuadro de los altos estudios de su Universidad. Tan separatista y disgregante es Castilla como las demás porciones de la Nación. Cada día concedo más alcance al valor formativo y deformativo de la vida religiosa en la tradición hispánica, tan caracterizada por la contemplación inactiva, tan desdeñosa para la labor concreta y las actividades sociales que no tengan por eje la misma religión. El español masa se interesó o por las abstracciones del empirismo o por las faenas más modestas y elementales: fraile o labriego. Todo lo que no fué eso ha nacido tardía, esporádica y anormalmente.

En suma, el estado de crisis o de perversión de las democracias europeas viene a refluir en España sobre las condiciones esenciales de su ser histórico. Reviven rencores y resentimientos. Cualquier pretexto es bueno para sostener que no se respeta la personalidad regional, y hasta soñamos con una independencia política por el hecho de hablar otra lengua además del castellano. ¿Por qué no piensan así los catalanes de Perpiñán, que con tan buenos ojos suelen mirar las aspiraciones de sus vecinos?

Confiemos en que un afinamiento de la sensibilidad religiosa de nuestro bajo clero—e incluso del alto—les haga recordar que catolicismo quiere decir universalidad, y que a base de ese concepto pudo un fraile del siglo XVI fijar los supuestos del actual derecho internacional. El día que desde los púlpitos y confesonarios de Cataluña y Vasconia se difundan doctrinas más comprensivas, habrá perdido la mitad de su fuerza el llamado separatismo. ¿Cuánta energía perdida en dar apariencias de vida a lo que en el fondo no es sino incapacidad vital!



vador curioso toca decir por qué lo hay. Al político—no lo soy yo—correspondería hallar modos de que no lo hubiera.

OTROS HECHOS ANALOGOS

Como siempre, entre las causas de un hecho de tamaño volumen, unas son amplias y otras de más angosto perfil. El asunto catalán ostenta alguna analogía con el caso actual de Alsacia-Lorena, de la Bélgica de habla flamenca y de Irlanda. Por distinto que sea el cariz de los apetitos disgregatorios en esas regiones, en el fondo coinciden en buscar su fundamento, sobre todo en ciertas discrepancias lingüísticas o religiosas. La conciencia de su personalidad es, además, inseparable del hecho de participar de una cultura algo desnivelada con la del resto del país. Ni aun el más ofuscado pretenderá que la civilización irlandesa sea superior a la británica, ni que la vida agraria y social en la retardada Erin sea parangonable con la de la isla mayor con que se enfrenta.

Digamos lo mismo de los belgas flamíngantes. La pugna por excluir la lengua francesa de la Universidad de Gante está nutrida por aspiraciones populares y democráticas, mas también por un complejo de resentimientos, agresión chillona para ensordecir la conciencia de la propia inferioridad. Porque, ¿qué es el flamenco y la civilización flamenca? Un habla germánica, hoy con menos cultivo literario que el holandés, en el fondo lo mismo que éste, aunque defiende enérgicamente sus diferencias. El flamíngante no quiere ser ni alemán ni holandés: aspira a no salir de su pequeña y propia salsa. ¿Qué cultura se dará en lengua flamenca y cuál será el destino del escritor que use semejante idioma?

Racionalmente discurriendo, parece que todos los belgas debieran aspirar a moldear su ser colectivo dentro de la lengua

Barcelona en el siglo XVI

mañana pueda hacer un joven provisto de semejante cultura. Con tal de satisfacer la aspiración localista—ser médico o funcionario de su pueblo—, el destino global del país no entra en esos cálculos.

La democracia en nuestros días ha llegado a morderse la cola. Nació la idea de la soberanía popular bajo un sol de universalismo: humanidad, razón común, alzamiento del campesino ignaro para que divisara el mundo dilatado por sobre la valla de su heredad. Así lo predicaban en el siglo XVIII, y a nosotros llegó todavía el rumor solemne de las multitudes, agitadas por la emoción jurídica: rostros místicamente levantados hacia un futuro de solidaridades y respetos. Mas desde hace años, esas multitudes involucionaron, y han sentido premura por gastar su fuerza en afanes muy elementales, se regodean con lo más inmediato y de momento. A aquel Hombre con letra grande postulado por el racionalismo—el gran incubador de la democracia—, han venido a substituirlo infinitos homúnculos de inicial menuda. A lo humano y amplio lo reemplaza el terruño y el localismo. Se actúa con apetitos más que con reflexiones, y se revalora lo emotivo y extrarracional. El mayor sostén de los separatismos nacionalistas es la religión católica de nuestros días.

No por acaso están siendo alimentados por el catolicismo, sobre todo por su clero inferior, los regionalismos irlandés, flamenca, alsaciano, catalán, vasco y hasta gallego. La religión trata de reconquistar temas, en estos tiempos difíciles

brinda con una realidad ideal (nadie lleva la patria en su bolsillo), sino por la región que nos es sensiblemente familiar; y pareciéndonos su ámbito demasiado espacio, reducimos éste a ciudad, a barrio, incluso a esta acera, que es la nuestra, frente a la contraria que es de los otros.

SEPARATISMOS HISPANICOS

La disgregación del Imperio Ibérico es un resultado de la decadencia iniciada a fines del siglo XVI. Las antiguas regiones vuelven a sentirse sueltas y desligadas. Se describe así el hecho, pero no lo explicamos. En plena Edad Media se aspiraba a la unidad de la Península; a mediados del siglo XV, los catalanes ofrecen la corona a Enrique IV el Impotente, sin que este menguado hombre pudiese aceptar tamaño honor. Después vino la unidad, Carlos V y Felipe II. ¿Cómo acontece, entonces, que ya en 1640 se inicie el cuarteamiento de Iberia, separándose Portugal e intentándose Cataluña? Hasta llega a hablarse de una posible disgregación de Andalucía y de Aragón. El Duque de Híjar fué procesado y torturado por sospecha de querer alzarse con el trono de Aragón. Es decir, que casi lo primero que se desmorona es la cabeza, no las extremidades del cuerpo hispano: Italia, Bélgica, Franco-Condado, América e islas oceánicas.

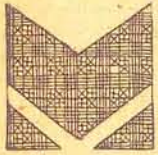
Es que los españoles en el siglo XVI habían combatido, pero no convivido. El vértice de su convergencia era el prestigio del nombre real, y los intereses que los ligaban eran leves y elementales. Fernández de Oviedo veía el problema desde América: "Aunque eran los que venían vasallos de los reyes de España, ¿quién concertará al vizcaíno con el catalán, que son de tan diferentes provincias y lenguas? ¿Cómo se avendrán el andaluz con el valenciano, y el de Per-

AMERICO CASTRO

(Para LA NACION)

MADRID, enero de 1939

P O R P. CHAMIER T R I P P



MAYO, el temible mes de verano en la India, terror de los asiáticos y de los europeos empezaba recién. El sol en su cenit vibraba sobre la tierra endurecida y reseca, que parecía encogerse en muda protesta contra el cruel e intenso calor.

La pequeña estación rural de Rukmapalli yacía sumida en profundo letargo. El "gurri" (reloj de la estación) acababa de dar las doce y hombres y bestias, como por mutuo acuerdo, buscaban la sombra de los grandes árboles cercanos. La plataforma, a la reverberación del mediodía, aparecía desierta y vacía.

En un extremo se elevaban tres árboles de "mohar" cuya sombra ofrecía amistoso refugio; agazapado allí en diferentes actitudes de sueño, descansaba el personal de la estación, guarda agujas, peones y empleados. El ganado perteneciente a éstos, rumiaba en grupos pintorescos en el interior del gran patio.

Allí enfrente, un enorme "tanque" constituía la reserva de agua, que en la época de las lluvias llegaba hasta el terraplén. Ahora, empero, lo que fuera lago, se veía reducido a un pequeño charco barroso, rodeado en tres lados por la selva tupida e impenetrable, que se extendía hasta perderse de vista. Esta selva, que comenzaba, por así decirlo, en las mismas puertas de la estación, era tan tupida y cobijaba tantas bestias salvajes, que ninguno de los hombres del lugar se atrevía a salir puertas afuera, después del anochecer.

Debido a esta poderosa razón había que encender las luces del semáforo lejano cuando el sol se hallaba todavía muy alto en el firmamento.

Era tan grande el riesgo, que el auxiliar del jefe de la estación a cuyo cargo estaba el privilegio dudoso de la guardia nocturna, se encerraba en su oficina al caer la tarde, y no salía de su refugio hasta la salida del sol. Los animales salvajes miraban al hombre con tanta indiferencia, que en cierta ocasión se pudo ver un enorme tigre descender, en pleno día, al estanque, beber hasta saciarse y retirarse luego con toda tranquilidad.

Brown, un empleado del ferrocarril local que sería de cierta importancia a juzgar por el coche-salón donde viajaba y que hallábase detenido en un desvío junto a la estación, se encontraba a la sazón tendido cómodamente en una silla a la sombra de un árbol. Acabado su trabajo matutino, había abandonado su coche-salón — convertido en un horno — para descansar a la fresca sombra de los árboles. Esperaba la llegada del tren en que debía acoplarse su vagón. La llegada del convoy constituía un verdadero acontecimiento del lugar. Convertido en teatro de un apresurado ir y venir de nativos hasta que sonaba el silbato de la partida. Entonces todo volvía a su acostumbrada y soñolienta indiferencia.

Estaba Brown a punto de dormirse, cuando lo despertó una voz ronca que clamaba: "¡Sahib! ¡Sahib!" Abriendo los ojos, advirtió ante sí a un peón, que vestido solamente con su taparrabos, se sostenía sobre un solo pie como una cigüeña. Al ver que el Sahib hallábase despierto, hizo una profunda reverencia y anunció el objeto de su visita. Una enorme pantera había muerto una de las vacas de un poblador. Brown se interesó grandemente por el suceso. Pidió detalles del mismo y el hombre contó el hecho. Poseía una vaca lechera que, como de costumbre, había llevado a pastorear, con los demás animales, el día anterior. Al regreso de la tropa, echó de menos la vaca y salió en busca de la rezagada.

La senda que seguían los animales corría al borde de un camino carretero, encajonado entre una espesa y tupida selva. ¡Cual no sería la sorpresa de nuestro hombre, cuando después de haber andado por espacio de una milla, advirtió en una cur-



ILUSTRACION DE JUAN CARLOS HUERGO

va de aquel sendero y en un lugar donde crecía un tamarindo de gran tamaño — situado de modo que obscurecía lo que estaba debajo — al objeto de su búsqueda, tendido en el suelo, atravesando el camino! No fue esto empero lo único que le hizo contener el aliento; agazapado detrás del cuerpo de su víctima, se hallaba un enorme animal color pardo, que al verlo lanzó un gruñido y enseñó los dientes.

Por lo general, el encuentro con uno de estos grandes felinos es cosa habitual entre los nativos de esta parte de la India, de manera que el peón sólo se turbó por un momento. En seguida comenzó a dar voces y llenar de imprecaciones a la fiera, la cual se incorporó pesadamente y azotando sus costados con la cola, en rencoroso desafío, desapareció de un brinco en la espesura.

Habiendo espantado a la pantera, pues eso era según el nativo, el hombre retornó a la aldea, en procura de auxilio. Allí le manifestaron que lo mejor que podía hacer en tales circunstancias era dejar el cuerpo de la vaca como estaba, y correr a la estación, donde podía pedir ayuda al gran Sahib cuyo coche-salón estaba en un desvío de la misma.

De esa manera le sería fácil combinar la venganza con la ganancia, pues con toda seguridad se mataría al animal y recibiría una buena propina (buckshis). En cumplimiento de semejante consejo, era que el hombre se había dirigido a la estación e interrumpido bruscamente la siesta de Brown.

Después de haber dado las órdenes pertinentes para que se desenganchara su vagón (acababa de llegar el tren diurno), salió Brown con dos ayudantes, que transportaban una escopeta, un rifle de repuesto y buena provisión de perdigones.

A poco de caminar por la espesura llegaron al lugar del suceso y hallaron allí a la vaca, con dos grandes huecos a cada lado de la garganta. Al contemplar los rastros del ataque, Brown dudó que los destrozos correspondieran a una pantera, pues este animal generalmente desgarraba a su víctima y en el caso que se presentaba la víctima no tenía más que heridas limpias; pero, como el nativo insistía en que se trataba de una pantera de gran tamaño, Brown asintió.

En la imposibilidad de construir una "machan" (plataforma), y después de hacer un prolijo reconocimiento de los alrededores, Brown trepó a un árbol y se apostó en un sitio desde donde se dominaba la res muerta. No era aquél, ni muy alto ni muy cómodo, pero como creía que sólo se trataba de una pantera, le pareció que eso era suficiente. Quedaba el cazador como metro y medio del suelo, descansando sobre una

rama y con un brazo rodeando otra, para conservar el equilibrio. Una vez instalado en ese sitio, los ayudantes se retiraron hasta cierta distancia a la espera de los acontecimientos, no sin dejar de hacer bastante ruido.

Con las sombras de la noche, una quietud mortal invadió la espesura. Era tal el silencio, que se podía oír caer el proverbial alfiler. No duró mucho, sin embargo; una familia de pavos reales llegó al claro que se hallaba a la derecha de Brown y comenzó a picotear el suelo sin cuidarse de la cercana presencia de aquél. Pasado un rato se alejaron, pero aun se les oía afanarse en procura de su alimento, entre el ramaje.

El tiempo empezó a hacerse largo para Brown; ya comenzaba a pensar que estaba prolongándose demasiado su permanencia en el lugar cuando de repente, con grandes aleteos y graznidos, toda la familia de pavos reales levantó el vuelo y pasó sobre las copas de los árboles. Con toda seguridad algo los había asustado; probablemente un felino, pues los pájaros no aletean así agitados sino cuando el intruso pertenece a esa especie.

A la derecha de Brown toda la espesura parecía haberse despertado a la vida; oíanse a los pavos que se llamaban y se respondían de un árbol a otro. Con las debidas precauciones, nuestro hombre giró sobre su inseguro asiento, hasta enfrentar la zona del peligro. Volvió a hacerse el silencio que a poco fue nuevamente interrumpido por el fuerte "campaneo" de un ciervo que enfrentaba a Brown. ¿Qué era lo que había alarmado a este animal?, se preguntaba el cazador. La respuesta no se hizo esperar, pues de improviso y sin aviso alguno, vio éste abrirse la maleza y aparecer la enorme cabeza rapada de un tigre.

Una vez seguro de que el camino estaba libre, el animal salió lentamente, paso a paso, hasta llegar al medio del camino, volviendo la cabeza a derecha e izquierda sucesivamente. Era un macho perfectamente marcado, de rayas claramente dibujadas y visibles.

Se hallaba tan cerca de Brown, que a éste le pareció que podía cortarle los bigotes. En cuanto apareció el tigre, nuestro hombre decidió no hacer fuego bajo ningún concepto, a menos que se tratara de su defensa personal, y prefirió dejar que la fiera comiese hasta hartarse y que luego se retirara, pensando que con las armas que poseía, atacarlo equivaldría a un suicidio. Los perdigones están bien para una pantera, pero contra el señor de las rayas, no hay nada que hacerle. Realmente se encontraba en una situación en que la prudencia era la mejor parte del valor. De modo que Brown no

EL TIGRE DE BROWN

se atrevió a hacer el menor movimiento y sus votos más fervientes fueron que el recién llegado se retirase a la brevedad posible.

Entretanto, el tigre en preparación del banquete, comenzó a dar vueltas alrededor de su presa, olfateando y runruneando sin cesar. De pronto, empero, sus muestras de placer se tornaron en gruñidos de enojo, y tras la pantalla de sus ramas protectoras, vio el hombre que la fiera agitaba violentamente la cola. ¿Qué podía haberlo irritado tan bruscamente? Sin duda, habíalo husmeado o sentido instintivamente la proximidad del peligro.

De todos modos se dirigió hacia el árbol donde se hallaba Brown y comenzó a rondarlo, sin cesar de gruñir y de husmear. No contento con esto, retrocedió unos pasos. Las fieras rara vez elevan la vista más allá de su nivel; pero ésta la levantó, y en esas circunstancias, descubrió al hombre en su escondite.

Bajáronse al punto sus orejas, se agazapó, y en esta posición empezó a rugir en dirección al que estaba en el árbol. Los viejos "shicarís" conocen los avisos de peligro, y Brown no había desperdiciado sus quince años de experiencia, entre los animales de caza mayor.

Evidentemente el peligro se acercaba y el cazador, convencido de ello, se preparó a enfrentarlo con todo su valor. No permaneció mucho tiempo en suspenso, pues con un terrorífico rugido, que repercutió en mil ecos e hizo gritar y alborotar a todos los habitantes de la selva, saltó el tigre hacia el árbol con su boca abierta como una caverna. Este despliegue de ferocidad no amedrentó a Brown, quien con la mayor serenidad levantó su rifle y disparó dos cargas en las fauces abiertas de la fiera.

El trueno de la doble descarga resonó en la selva y la bestia herida dio una vuelta completa sobre sí misma, para caer sobre el cuerpo de la vaca, donde se revolcó rugiendo de dolor y de furia.

De pronto dió un enorme brinco y se introdujo corriendo en la espesura, dando fuertes rugidos. Brown la oía disparar sobre las hojas secas. Parecía correr en un círculo; ora al frente, ora al fondo. Poco a poco cesaron sus pasos y se oyó el ruido como de un cuerpo pesado que caía.

Siguió un profundo silencio. Tranquilamente Brown cargó de nuevo su rifle y esperó; pero al no oír nada, bajó cautelosamente del árbol. El cuerpo de la vaca estaba cubierto con la sangre del tigre, mas a nuestro hombre no le interesaba este detalle; su principal anhelo en aquel momento, era poner la mayor distancia posible entre su persona y aquel demonio en cuatro patas. Con el rifle amartillado fué retrocediendo lentamente del sitio; llegado que hubo a una distancia razonable, se volvió y corrió desesperadamente hacia la estación. Al llegar a ésta se desahogó cumplidamente contra el nativo, causante de toda esta aventura. Ninguna manifestación de ira podía, sin embargo, cambiar las circunstancias del caso, y Brown ya más tranquilo, procedió a tomar las disposiciones correspondientes para recobrar el tigre, no sin antes precaverse debidamente, a fin de evitar que cualquier nativo desprevenido, tropezara con el monstruo herido.

De esta suerte, despachó emisarios a las aldeas vecinas advirtiéndole que nadie se acercara al lugar del suceso, y una vez seguro de haber tomado todas las medidas posibles, Brown se sentó a saborear su bien merecida cena. Terminada ésta, se hizo llamar a varias notabilidades locales en materia de cacerías, con el objeto de ponerse de acuerdo sobre el mejor plan a seguir al día siguiente.

Varios fueron los pareceres emitidos, pero ninguno fué recibido con muestras de aprobación, hasta que un viejo de larga barba, que había estado escuchando en silencio, propuso que se hiciera pasar por la espesura, una tropa de búfalos seguidos de cazadores.

Aquí surgía por fin una idea cara a los corazones de los nativos y el bajar de cabezas, en señal de afirmación, demostraba que era unánime la aproba-

ción con que se recibía el proyecto.

Como en opinión de Brown éste era el único plan que encerraba alguna esperanza de éxito con el mínimo de peligro, convino en él, y procedió inmediatamente a impartir las órdenes necesarias para reunir una tropa de búfalos.

Mucho antes de amanecer Brown ya se había vestido y esperaba con impaciencia la llegada de los peones con los búfalos. Pronto se congregó una multitud de ociosos alrededor de su coche-salón, pues ante la noticia de la expedición, propagada con la rapidez de un rayo, todos querían estar presentes a su desenlace y además ganar algunos de los "buckshis" que seguramente se distribuirían en caso de éxito.

Por fin llegó la tropa, compuesta de unos veinte búfalos capitaneados por un verdadero patriarca, de largas astas. Al husmear la presencia de un hombre blanco, aquél pateó y resopló con furia, porque es hecho sabido que estos animales, que se dejan manejar por cualquier indígena, se enfurecen con la proximidad del blanco.

Una vez que Brown hubo repartido las escopetas a sus ayudantes, se inició la marcha encabezada por los búfalos y sin novedad llegaron hasta el árbol, lugar del suceso de la víspera. La partida se componía de cinco personas; los demás habían quedado en la aldea, pues sólo habrían servido de estorbo y no hubiera dejado de ser una gran catástrofe, si el tigre herido llegaba a abalanzarse entre aquella multitud de hombres desarmados.

La osamenta de la vaca ya no se veía, cubierta como estaba por una bandada de cuervos, que se disputaban los mejores trozos. Al acercarse los cazadores, aquel mal oliente enjambre se dispersó, pero solamente hasta los árboles cercanos, desde cuyas ramas aguardaban con el pescuezo estirado a que se alejaran los intrusos.

El rastro empezó a sentirse; al acercarse a la sangre, el búfalo que hacía de guía se detuvo olfateando. De pronto bajó la cabeza y con un mugido de rabia, echó a andar por el rastro seguido del resto de tropa y, a su vez, por los hombres de la partida.

Apenas habían andado unos cincuenta metros, cuando un espantoso alboroto se produjo en las avanzadas; era aquello una serie de mugidos y rugidos imposible de describir. Los cinco hombres treparon en seguida a los árboles más cercanos y más accesibles. No hay para qué decir que Brown no se quedó atrás y el árbol que eligió este único hombre blanco, resultó ser un tamarindo.

Pero ¡ay! del pobre Brown. Al pretender subir a sus ramas, halló que el dueño de la vaca muerta se le había adelantado.

Allí al pie del tamarindo había quedado como petrificado; sus pies y manos se rehusaban positivamente a hacer el menor movimiento. Ni subía, ni dejaba subir a Brown; por fin, con la ayuda de éste consiguió trepar hasta una altura medianamente segura, profiriendo palabras furiosas como un loco.

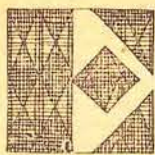
De esta manera pudieron salvarse, después de duros esfuerzos, estos dos hombres. No bien habían terminado de ocultarse entre las ramas, cuando como un torbellino rugiente apareció el tigre herido, seguido de cerca por los búfalos al frente de los cuales marchaba el más viejo de todos.

Al verse apremiado se volvió para hacerles frente respaldado por un corpulento tamarindo. En menos de un instante desapareció de la vista de los espectadores, pues sin vacilar un momento los búfalos se le echaron encima. Al principio el tigre — verdadera encarnación de la furia felina — pareció detenerlos; pero su situación era demasiado desventajosa y pronto se vio acorralado por una masa hirviente, rugiente, formada por aquellos animales sedientos de su sangre.

Mientras tanto, ante la posibilidad de acertar un tiro desde su puesto en el árbol, Brown bajó de él y empezó a buscar un claro donde apuntar, pero en vano.

En estas circunstancias, sin saber cómo, el búfalo viejo logró introducir sus cuernos debajo del tigre y con un vigoroso

EL IMPERIO PREHISTORICO DEL VASCUENCE



N un artículo anterior, titulado "La primitiva lengua ibérica", vimos que, según Julio Cejador, esta lengua fué el vascuence, con la cual y con el alfabeto ibérico fijado por él pudo descifrar todas las inscripciones prelatinas halladas en la Península sobre planchas metálicas, piedras sepulcrales, monedas, medallas y objetos de alfarería. Con esto queda resuelto un problema de prehistoria hispánica: que el idioma más antiguo de que hay señal en la Península fué el vasco y que él fué, por lo tanto, lo que hasta ahora se llamaba vagamente el primitivo idioma ibérico.

Pero el problema trasciende de la prehistoria española. Ese idioma, ¿fué un crecimiento espontáneo y autóctono de la Península ibérica o tiene alguna relación o parentesco con la lengua o lenguas de otros países? Y si el parentesco existe, la lengua y la cultura ibéricas, ¿son origen o consecuencia de otros florecimientos ultrapeninsulares? En otros términos: la cultura ibérica primitiva, ¿vino al extremo meridional del Occidente europeo por la vía de Oriente, o sea por la cuenca mediterránea, o tal vez por el Norte, o al contrario, se expandió de la Península ibérica a otras regiones de Europa?

Desde luego, si los descubrimientos de Cejador prueban su solidez—y yo, insisto, no pretendo en estos artículos otra cosa que divulgarlos—hay que admitir que el vascuence se habló y escribió fuera de España, o sea que no fué un fenómeno territorialmente aislado. Nuestro lingüista afirma que el lenguaje y el alfabeto ibérico se emplearon nada menos que en Creta, durante los períodos de la civilización minoana o minosina, así llamada del nombre de su fundador el rey Minos. Como se sabe, el explorador inglés Arthur J. Evans descubrió en 1894 el fa-

impulso arrojó en alto al furioso animal, ante la sorpresa de Brown, que esperaba un desenlace bien distinto. La batalla pareció terminada; la rápida mirada que pudo echar nuestro cazador a aquella fiera en el aire, le demostró que en ese sentido no había nada que temer. Su única preocupación consistía ahora en librar el cadáver antes que los búfalos estropearan la piel. Con tal objeto, ordenó a los demás cazadores que descendieran de los árboles y espantaran a los búfalos.

Con muy poca gana bajaron aquellos hombres de sus escondites, una vez convencidos de que el tigre estaba bien muerto, y se precipitaron corriendo entre los búfalos, dando grandes voces y golpeándolos con sus látigos. Los animales parecían no comprender qué era lo que pretendían con ello y muy lentamente se alejaron formando algo parecido a una tropa.

El viejo patriarca echando sangre por numerosos surcos en su espaciosa frente, donde las garras del tigre habían hecho estragos, pateaba todavía y parecía ansioso de atacar de nuevo a su adversario; pero los troperos obligaron a las bestias a alejarse mientras se llevaban a efecto los preparativos para conducir al tigre hasta la estación.

Se cortaron cañas adecuadas y se ataron a ellas las patas de la fiera, y una docena de voluntarios lo alzaron sobre sus hombros.

En esta forma, con alegres y frecuentes aclamaciones fué llevado el señor de la selva hasta su destino. Era el tigre de mayor tamaño cazado por Brown, magnífico ejemplar con rayas perfectas.

No hay para qué decir que los "buckshis" y los regalos fueron propinados en gran escala, y que todos, incluso el dueño de la vaca, volvieron a sus casas bien satisfechos de la jornada.

moso palacio de Knossos, donde se encontraron restos admirables de una cultura muy anterior a la griega propiamente dicha y de la cual no se tenía el menor dato directo, fuera de las alusiones de los poetas homéricos. Según los arqueólogos más autorizados, la civilización minosina comenzó en el período neolítico, hacia el año 3000 antes de Cristo, culminó en las postrimerías de la edad del bronce, entre el año 1500 y 1300, y desapareció con el advenimiento de la edad del hierro (dato tal vez interesante para aplicar la teoría económica o técnica de la historia a la evolución del poderío cre-



INSCRIPCION IBERICA DE CRECHIO (ITALIA)

tense). Para Evans, la civilización minosina se interrumpe en absoluto a partir de 1200 antes de Cristo, o sea casi seis siglos antes de la primera olimpiada.

Cejador declara que el alfabeto cretense no es, como el fenicio y el griego, una modificación, sino una repetición integral del ibérico, con las mismas letras, el mismo valor fonético y las mismas variantes que aparecen en España, Portugal y Francia (Glozel). También son muy semejantes los enlaces de unas letras con otras y los usos de la jucha. Hay, sin embargo, una diferencia aparente, que ha inducido a error a muchos investigadores, y son las inscripciones pictográficas, imitando figuras de animales y de objetos, mezcladas con los signos lineales. Esas pictografías fueron tomadas por jeroglíficos, hasta que Cejador ha descubierto también que son las letras primitivas, transformadas en dibujos de cosas y animales parecidos, según la fantasía de los inscriptores o copistas.

Con los valores fonéticos de la escritura ibérica, Cejador reduce las inscripciones cretenses a caracteres latinos y el sorprendente resultado es que la lengua obtenida es también el vascuence, lo mismo en los textos lineales que en los pictográficos. De ese modo descifra gran número de inscripciones halladas en cilindros, guardasellos, tabillitas, piedras, vasos, etc., y transcripciones por Evans en su obra "Scripta Minos" (Londres, 1909, vol. 1). Las palabras logradas son, en efecto, puramente vascas y todas ellas pueden encontrarse en el diccionario de Azkue. Otra coincidencia curiosa: en las inscripciones cretenses, como en las ibéricas, abundan los temas báquicos y la preocupación de la muerte; temas tampoco indiferentes a los vascos contemporáneos, aficionados a la enotecnia y a la inmortalidad, incluso física, como puede atestiguar, en lo segundo, don Miguel de Unamuno.

Del reino de Minos, Cejador se traslada a Italia, a la antigua Etruria, y allí se pone a desentrañar inscripciones prelatinas que habían sido también la desesperación de arqueólogos y lingüistas. El resultado es el mismo: alfabeto, el ibérico; lengua, el vascuence. Así descifra la inscripción de Cupra Maritima, la de Crechío y cuantas se propone. Y los temas también son semejantes: agrícolas, humorísticos;

POR
LUIS
ARAQUISTAIN

(Para LA NACION)
MADRID, enero de 1930.

alusiones frecuentes al vino, a la pereza, al soldado gloriarrón — ¡eterno "Miles gloriosus"!—, a la muerte y vanidad de vanidades. Todo indica que la cuenca mediterránea estuvo poblada por una raza anterior a las invasiones de origen asiático. A menos que esta raza que hablaba y escribía el vascuence tampoco tuviese su

dor. Si los yacimientos de Glozel son falsos, tienen que ser falsas también las interpretaciones del lingüista español — salvada, desde luego, su buena fe, que nadie, en ningún momento, pondrá en duda—, porque no puede suponerse que los objetos de Glozel sean falsos, pero conformes con la filología ibérica o euskérica de Cejador sus inscripciones: esto presupondría por parte de los falsificadores tan profundo conocimiento del vascuence y de la escritura ibérica, que no es nada probable.

Si los yacimientos glozelianos son apócrifos y, sin embargo, Cejador creyó que los des-

ra mural, sobre todo, como lo revela el maravilloso palacio de Knossos — insospechado en España. Pero si se confirmara la autenticidad de Glozel, la cultura euskara se remontaría al período paleolítico y desde luego a la época del reno pirenaico, que aparece grabado en uno de los objetos descubiertos, o sea, tal vez a ochenta o cien siglos antes de Cristo. Esto probaría que la lengua y escritura ibéricas existieron en Francia antes que en España, a menos que aquí se hagan aún descubrimientos de inscripciones más antiguas, y que la raza euskara vino probablemente por el Norte. El señor Broutá, al final de la espléndida edición que ha hecho de la obra de Cejador, completándola a cada paso con notas muy útiles que ponen de manifiesto sus grandes conocimientos filológicos, cree ver también el alfabeto y el idioma euskaros en las runas germánicas y en las inscripciones descubiertas hace dos siglos cerca del río Ienissei, al sur de Siberia, y cerca del río Orkhon, al norte de la Mongolia. Por otra parte, los familiarizados con el vascuence lo recuerdan en muchos nombres de la toponimia norteafricana; pero esto podría ser una expansión del euskara de Norte a Sur y no al contrario.

De cualquier modo, la obra de Cejador, como decía yo al principio de estos artículos, no merece el silencio: o se la refuta o se la reconoce. Y los que, como yo, no tienen competencia para hacer lo uno ni lo otro, cumplen su deber divulgándola. Ignoro si Cejador será, como quiere el Sr. Broutá, para la iberología lo que Champollion fué para la egptología: el revelador de un mundo desconocido y no menos importante que el de los faraones. Para empezar, ya será algo que se le tome en serio después de muerto, ya que no se le hizo esta mínima justicia en vida. Por de pronto es sintomático que el mismo día en que escribo estas líneas la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid haya descubierto una lámina en la casa donde murió el desconsiderado filólogo. El homenaje es bien humilde, pero puede ser el signo de una necesaria rehabilitación póstuma y acaso indicar el deseo de algunos de no tener que avergonzarnos si Europa nos lo devuelve glorificado cualquier día, como a Cajal y otros, mientras aquí nadie le daba beligerancia. Porque tampoco el Sr. Broutá, su máximo panegirista hasta ahora, es español, aunque aquí lleve residenciado una buena parte de su vida, sino luxemburgués. Don Julio Broutá es el traductor del teatro de Bernard Shaw a lengua castellana. Es decir—aparte su competencia específica en materia filológica—: un buen catador de valores.

cifraba según el alfabeto ibérico y el vascuence, habrá que admitir que su teoría y su método equivalen a una especie de panacea filológica universal, pues descubre el sentido, no sólo de textos hasta ahora indecifrables, sino de textos falsos y, además, difícilmente falsificables para ajustarlos a su sistema, ya que éste no se publica hasta después de las excavaciones de Glozel. Pero si el sistema cejadoriano es verdadero y se rechaza, por insostenible, la hipótesis de una falsificación de los textos conforme a ese sistema, todavía desconocido al hacerse los descubrimientos glozelianos, habrá que reconocer que esas inscripciones de Glozel son auténticas. El problema tiene tal trascendencia para la prehistoria europea que no se comprende el silencio de los filólogos y arqueólogos españoles y, sobre todo, del Sr. Bosch Gimpera, en cuanto a las interpretaciones de Cejador de los textos glozelianos. A menos, como es de temer, que continúen sin conocer unos y otros una palabra del vascuence, a pesar de la importancia decisiva que Cejador le atribuye en la cultura primitiva de Europa y acaso del mundo.

Las inscripciones ibéricas más antiguas eran las de Alvão (Portugal), grabadas en dos piedras de dolmen, o sea que datan del comienzo del neolítico y anteriores, por lo tanto, a las etruscas y minosinas. Lo cual demuestra que la civilización ibérica se propagó de Occidente a Oriente, aunque en Creta alcanzara un esplendor—en arquitectura y pintu-

truir una escalinata, es evidente que bastará llenar con los portillos los espacios huecos en el plano.

Pero la innovación no para en esto. Como habíamos dicho, cada puente puede dividirse, a su vez, en diez y seis segmentos, cada uno de los cuales puede subirse o bajarse. Por consiguiente, cualquier irregularidad de nivel del plano escénico que requiera la construcción de puentes, torres, fuentes, etc., podrá lograrse mediante la emergencia de uno o más segmentos, a los cuales se les cubrirá con los decorados para darles el aspecto del objeto que se quiere simular. Igual operación, pero en sentido inverso, deberá hacerse cuando se trate de subir cosa o persona del subsuelo. En tal caso se dejarán a nivel más bajo uno o más puentes, según lo requieran las

circunstancias. Se podrá hacer subir esos puentes gradualmente hasta el nivel escénico, maniobra exigida, por ejemplo, por la escena final de "Iris", cuando las niñas-flores del subsuelo emergen gradualmente al nivel y sobre el nivel del plano escénico, hasta formar una maravillosa escalinata floral.

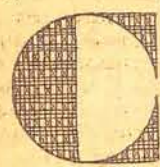
Aun más sorprendente resultará el efecto que podrá lograrse en los dos cuadros del último acto de "Turandot". El primero ocupará un amplio espacio de la parte anterior del escenario, y en un momento dado los espectadores verán ahondarse este escenario y, en su lugar, surgir, como por encanto, al nivel del plano escénico, el cuadro siguiente, con sus enormes escalinatas atestadas de personas, todas ya apostadas en su lugar correspondiente.

UN MAESTRO DE LA
DIRECCION ESCENICA:
PERICLES ANSALDO

(Continuación de la pág. 8)

tes (que se alzan por sus dos extremidades con aparatos de cremallera, mediante complicados mecanismos hidráulicos, eléctricos, mecánicos y de aire comprimido) a alturas descendentes, es decir, desde una altura máxima desde el fondo del palco escénico hasta el nivel del palco escénico detrás del telón de boca. Los desniveles resultantes se llenarán con portillos inclinados, que formarán en su conjunto un plano que puede llegar a tener una inclinación de veinte grados. En el caso de que, en vez de un plano inclinado, se quiera cons-

LA CRIANZA DEL ABERDEEN ANGUS



ON una evolución rápida pueden obtenerse resultados satisfactorios, pero en la mayoría de los casos se traducen en triunfos efímeros. Por el contrario, cuando la evolución se opera en forma gradual y lenta, imponiendo en cada paso una nueva cualidad a través de una marcha de más de un siglo, el triunfo se convierte entonces en una realidad efectiva, consistente y estable: esta es la evolución que, luego de larga jornada, ha hecho que la raza Aberdeen Angus sea una de las preferidas en la actualidad.

Es una raza de hierro, la que tuvo su origen en Escocia en los actuales distritos de Aberdeen y Fortar; sus principales características son inequívocas y de una regularidad completa, al punto que abarca, sin excepción, a todos los representantes de esta raza inconfundible.

Su pelo es negro tapado, patas cortas, cabeza chica, que contrasta con su rústica y compacta corpulencia; amplias caderas totalmente cubiertas de carne y carencia absoluta de astas.

Sobre esta inexistencia córneas se han emitido diversas opiniones sin mayor fundamento las unas que las otras, y así como Darwin se abstiene de hacer manifestación alguna a este respecto, Martinoli, por su parte, la atribuye a la prepotencia de parte de ascendientes desprovistos de cuernos.

Indudablemente que ésta es la teoría más aceptable, teniendo en cuenta que hace más de un siglo existían en la República del Paraguay varios rodeos de novillos mochos de pelo colorado, descendientes, según Azara, de un animal también mocho, nacido en el año 1770, el que, dada su presencia y buen desarrollo, fué reservado para padre. Esta prepotencia llega a imprimirse en forma definitiva, al punto que los cruzamientos de esta raza con el Durham da como resultado animales negros y desprovistos de astas.

Uno de los que con más empeño se dedicó desde sus comienzos a la cría del Angus fué Mr. Hugh Watson, la que se inició unos veinte años después que la del Shorthorn; en la raza Aberdeen las características más descolantes se deben a los continuos "inbreeding", reproduciéndose en esta forma muchas familias entre sí.

Los productos Aberdeen Angus comenzaron a figurar desde el año 1829 en varias de las exposiciones ganaderas que se efectuaban en Gran Bretaña, consiguiendo Mr. William M. Combie adjudicarse un primer premio con un producto de su cabaña, en el año 1862.

Según propia expresión de Mr. Combie, se dedicó él a la cría del Polled Angus debido a los asiduos consejos de su padre, quien por su parte ya lo había hecho con anterioridad, consiguiéndose luego superar en peso a las demás razas al marcar el "record" en el porcentaje de peso neto, "record" que no ha sido superado aún por ninguna otra raza. El señor Ricardo Hogg llegó a obtener el setenta y uno por ciento en peso neto de carne en la Argentina. En su mejoramiento, el Aberdeen Angus ha llegado a marcar el verdadero tipo para carnicería. De hueso fino y músculo firme y compacto, tiene en perfecta relación el amplio pecho con la cadera, todo lo que hace que su peso común oscile entre 350 y 400 kilogramos, llegando, al obtener una gordura conveniente, hasta 600, peso que en muchas ocasiones es superado.



Al cumplirse nuestro primer centenario no pasaban de treinta los criadores de Aberdeen Angus en todo el país y no sería arriesgado consignar que, en la fecha, no menos de ochocientas son las personas que se dedican a la cría de esta raza.

Los señores Guerrero fueron de los primeros en introducir al país reproductores Aberdeen Angus, sus rodeos de mochos resultaron famosos bien pronto, llamando la atención de los viajeros del Ferrocarril del Sud, al atravesar sus campos, situados en la estación de su mismo nombre.

Una de sus cualidades más sobresalientes la constituye su adaptabilidad para las distintas clases de pastos naturales, así sean duros o tiernos, para las diferentes aguas, alturas y diversas condiciones climáticas, todo lo que ha contribuido a la difusión de esta raza, desde un extremo al otro del país.

Es así como su cría evoluciona en forma similar tanto en las praderas de clima benigno que se extienden en Buenos Aires, Entre Ríos, Santa Fe y Córdoba, como en las cálidas provincias y territorios del Norte o en las regiones frías de la Patagonia.

No se ha tenido tampoco reparo en diseminárselas en las zonas que la garrapata infecta el norte de Santa Fe, Corrientes, Chaco y Formosa, donde pacen, especialmente en las dos provincias nombradas, grandes rodeos de Aberdeen Angus, en cuyos campos llegan a obtener un completo estado de gordura.

Existía en un principio la falsa creencia de la lentitud en el desarrollo de los terneros; esto no ha pasado de ser una conjetura, la que se ha ido des-

Vista tomada a vuelo de pájaro de la cabaña "La Candelaria", en Lobos, propiedad de don Manuel Fraga

virtuando en forma inequívoca a medida que se comprobaba su solidez y su peso. La vaquillona que ilustra estas líneas es una ternera de diez y seis meses.

Su rusticidad lo pone a cubierto de todas las inclemencias del tiempo y apenas si éstas producen un pequeño

pues a pesar de sus escasas ubres, pueden producir, una vez mansas, un término medio variable entre siete y diez litros de leche diarios.

Este promedio es susceptible de aumento, sobre todo si se le somete a una sobrealimentación adecuada, pudiendo, en esta forma, obtenerse entre quince y veinte litros por día. Este cálculo no se hace extensivo a toda la raza, sino sólo a aquellos animales que presentan ciertas condiciones.

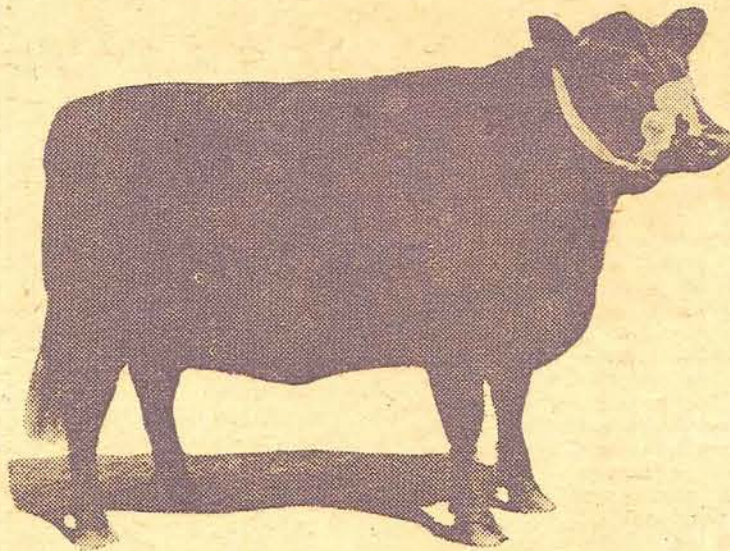
Por la homogeneidad de su tipo y cualidades, se requiere cierta idoneidad para apreciar el valor individual de cada animal, sobre todo si éste forma parte de un conjunto.

De tener mayor espacio, hubiera resultado interesante consignar una estadística del continuo aumento de piezas que gradualmente se produce año tras año, por lo que no resulta aventurado asegurar que cau-

rá verdadera sorpresa el número de Aberdeen Angus que arrojará el próximo censo ganadero.

Por la correspondencia de Inglaterra y Australia, la que se publica periódicamente, nos enteramos del impulso que toma esta raza, al punto de que en varias de las exposiciones que se efectúan en esos países, la Aberdeen Angus es la que está representada por mayor número de aspirantes a los primeros premios de dichos certámenes.

Lo propio ocurre en nuestro país, donde anualmente vemos la forma progresiva en que se aumenta el número y la calidad de los representantes que se exhiben. Baste para ello poner de manifiesto que en la actualidad el número de expositores de Aberdeen Angus de pedigree en la Exposición de Palermo es mayor al que hace



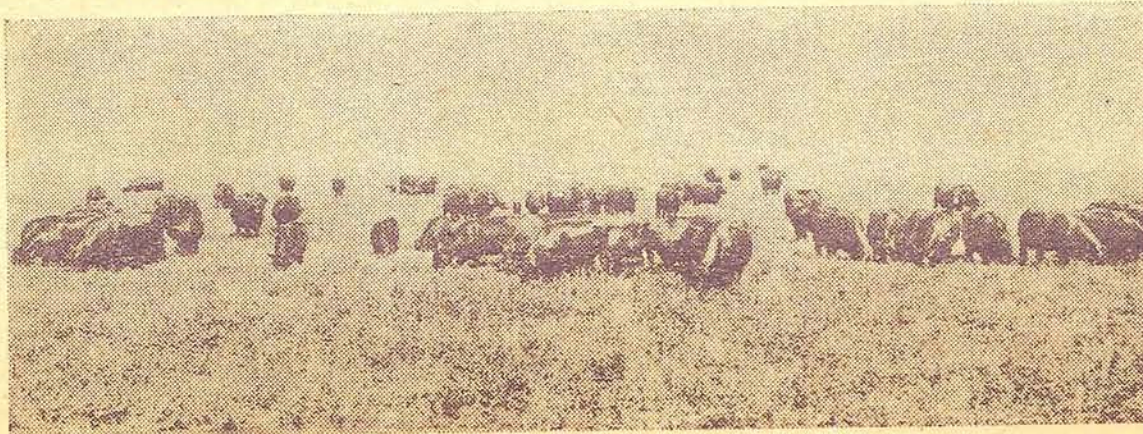
Curamalán Esparta, por Denoon Rosario y Curamalán Erica, nacida el 18 de febrero de 1928 y presentada en la última exposición por D. Frank H. Houlder

atrás en el estado en que se encuentran.

Es también insignificante la merma que en su peso producen las fatigas de un largo arreo o las consecuencias de un transporte por ferrocarril, pudiendo agregarse que en uno y otro caso resulta infima la cantidad de lastimados, debido a que la carencia de astas elimina las inevitables cornadas.

Su rinde como productoras de leche no es despreciable,

Conjunto de vacas madres Aberdeen Angus de pedigree de la cabaña "La Luna", estación Barreto, propiedad de don Benjamín Muniz Barreto



Por JOSE LUIS DOMINGUEZ

veinte años se dedicaba a la cría general de esta raza, sólo para obtener novillos.

Sus representantes expuestos en Palermo dan, en conjunto, la expresión más acabada del grado de adelanto a que hemos llegado, teniendo en cuenta no sólo la opinión generalizada en nuestro país, sino también la del extranjero, de las personas venidas expresamente, con el fin de distribuir las distinciones máximas a los ejemplares de más valía.

En la misma forma tuvo oportunidad de expresarse nuestro distinguido huésped Lord D'Avernon, quien tuvo oportunidad de manifestar su admiración por los representantes del Aberdeen Angus en la última exposición de 1929. Esta opinión resulta por demás halagadora, no solamente por la autoridad de su palabra, sino también por tratarse de uno de los cabañeros de más renombre en Gran Bretaña.

Black Berry of Cascada, el Gran Campeón en la citada exposición es, sin duda, un ejemplar excepcional, de líneas impecables, la corrección de lomo, su caída de cola, la amplitud de sus caderas y cuartos, la manta de carnes que lo envuelven; muy bien repartido, y muchas otras cualidades sobresalientes hicieron que desde un principio se le sindicara como el más indicado para conquistar el gran campeonato.

Hijo este toro de Eristic Luna y Araucana 43, fué criado por su expositor D. Julio L. Perkins y vendido en los remates de esa exposición a don Manuel Vetune.

Pueden también citarse como animales sobresalientes Erica Ombú Candelaria y el ternero Ombú Candelaria; Campeón y Campeón Junior, respectivamente. Ambos pertenecen a la cabaña "La Candelaria", situada en el partido de Lobos, propiedad de D. Manuel Fraga, y descendientes de los plantales de la cabaña "El Ombú", de D. Ricardo Hogg.

En 1928 llamaron la atención el Campeón Senior, de los Sres. Estanguet y Cia., como el campeón hembra Epifanía Ruth, criada y expuesta también por los Sres. Estanguet.

En esta misma exposición, uno de los "mochos" de mayor distinción que hayan desfilado por Palermo, toro al cual podría aplicársele ese dicho campero y ya tan vulgar, "no tenía desperdicio", y que obtuvo el Gran Campeonato, fué Ebony of Charles, criado en la cabaña de D. Héctor M. Guerrero.

En la última exposición, además del Gran Campeón de Perkins, ya citado, sobresalieron del resto, el Reservado de Gran Campeón Black Baronet, hijo de Black Baronet of Charles y Patricia of Molles, criada en "Santa Cándida", de D. Antonio C. Leloir.

También una preciosa vaquillona, Curamalán Esparta, hija de Denoon Rosario y Curamalán Erica, expuesta por don Frank H. Houlder, obtuvo el campeonato para hembras, ternera que causó admiración por la corrección de sus líneas y, sobre todo, por su perfecto desarrollo.

Entre los expositores de Aberdeen Angus podemos citar, entre otros, por la bondad de los animales expuestos, a los Sres. Ricardo Hogg, Héctor M. Guerrero, Julio M. Perkins, Manuel Fraga, Estanguet y Cia., L. Pereira Iraola, Antonio Leloir, Benjamín Muniz Barreto, Dámaso S. Z. de Lamas, José Larraide, W. J. Grant, E. Brown y Hnos., S. Hale Pearson y Cia. Ltda., Sucesión de Miles A. Pasman, Sucesión de Luis A. Sauce, G. Alston y varios otros que con sus productos concurren a las lides de Palermo.

BETTY

por C.A.Voight

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

FUE PEOR EL REMEDIO

(DERECHOS EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA ADQUIRIDOS POR "LA NACION". CUALQUIERA OTRA REPRODUCCION DE ESTA HISTORIETA EN NUESTRO PAIS DEBE CONSIDERARSE ILEGITIMA).





**PARA PREPARAR
DELICIOSAS FRITURAS —
USE ACEITE MANDIYU —**



**SOLIDOS
TAMBORES
CON CA-
NILLA DE
5, 10 y 20
LITROS.**

No tiene usted idea de lo sabroso que hace Mandiyu los manjares preparados con él.

Su transparencia, índice de pureza y refinamiento; la inexistencia de olor al freirse; su extraordinario rendimiento y los cómodos envases en que se expende, han hecho de Mandiyu el aceite ideal para el hogar.

Pídale por su nombre y en su envase original.

Aceite ideal para el Hogar

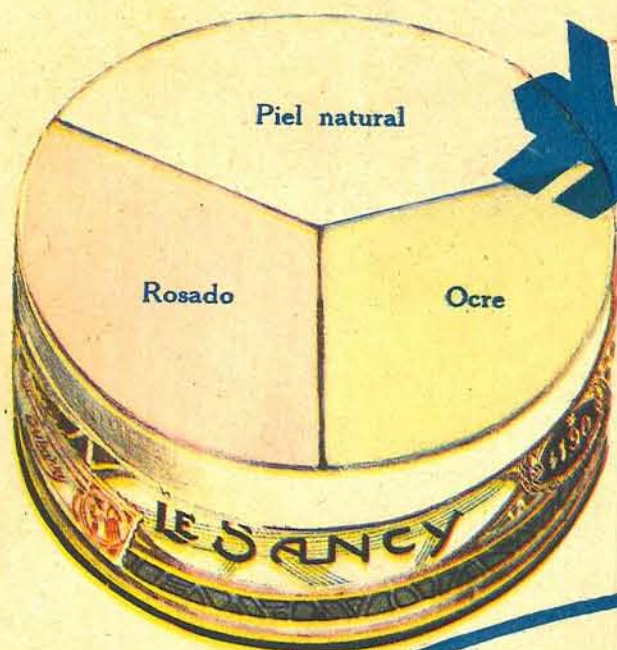
Mandiyu

por mayor: COMPAÑIA GENERAL FABRIL
Lima 229

FINANCIERA
Buenos Aires



**LATAS
CUADRA-
DAS DE
2, 4 y 16
LITROS.**



Maneje el cisne
como si fuera
un pincel

Una Novedad Patentada



CUANTAS veces mirándose al espejo, habrá observado que su cutis no tiene la misma tonalidad que ayer tanto le halagara.

La caja de polvos Le Sancy **TRICOLOR** resuelve este problema de estética femenina.

Manejando el cisne como si fuera un pincel, pueden lograrse todos los efectos deseados combinando los tres tonos para realzar o atenuar los detalles del rostro, escote y brazos.

No deben mezclarse los Polvos Le Sancy con otras marcas no transparentes, pues se anularán sus efectos cromáticos.

Perfumeria
Dubarry

Caja Grande \$1.90

Caja Media \$0.70



ROSADO — OCRE
PIEL NATURAL.



PIEL NATURAL.



PIEL NATURAL.
OCRE.



PIEL NATURAL — ROSADO.



OCRE.
PIEL NATURAL.